Revista Cultural

LOTERÍA

Noviembre / Diciembre - 2012

Edición No. 505

Noviembre - Diciembre 2012
Revista Cultural Lotería
Edición No. 505

PORTADA REVISTA CULTURAL LOTERÍA Nº 505

Tema de Portada:
Cuentos Infantiles

Diseño de portada: Eric Echeverría
Diseñador Gráfico
Oficina de Relaciones Públicas de la LNB

Impreso: Editora Sibauste, S.A.

PANAMÁ
¡Ayudamos a los más necesitados!

**LOTERÍA NACIONAL
DE BENEFICENCIA**

PUBLICACIÓN DE LA DIRECCIÓN DE DESARROLLO SOCIAL Y CULTURAL
ISSN 0024.662X

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Para suscripciones y consultas sobre la **REVISTA LOTERÍA**
comunicarse con el Departamento Cultural.

Teléfono: 507-6800 ext. 1248 - revista.lotería@lnb.gob.pa
Apartado 0816-7376, Panamá, República de Panamá
www.lnb.gob.pa

VISIÓN Y MISIÓN
DE LA LOTERÍA NACIONAL DE BENEFICENCIA

VISIÓN
Una Lotería Nacional de Beneficencia Moderna y Competitiva que contribuya en forma creciente al desarrollo del país y a la solución de los problemas de los más necesitados.

MISIÓN
Construir una Institución con presencia en cada comunidad que consolide la confianza y la transparencia de nuestra oferta, ganando a cada panameño como cliente.

LOTERÍA
REVISTA CULTURAL

Nº 505 / Noviembre - Diciembre 2012

Junta Directiva:

Representante del
Ministerio de Economía y Finanzas
Lic. Luis Cucalón
Director de Ingresos

Representante
del Ministerio de Gobierno
Lic. Jorge Ricardo Fábrega
Ministro de Gobierno

Representante
de la Contraloría General de la República
Licda. Gioconda de Bianchini
Contralora General

Representante
de los Compradores de Billetes
Licda. Mitzi Tejeira
Prof. Eduardo Galván Jiménez

Representante
del Sindicato de Billeteros de Panamá
Sr. Ceferino Acevedo

Por la Lotería Nacional de Beneficencia
Lic. Sergio González Ruiz O.
Director General

Por la Administración:

Director General
de la Lotería Nacional de Beneficencia
Licdo. Sergio González Ruiz O.

Subdirector General
Dr. Jaime E. Arosemena C.

Secretario General
Ing. Roberto Barría

Directora de Desarrollo Social y Cultural
Licda. Gila A. de González Ruiz

Consejo Editorial:
Dra. Marisín Villalaz de Arias
Mgter. Denis Chávez
Sr. Ernesto Endara
Prof. Rommel Escarreola
Dr. Eduardo Flores
Dr. Alberto Moreno
Lic. Juan Antonio Tejada Mora
Licda. Markela González de Reyes

Correctora
Profa. Cila Barría

ÍNDICE

I. PALABRAS DE PRESENTACIÓN

5 **Lic. Sergio González Ruiz.**
Director General de la Lotería Nacional de Beneficencia

II. CUENTOS INFANTILES

7 **Perlita y el Águila Harpía. Una fábula ecológica**
Alejandra M. Sarmiento A.

14 **La tortuga veloz**
Amilcar Gómez

15 **Barcos de papel en el barrio**
Aura T. Méndez de Canova

18 **Los cuentos de Chispita**
21 **Los cuentos de papá Sol**
Bolívar Perigault Sánchez

27 **Los intrépidos nietecitos y los amiguitos de la ciudad**
Eradio de León Jaén

30 **Cantarina y cristalina**
33 **La gran amistad de Grace y Elmo**
Estela Perigault de Malgrat

38 **El sueño de Alyssa y Chantall**
Francisca de Sousa

43 **La evolución**
45 **La cigarra cantora**
Gloria Melania Rodríguez M.

48 **Un azulejo en problemas**
Hena de Zachrisson

51 **Un perico aventurero**
Isabel María Roldan

55 **El cuento para niños; Entrevista al escritor Joel Franz Rosell**
Irene de Delgado

59 **La procesión**
67 **Viene el agua**
José Diones Araúz

70 El vaquero de la armónica oxidada
76 Pepe, el loro de la cajeta
Laura Beatriz Nieto Bruña

84 Inés la bolita
Leda Abril Moreno

90 El señor del paraguas
Mirla Lina Díaz

93 Hortensia, una hormiga aventurera
Mitzy Sandoval

99 Los cuentos de Tío Julio
Omar E. de Icaza

105 Babilonia
Patricia Veazey de Alvarado

108 El tesoro del pirata
113 La historia de una muñeca de trapo
Sibila Ortiz Perigault

117 Ricky el grillo sordo
Telsy Sánchez -Génesis Espinosa

122 El pajarito perezoso
Yaritzel R. Jurado C.

PRESENTACIÓN DE LA REVISTA

Hemos dejado de lado nuestros acostumbrados artículos de historia, ciencia, economía y filosofía. Hemos apartado los asuntos biográficos y la objetividad de los testimonios, así como también la profundidad de los variados ensayos, para que nuestra Revista Lotería se vuelva a engalanar con cuentos para niños.

Nos complace y enorgullece publicar este nuevo número dedicado a los niños; concebido para favorecer, alimentar y animar su fantasía. Es nuestra cuarta experiencia en este sentido. Las otras nos dieron grandes satisfacciones. Vimos cómo las ediciones fueron agotadas rápidamente y seguro que han sido muchos los niños que pusieron a volar su imaginación cuando leyeron las historias que contenía.

Ahora, una vez más, los escritores y, más que todo, las escritoras, se dieron a la tarea de enviarnos sus trabajos, que fueron revisados y escogidos para esta nueva experiencia.

Es notable cómo los diferentes cuentistas se inspiran para crear estos mundos infantiles tan llenos de fantasía. Se nota cómo algunos vuelven a ser niños, aunque esto parece ser un requisito sine qua non para poder tener acceso al mundo que dejaron atrás, y volver a calzar zapatillas, saltar la soga, cantar canciones, hablar con animales, volar y correr todo tipo de aventuras. No es cosa fácil, hay que tener inclinación hacia esa digna tarea, una vocación irrevocable de ganar la atención de lo niños, y ¿por qué no? de los adultos. Es saludable mantener vivo al niño que todos llevamos dentro. Seguramente no nos hará ningún daño leer estos cuentos que, obviamente, fueron escritos con gran ternura y dedicación.

En esta edición pasean alegremente tortugas veloces, navegan barquitos de papel, un azulejo se mete en problemas, las armónicas oxidadas vuelven a sonar, alternan pájaros perezosos con grillos sordos y muñecas de trapo. Además, nos presentan a cándidas amistades y vemos a niños aventureros en ciudades cantarinas de cristal. ¿Qué es lo que no encontraremos en la fértil imaginación de nuestros escritores (y más que todo, escritoras, como dije

antes) infantiles? Tenemos entre los cuentos magníficos mensajes y fábulas con lógicas intenciones didácticas. Cuentos de gran imaginación y humor como Babilonia enmarcan este número con el brillo de su talento.

Además de felicitar a nuestras colaboradoras (y unos cuantos colaboradores), dejamos constancia de un especial reconocimiento a nuestros creativos por sus magníficas portadas.

Al dejar en sus manos estas sencillas joyas de nuestra literatura infantil, esperamos que este número tenga tan buena acogida como los que los precedieron.

Licdo. Sergio González Ruiz
Director General
Lotería Nacional de Beneficencia

PERLITA Y EL ÁGUILA HARPÍA
UNA FÁBULA ECOLÓGICA

Por: **Alejandra M. Sarmiento A.**

Perlita es una perrita Poodle pequeñita de cinco años. Vive en una hermosa y espaciosa casa ubicada en Clayton. Sus dueños la llaman Perlita por su pelo blanco y brillante.

Uno de esos días soleados, cuando su familia se encontraba en el patio disfrutando de una barbacoa y Perlita corría juguetona hacia su casita detrás de una pelota, de pronto notó una sombra con unas alas enormes sobre ella. Antes de que pudiera darse cuenta del origen de esa sombra, su cuerpecito fue atrapado por unas fuertes y enormes garras. Arriba y arriba se fue Perlita, tan arriba en el cielo, que muy pronto desapareció de la vista de su familia, que había visto sorprendida lo que sucedía, sin poder hacer nada por ella.

Luego de aquellos primeros instantes de pavor, Perlita se dio cuenta que, nada más y nada menos, era el Águila Harpía, el Ave Nacional de Panamá, quien la había cazado. Ninguna otra águila era tan grande y poderosa. En vano Perlita intentó silbar, pero el águila la tenía tan fuertemente agarrada, que le era imposible. Luego logró hacer unos sonidos extraños: “Clic, clic, clic,” y otra vez, “clic, clic, clic,” sorprendiendo al águila Harpía. “Clic, clic, clic,” continuó Perlita, tratando de llamar la atención del águila. Hasta que respondió la majestuosa águila, cuando estaba acercándose a la copa de un árbol muy alto, “clic, clic, clic”.

Lo que sucedía era que Perlita se estaba comunicando con el águila Harpía en su propio lenguaje, cosa que, por supuesto, al ave le sorprendió muchísimo.

–“¿Te escuché decir algo?” preguntó el águila Harpía.

–“Sí, así fue,” contestó temblando Perlita, pero haciéndose la valiente. Te pedí que me bajaras, porque me apretaste muy fuerte y quedé adolorida, casi me quiebras las costillas. Disculpa, es que estaba muy nerviosa y no te dije “por favor;” ¿podrías ponerme en el suelo, por favor?”.

–Mira, perrita, estás viva... de milagro... no abuses de tu buena suerte. Por supuesto te deben doler las costillas. Así es como cazo yo, aseguro mi presa y le voy quebrando los huesos, para que al llegar al nido, esté lista para comer. No te hice más daño porque me llamó la atención que hablaras mi idioma. Deberás estar cómoda en este nido abandonado. Aquí cabes perfectamente si te quedas quieta, y yo me acomodo en esta rama. Ya veremos más tarde lo de regresarte al suelo, primero dime, cómo aprendiste mi idioma.

–Verás, mi familia humana visitaba el zoológico Summit regularmente. Karla y Carmencita me metían en una bolsa especial para entrar conmigo. No se admiten mascotas en el zoológico, de manera que así era como podía acompañarlas. Una vez dentro, desde la bolsa, podía ver y escuchar a los animales. Las niñas estaban trabajando en un proyecto de sexto grado relacionado con el águila Harpía, por lo que pasamos mucho tiempo cerca de la que está ahí, durante el cual aprendí su idioma,” respondió Perlita.

“Vaya, yo vengo del Darién... allí hay muchos animales y nunca aprendí ninguno de sus idiomas. Lo que sé de las lenguas indígenas y del español es muy, muy limitado, y del inglés, nada” dijo el águila Harpía, avergonzada.

“Bueno, mi familia y mi entrenador siempre me dijeron que para aprender cualquier cosa hay que poner atención y practicar, practicar y practicar. Hablo fluidamente el Guau Guau; aprendí a entender el inglés básico con mi entrenador, porque la mayoría de las órdenes para perros como “Sit, Come, y Stay,” por ejemplo se dan en inglés. El español es el lenguaje con el que mi familia generalmente se comunica conmigo, pero ellos también hablan inglés, de manera que he podido hablar ambos idiomas. ¡Me encanta aprender! ¿Me puedes regresar al suelo, por fa?

–“Hmm, como ave de rapiña que soy, pensaba en ti como alimento, pero creo que mejor iré dentro de un rato a comerme ese mono perezoso que veo allá. Podemos hablar con calma, no irá muy lejos. Es mi comida favorita. Así, con el buche lleno, no estaré pensando en comerte contestó el águila Harpía”.

–"Yo no veo ningún mono perezoso..." dijo Perlita, en voz muy baja.

–"Lo que pasa es que tengo visión binocular, y puedo ver mucho más allá que tú y que muchos otros animales y en cuanto a los humanos, ¡uff! ni se diga, veo diez veces más lejos de lo que ven ellos. Por eso no ves al perezoso, pero ahí está. Escucha, la verdad es que me sirve más el conversar contigo, que comerte. Déjame contarte que ando perdido y necesito ayuda para ubicarme. A propósito, ¿cómo te llamas? pero mientras voy a comer, descansa y te sentirás mejor. No te preocupes, estarás segura aquí arriba".

–"Me llaman Perlita. Ya que para mi felicidad decidiste no comerme, tal vez hasta podríamos ser amigos. ¿Cuál es tu nombre? Dijiste que llegaste del Darién, ¿puedes decirme que hacías allá? ¿Por qué dices que estás perdido?"

"Calma, ya te cuento, pero poco a poco. Yo nací allá de un huevo en una incubadora. Luego fui pichón y unos humanos cuidaban de mí y de otras Harpías. También tuve a una Harpía de nodriza, que cuidaba a un grupo de pichones. Respondo al nombre de Alexis y acabo de cumplir cuatro años. Ahora que puedo volar y cazar por mi cuenta, me pusieron en una jaula especial para llevarme, según me contó otra águila Harpía, que entiende más español que yo, al parque Soberanía, pero mi jaula se rompió y escapé volando. ¿Es éste el parque Soberanía? Quiero encontrarlo yo antes de que los humanos me encuentren y me capturen. No quiero volver a la jaula. Si llego por mi cuenta, podré ser libre. Ahora que conozco la libertad, no quiero volver a estar encerrado ni por un momento".

–"Pero tú has sido entrenado para volar y regresar con tu entrenador, ¿verdad?".

–"Así es, ese es el arte de la cetrería. Me sueltan, vuelo un rato y regreso al brazo del cetrero, o sea, el entrenador, cuando me silban o tocan un pito. Y si me ofrecen un pedacito de carne, regreso más rápido que ligero. No tengo problema con eso, pero es una situación controlada, y prefiero volar a mis anchas".

"Entonces tiene sentido que si tú encuentras el lugar antes de que te encuentren a ti, no habrá necesidad de atraparte," contestó Perlita convencida. "Aunque esa banda que llevas en la pata tiene un transmisor, y no sé cómo,

pero sé que por medio de ella te encontrarán. Déjame ver si te la puedo arrancar...”.

“¡Ni se te ocurra tocarme!” gritó Alexis, molesto. “He llevado una banda puesta desde que era pichoncito, y sé por experiencia que solamente los humanos la deben poner y quitar. Me podrías lastimar seriamente. Por eso es que tengo prisa por encontrar el parque Soberanía, para que, como ambos dijimos, no haya necesidad de capturarme. Animal que toque mi banda, ¡muere! No habrá excepciones”.

Contestó Perlita poniendo la cara muy seria,

–Vaya, conque animal ahora... no importa, no voy a perder el glamour por lo que tú digas...

–Obviamente yo he perdido el glamour entonces, dijo Alexis, serio también.

–Las hembras pierden el glamour Alexis, los machos muestran el cobre.

–Que feo suena eso Perlita, por favor discúlpame, dijo Alexis apenadísimo.

–Te disculpo, Alexis, además, mira, yo llevo algo alrededor del cuello, y tampoco quiero que me lo quiten. Mejor te ayudo sólo con la dirección que estás buscando. Hace un rato casi muero estrujada, no quiero ahora morir de un picotazo. Creo que estamos en el parque Metropolitano porque mi casa está cerca. Prometo ayudarte a averiguar dónde está el parque Soberanía, no te preocupes. Déjame pensar un poquito. Lo que pasa es que al enfrentar dos amenazas de muerte en un mismo día, se me han borrado muchas cosas de la cabeza.

–Está bien. Admito que mis modales han sido bruscos, no te volveré a tratar así. Es que nunca he tenido amistades. Las águilas Harpías tendemos a ser solitarias. Por cierto, estoy tan impresionado por el hecho de que entiendes dos idiomas humanos, que quisiera que me enseñaras aunque sea uno. ¿Podrías, por favor? pidió Alexis.

–Las águilas Harpías no son muy expresivas. Como bien dices, son muy calladas y solitarias. ¿Para qué quieres aprender un idioma?, preguntó Perlita.

–Quizás si pudiera entender un idioma humano, podría comprender por qué los humanos son tan dados a la deforestación, dijo Alexis, con preocupación.

–¿De-fo-res-ta-ción? preguntó Perlita. ¿Qué quiere decir esa palabra?

En tono muy triste, Alexis dijo, –La deforestación ocurre cuando los humanos derriban los bosques. En Darién decimos "tumbar árboles". Cuando los humanos tumban árboles, muchos animales pierden sus hogares. Por esta razón, cada año que pasa hay menos árboles donde construir nidos, y cuando no hay nidos, no hay pichones Harpías.

Todos los animales y plantas tienen su bienestar amenazado cuando los humanos no incluyen a la Naturaleza en sus planes de urbanización. Mientras más rehúsen a encontrar una armonía o balance entre construir y permitirle un espacio a la Naturaleza, más largas serán las listas de animales en peligro de extinción y ya extintos. Yo estoy muy preocupado porque estoy en la lista de animales en peligro de extinción, y no quiero que mi especie se acabe.

Una Perlita muy compasiva contestó: –Es muy triste lo que me dices, pero no pierdas la esperanza, porque hay humanos a los que les importa mucho la Naturaleza, y entre ellos, a los que más les importa, es a los pequeños, a los niños. Ellos son defensores de la Naturaleza.

Escuché a Karla decir que la mayoría de los niños se interesan por la Naturaleza porque no quieren crecer en un mundo sin animales, ni frutas, ni flores. Además, si se acabaran los árboles, todos, tanto los humanos como los pocos animales que queden, terminarían viviendo en un desierto. Los niños no quieren que eso suceda, porque la vida en un desierto es muy difícil, porque es muy, muy caliente. Sobre todo el agua para beber, que todos necesitamos, es muy difícil de conseguir.

–Qué gran alivio me das amiga Perlita, dijo Alexis, ya más animado, le haces honor a tu nombre ya que eres una perla de sabiduría. Pero por favor enséñame algo de inglés y español de todas maneras, para llevar cuenta de qué hacen los niños por ayudar a la Naturaleza.

¿Sabes que tu nombre significa "el protector" amigo Alexis? Lo que te va muy bien, ya que si proteges a la Naturaleza, te ayudas a ti mismo. Creo que tú también le harás honor a tu nombre," agregó Perlita, –Por supuesto que te voy a ayudar a aprender español, y hasta inglés, porque ahora hay una Ley del Inglés y todos los niños deben estudiar inglés para llegar a ser bilingües y conseguir un buen trabajo cuando terminen la escuela. Pero un idioma

no se aprende de la noche a la mañana, mucho menos dos, a pesar de que solamente tienes que aprender a entender y no a hablar.

–Sí, Perlita, ya me di cuenta. Yo no quiero perderme nada de lo que hablen los niños sobre la Naturaleza, así que aprenderé inglés también. No más hay que poner mucha atención y practicar, practicar, practicar," suspiró Alexis, y empezaron su clase.

Al terminar la clase, Alexis dijo:

–Perlita, te voy a llevar de vuelta a tu casa, pero vamos a tener que esperar a que sea de noche, para evitar problemas. Cuando regresaba acá luego de comerme al perezoso, dí una vuelta por tu casa, y ví a un humano apuntando al cielo con un rifle, pero como yo volaba muy alto, no me vió.

–Ayayai... a no dudarlo mi familia ha quedado muy nerviosa con mi desaparición. Primero que no quiero que te pase nada malo a ti, y segundo las multas por matar a un águila Harpía son hasta de $5,000.00, se lo oí decir a Carmencita. No sé qué significa eso, pero no es bueno. Me tendrás que dejar cerca de mi casa" contestó Perlita. "Así que, como tú dices, mejor esperemos a que sea de noche... entretanto, si no te importa, me voy a echar una siesta, pues me siento muy cansada y con hambre".

–¿Quieres que te consiga un ratoncito para comer?" Ofreció Alexis.

–¡Nooo! A mí me dan de comer unas pepitas muy deliciosas y no las cambio por nada. Gracias por tu ofrecimiento, pero paso".

–Ándate a dormir, Perlita, que yo velaré tu sueño".

Al despertar, Perlita ya se sentía mucho más tranquila, por lo que pudo recordar que el parque Soberanía no estaba muy lejos, pues allí es donde está el zoológico Summit.

Alexis, luego de dejar a Perlita cerca de su casa, rápidamente pudo encontrar el parque y quedó muy contento porque se dio cuenta de que ahí tendría todo lo que él necesitaba y lo que era muy importante, al fin podría sentirse libre; ya nunca más viviría en una jaula.

El tiempo pasó y Alexis de vez en cuando sobrevuela cerca de las áreas urbanas y pone atención a lo que los niños dicen o hacen en beneficio de la

Naturaleza, ahora que va entendiendo inglés y español con las clases que le da Perlita.

Y así, cada vez que los niños aprenden sobre la importancia de proteger a las águilas Harpías y también plantan árboles, Alexis los reconoce como defensores de la Naturaleza y se alegra de eso, ya que de esta manera él seguirá teniendo un hogar, y los niños también continuarán teniendo un mundo agradable en el que vivir.

"El que ayuda a la Naturaleza, se ayuda a sí mismo".

CONSULTAS

Aparicio Ubillús, Karla Marquela, Pistas para encontrar al águila Harpía en Panamá. Sociedad Audubon de Panamá. Imprenta Boski 2002.

Conversación con Abdiel Melgarejo, Voluntario en el Recinto del águila Harpía del Parque Zoológico Summit. Marzo 2006.

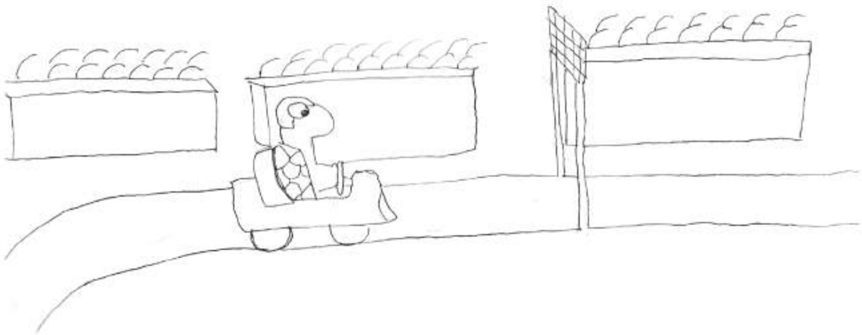
LA TORTUGA VELOZ

Por: Amilcar Gómez

Una vez había una tortuga veloz pero nadie sabía de ella, su nombre era Leonel, era solitaria y honrada.

Luego, un día, una tortuga contratista la encontró y le dijo: ¿Tienes alguna habilidad? Si tienes una, llámame, dice la tortuga. Leonel lo pensó y dijo: no quiero estar más solo. Fue a la casa de la tortuga contratista y le dijo, si tengo una habilidad. La tortuga empresaria dice, ¿Cuál es? Y le responde su pregunta, soy veloz como un auto de carrera existente, mañana prepárate para tu primera carrera si ganamos serás famoso como los de la televisión. Leonel dice, ¿con qué auto? Dice Leonel, yo le daré el auto.

Llegó el día de la carrera. La tortuga y Leonel llegaron a la pista de carrera. Habían autos veloces, pero Leonel sintió que iba a ganar la carrera. Luego de unos minutos estaban terminando la carrera. De repente resultó, que había ganado y pensó que nunca estaría solo.



“BARCOS DE PAPEL EN EL BARRIO”

Por: **Aura T. Méndez de Canova**

Ilustración: **Mirla L. Díaz**

Era un crudo invierno, y los niños del barrio cantaban junto a las esquinas de los techos ¡qué llueva… qué llueva…! ¡La Virgen de la Cueva…! y así la lluvia era toda una aventura sana y divertida y seguían cantando entre los viejos techos. El sol bostezaba por el aire frío, y las calles abarrotadas de agua como grifos, invitaban a los niños a jugar con barquitos de papel.

Todos los niños disfrutábamos el hacer aquellos barquitos de colores con papel periódico, papel manila, papel oro de tienda, y revistas viejas que obsequiaban los abuelos.

El invierno para los niños del **Barrio de Papel**, era toda una aventura, ilusión y algo de misterio. Solamente la niña **Laurita** y el niño **Augusto** podían develar el destino final de los barquitos de papel, siempre se inclinaron por los misterios de su entorno. El abuelo de ambos, fue un inmigrante marinero del sur del Ecuador, después se dedicó a la **guitarra y a pintar**. Era muy conocido como el **"Viejo Bohemio"** del barrio por sus relatos de innumerables viajes por el mundo; se ganó la amistad de la gente, era un hábil conversador, siempre pensó que a las personas les fascina estimular la imaginación.

Laurita y Augusto tenían pistas a ciencia cierta si las naves de papel se ahogaban o se perdían por las corrientes que se tragaban las calles de cemento, pero lo cierto es que nadie veía donde atracaban miles de barquitos, porque lo más natural era que bajaran a la quebrada y nunca llegaban ¿o acaso las naves de papel encerraban algún otro misterio?

Los dos niños llevaban un registro minucioso del curso de los barcos en un cuaderno de dibujo que el maestro de artística no utilizó porque casi se ahoga en el **Barrio de Papel** por falta de orientación. Él no sabía nadar como los niños del barrio y prefirió irse a un sitio con calles transitadas por autos y semáforos.

El niño **Augusto** era un fino inventor debido a su habilidad de reparar y desarmar radios viejos de la familia. Por otro lado, **Laurita** observaba secretamente los inventos científicos de su primo **Augusto**, que al final resultó un médico que repara corazones. **Laurita** resultó escritora cuando sus hijos crecieron, tal vez, llevar un registro diario de las naves de papel cuando niña, maduró la pluma cuando adulta.

A todos les llamaba la atención ver el paisaje de niños jugando a barquitos coloridos en las calles atestadas de agua, parecía una acuarela digna de un artista plástico.

Los niños corrían detrás de las naves como las aves libres en el viento, para ellos lo más importante era compartir, disfrutar, jugar, construir barcos con banderitas y muchas cosas más, que ver quienes obtenían el triunfo final.

Era increíble cuando llegaba noviembre, terminábamos de jugar y la lluvia empezaba a disminuir, entonces comenzaba a salir el sol con pequeñas gotas tibias como si fueran avisando que la lluvia va a descansar pero que volvería nuevamente.

Pasaron inviernos, los niños del **Barrio de Papel** crecieron, siempre quedó el suspenso, ¿qué pasaba con sus barquitos que en la curva de la **quebrada "Caballito"** se perdían?. Una noche de julio celebraban en el barrio el paseo de la virgencita por las fiestas patronales, todas las familias compartían los cantos a la virgen. Era el momento propicio, los primos Laurita y Augusto, ya adultos, revelaron el secreto, un deber que estaba pendiente.

Ellos mostraron su cuaderno de dibujo el cual estaba impecable, entero y cubierto con una bolsa de tela manta sucia. Allí los registros y dibujos mostraban que los barquitos de papel se desviaban hacia el patio de una señora solitaria y extraña de nombre "Alfonsina", utilizaba tres troncos para impedir el viaje de las naves hacia la quebrada, así se adueñaba de los barquitos, luego retiraba los troncos y los escondía. Augusto dibujó las marcas de los troncos y comprobó que eran maderos de teca, la señora Alfonsina era la única del barrio con este tipo de árboles exóticos en su patio.

Ella utilizaba los barquitos para envolver cocaditas que solamente brindaba a sus familiares cuando venían del campo para la Semana Santa. Han pasado casi 20 años y ahora las calles del Barrio de Papel, poco tienen agua, llueve limitado en el pueblo y las calles ya tienen alcantarillas. Pero volviendo a los barquitos, algunas personas del barrio comentan en voz baja que en la casa de la señora extraña "Alfonsina," por las noches los vecinos han visto montones de ratoncitos que corren en barquitos viejos de papeles, de ser así, se puede pensar que los roedores de la casa extraña usan los juguetes de los niños que crecieron, tal vez prolongando que jugar no es cosa de ayer.

Ahora sólo quedan los cuadros que el viejo marinero bohemio pintó en tablillas amarillentas que extraía de las cajas de manzanas, sobre estas tablillas pintó muchas veces "Barcos de Papel en el Barrio," El trabajo artístico costaba dos balboas, además una tertulia gratis sobre la vida aventurera de un marinero bohemio y para remate sonaba la guitarra con una balada marinera.

LOS CUENTOS DE CHISPITA

Por: Bolívar Perigault Sánchez

Chispita era una pequeña llama que generalmente dormía dentro de una cajita de fósforo. Era la hija más pequeña del hogar formado por papá Chispón y mamá Chispa. Sus hermanos "Encendedor" y "Linterna", a veces también dormían con ella.

El hogar de las chispas era muy rico en calor. Algunas veces, las chispas eran despertadas muy de madrugada para ir a trabajar. Tanto Chispita como el resto de la familia eran muy laboriosas.

En algunas ocasiones, una chispa era llamada para encender la flama de una cocina y así, dar inicio a un suculento almuerzo; otras veces, debían encender la pipa de algún abuelo, quien generalmente, leía cualquier libro o periódico mientras fumaba.

Las labores de las diferentes chispas se distribuían por sexo y por edades. Algunas de sus hermanas laboraban en el encendido de velas, las cuales eran utilizadas para diversas actividades, como fiestas de cumpleaños, bautizos, primera comunión, toda clase de misas y hasta entierros.

Las tareas nocturnas y en los campos eran reservadas para los varones debido a lo peligroso de las mismas, y también por las dificultades para llegar a ciertas áreas de difícil acceso; en tanto que, el encendido de las velas en todas las liturgias religiosas le correspondía a las damas mayores. Por otro lado, las chispas más pequeñas tenían las responsabilidades de encender las velas de los pasteles de cumpleaños de los niños y niñas de todo el mundo. No importaba donde se realizaba la fiesta, y ya fuera en una casita muy humilde como en una residencia lujosa, ellas tenían que ir a cantar el cumpleaños feliz.

En todas las actividades que involucraran a niños y niñas, y se necesitase de una chispa, sólo las más pequeñas podían ir a trabajar...

FOGATA ESCOLAR

El verano había llegado y la escuela primaria del pueblo estaba de vacaciones. Esa noche los niños exploradores necesitaron encender una fogata para calentarse y cocinar sus alimentos. Estaban de excusión junto con su maestra. Chispita despertó y de pronto se vio en medio de una gran fogata. Estaba feliz. Cuánta alegría al verse en medio de tantos muchachos. Los niños y las niñas cantaban y cantaban dirigidos por la maestra de primer grado.

Todos reían y cantaban sentaditos alrededor de Chispita, disfrutando de su calor. Así pasaron las horas y como a eso de las nueve de la noche, luego de haber cerrado y terminado su oración de gracias a Dios, la maestra ordenó a Julito, el más intrépido de los niños, que echara un cubo de agua a la moribunda fogata. Julito levantó el cubo lo más que pudo y el agua cayó como una lluvia sobre la pequeña flama.

Entonces todos los niños y las niñas junto con su maestra, entraron en una gran tienda de campaña en donde tenían sus colchonetas para dormir y tres grandes linternas para alumbrarse en la oscuridad de la noche.

Ahora tanto los niños como nuestra amiguita “Chispita” irían a descansar.

FELIZ CUMPLEAÑOS

“Chispita” despertó de repente en medio de una gran cantidad de niños, en un ambiente lleno de vida y color. Miró para arriba y para abajo y pudo ver docenas de globos de variadas formas y múltiples colores que colgaban en forma de racimos sobre las ventanas, adornados con guirnaldas y diferentes muñecos que representaban a los diferentes personajes de las cómicas infantiles. Estaba feliz, muy feliz.

Era la primera vez que participaba de un cumpleaños, y ella estaba allí, sobre una velita que tenía la forma de número uno, lo cual le dio a entender que para la cumpleañera también este era su primer pastel.

¡Qué hermoso era el pastel! Todo blanco y con una gran cantidad de pasto verde. Chispita miró para un lado y luego para el otro, y pudo observar que detrás de ellas había una casita de chocolate y en el frente de la casita un

hermoso jardín, confeccionado con caramelos con forma de flores. ¡Estaba emocionada!, nunca había visto tantas flores juntas.

De repente, alguien salió de la casita de chocolates. Era una hermosa muñeca, toda vestida de tul rosa con los bordes de sus vestiduras en color dorado. La muñeca dio unos cuantos pasos y se detuvo frente a siete pequeños personajes, vestidos con variados colores. Los enanitos bailaban y bailaban sobre el jardín. Chispita comprendió que se trataba de Blanca Nieves y sus pequeños amiguitos.

Ya había escuchado sobre ella y los enanos a su madre, una tarde cuando mamá Chispa contaba cuentos e historias infantiles a sus hermanos. Y ahora le tenía allí, frente a frente. ¡Qué contenta estaba!

Cuando miró hacia arriba, pudo ver una gran flor hecha de papel que colgaba del marco de madera. Debajo de ella, se encontraban una gran cantidad de niños y niñas que, en fila, se turnaban para golpearla con un palo forrado con papeles multicolores y flecos. Todos le daban con fuerza a fin de romperla. Comprendió que se trataba de una piñata.

De tantos golpes que recibió, la piñata se rompió y cayeron desde los aires cientos de pastillas, globos, pitos, juguetes, chocolates, galletas y confites de colores. Todos los niños recogían del suelo cuanto podían. Chispita estaba feliz, muy feliz.

Luego, pudo disfrutar de las acrobacias de dos payasos que animaban la fiesta, cantando y bailando con todos los niños y niñas que disfrutaban de la fiesta con gran alegría y emoción.

De repente, una voz la hizo volver a la realidad. Cantemos, cantemos, decía una joven señora, así: “Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, que tu cumplas A-ni-ta, muuuuchos aaaños feeeliz, cumpleaños feliz te deseamos a ti, que tu cumplas Anita muchos años feliz.

En fracción de segundos se escucharon muchos gritos y aplausos, mientras que un fotógrafo tomaba las fotos para el recuerdo.

Chispita estuvo muy feliz.

Cuando Anita se acercó a ella y sopló, se acabó la diversión. Ahora tendría que esperar por otra llamada y quién sabe si despertaría en otro cumpleaños.

LOS CUENTOS DE PAPÁ SOL

Por: **Bolívar Perigault Sánchez**

"DE PASEO"

Papá Sol estaba feliz. Sonreía a carcajadas, carcajadas de luz. Sus hijos estaban todos juntos. **"Rayón"**, el mayor de todos, leía un cuento infantil a "Estrellita Veloz", su hermana favorita. Sus otros hermanitos: **"Luz del Alba"** y **"Amanecer"** jugaban cerca de papá, en tanto que **"Rayín"**, el más pequeño de los hijos de **Papá Sol** y **Bella Luna**, dormía su siesta.

Todos los rayos mayores debían ir a trabajar diariamente. Trabajaban mucho, desde que Papá Sol despertaba, como a eso de las seis de la mañana hasta que su esposa "Bella Luna", venía a su encuentro al caer la tarde. No tenían una hora fija y, minutos más tarde o más temprano, esa era su rutina diaria.

Hoy, papá Sol se despertó de madrugada. Todos sus rayos se levantaron con él y luego de tomar el desayuno, que consistía en fuertes cargas de luz y grandes bocanadas de llamaradas multicolores, partieron al trabajo diario.

Los rayos más grandes y los ancianos viajaban enormes distancias por el espacio sideral, a grandes velocidades, para irradiar calor, y con su luz, agradecer al Dios del Universo por este nuevo día. El resto, sin excepciones, tenía la misión de iluminar la tierra y ayudar de diversas formas en el desarrollo de la vida animal, vegetal, mineral y humana del planeta Tierra.

Los rayos del sol siempre estaban alegres y todos partieron a la tierra, bajando por una enorme y colorida escalera, dirigidos por "Rayín" y cantaban:

Somos alegres
somos los rayos

rayos dorados del Sol
y venimos a la tierra
a trabajar con amor.

Somos alegres
Todos cantamos
Cantamos con gran tesón
Iluminando la tierra y el mar
Somos los rayos del Sol.

Papá Sol, al verlos partir reía a carcajadas, como dice el poeta: “desde el balcón de Dios”.

Papá Sol tenía sus dos grandes ojos muy bien abiertos, con su ojo izquierdo iluminaba hacia el Oriente y con su ojo derecho, iluminaba hacia el Occidente. No había un rincón en el planeta, que pudiera esconderse de su cálida mirada ni de su energía bienhechora.

De repente, el pequeño Rayín se le acerca juguetón y le dice:

–Papi, yo quiero viajar con mi hermano “Rayón”, déjame ir a trabajar.

Papá Sol le contesta:

–Rayín, querido hijo, eres muy pequeño para esas faenas. Trabajarás cuando seas grande y cumplas tu mayoría de edad, sin embargo llamaré a Rayón, tu hermano mayor, para que te lleve a la tierra, sólo con la condición de que descanses en alguna playa, río, lago o laguna, a fin de que te vayas familiarizando con el trabajo. Eso sí, a las seis de la tarde, a más tardar, deberás regresar, pues de lo contrario, morirás de frío cuando tu madre, Bella Luna, refleje mi gloria al caer la tarde y entre la noche a cubrir la tierra con su fino manto de estrellas.

–Está bien, respondió Rayín, así será.

Entonces papá Sol aumentó su calor y, al instante, regresó Rayón, quien ya se encontraba en las cercanías del Ecuador. Los rayos sabían que cualquier cambio en la temperatura o en la intensidad de la luz de papá Sol, significaba que el mayor de todos, en este caso Rayón, debía regresar a casa en fracción de segundos para recibir alguna nueva instrucción.

Al verlo regresar, papá Sol lo recibió con gran alegría y le encomendó que llevara a Rayín a la tierra para que conociera algunos ríos, lagos o lagunas; sólo con la condición de que lo vigilara bien y lo retornara a casa como a eso de las seis de la tarde.

Ese día fue uno de los más felices para Rayín. Sobre los hombros de su hermano mayor viajó velozmente a la tierra y luego de recorrer muchos países y continentes, en sólo unos segundos, Rayón decidió que su hermanito pasara unas pequeñas vacaciones en un río de la República de Panamá, ubicado en un pequeño y pintoresco pueblo llamado "La Chorrera".

¡Qué feliz y contento estuvo Rayín¡. Jugó y jugó, cantó y cantó hasta que por la tarde, como a eso de las seis, su hermano mayor lo trajo de vuelta a casa.

"RAYÍN" SE VA DE VACACIONES

Como todos los días, Rayín, el hijo más pequeño de papá Sol y Bella Luna, viajó a la tierra a disfrutar sus vacaciones.

Sólo los rayos mayores de edad podían trabajar en las diversas labores que se realizaban en nuestro planeta. Los más chicos, pasaban el día en los ríos, lagos o lagunas a fin de familiarizarse con el área y ejercitarse para cuando fueran grandes.

Esa mañana, Rayín regresó acompañado de Rayón al ya conocido pueblo de La Chorrera, ubicado en el corazón del mundo. Allí lo dejó y le advirtió que esperara a sus primos rayitos, para que se divirtieran y jugaran. Le recordó que pasaría por él como a eso de las seis, como todos los días para llevarlo de vuelta a casa.

Al rato llegaron dos de sus primos hermanos y todos juntos comenzaron a jugar y a divertirse en grande.

¡Qué lindo era el río! Había un gran chorro de agua que caía con gran fuerza desde las alturas de unas enormes rocas. Los árboles, frondosos, bordeaban sus riberas.

El paisaje que rodeaba al río era muy hermoso y la caída de agua del Chorro, le daba un sonido majestuoso al ambiente. Era como si miles de globos espumosos cantaran al Dios del universo. Los pájaros también adornaban el área

con su belleza y colorido, y con sus trinos armoniosos y gorjeos cantaban y cantaban. Silbaban y silbaban. ¡Qué hermoso lugar para divertirse!

Había enormes palmeras con cocos y también con las famosas pipas panameñas, árboles frutales, mariposas de variados y vistosos colores; palomas titibúes, colibríes, pecho amarillos, pájaros carpinteros, petirrojos, pericos, cotorras, loros, golondrinas y ruiseñores.

Allí pudieron disfrutar de jugosos mangos, naranjas, marañones, ciruelas, piñas, mamones, nísperos, mameyes, papayas, guanábanas, pipas y gran variedad de frutas tropicales. El gran Chorro se encontraba localizado en un pintoresco pueblo llamado La Chorrera.

Las flores eran lo que más le encantaba a Rayín y cada vez que se zambullía y salía del agua, corría para oler y acariciar las flores y observar el vuelo de las aves.

¡Qué lindas eran las mariposas! Las había de todos los tamaños y colores, con razón a Panamá le habían dado ese nombre, por la abundancia de mariposas. Eso lo supo Rayín por boca de su mamá Luna cuando les contaba cuentos infantiles a él y a sus hermanitos para que se durmieran.

Y Rayín siguió jugando y volando y cantando. Entraba y salía del agua con gran energía. Sus primos también se divertían mucho. Todo era alegría. Así, "Rayín" disfrutó de un nuevo día de vaciones.

Travesuras Escolares

Eran las dos de la tarde, cuando Julito llegó acompañado de Junior, Juancito y otros dos amiguitos, Marquitos y Daniel, todos alumnos de la Escuela Primaria Naciones Unidas del pueblo de La Chorrera. Los niños jugaban tirando pequeñas piedras al río para ver cuál llegaba más lejos. Luego se lanzaron al agua para nadar de una orilla a la otra del río.

Luego Julito se quedó solo, quieto, muy quieto, sentado en la orilla, observando la corriente cristalina que viajaba río abajo.

Entonces sus ojos se cruzaron con la mirada de Rayín que saltaba alegre sobre unos peñascos cubiertos de musgo.

"Rayín", contento, le saludó y se sumergió fugaz en las profundidades del río, muy cerca del gran Chorro. Cuando Junior y sus amiguitos regresaron donde él, Julito les contó lo sucedido. Ellos no le creyeron.

–Sabes bien que los rayos de Sol no hablan, ni se ríen, ni saludan. Debió ser tu imaginación.

–Bueno, esperemos aquí un rato y verán que les digo la verdad.

Los niños se subieron a un árbol para coger algunos mangos y luego se sentaron a comérselos junto a Julito. Así, comieron hasta quedar satisfechos. De repente, el agua se tornó brillante, muy brillante, cerca del peñasco y, ante los ojos de los niños, Rayín emergió. Entraba y salía del agua con gran rapidez. Rayín nadaba y nadaba. Los niños quedaron sorprendidos. Julito les había dicho la verdad.

Cuando Rayín se percató de la presencia de los niños vino a saludarlos. Les dijo como se llamaba, de dónde venía y que su hermano Rayón vendría a buscarlo a las cuatro de la tarde para ir de regreso a casa. Mientras tanto, todos jugaron y se divirtieron mucho en la buena compañía de Rayín.

Junior pensó cómo quedarían todos en el pueblo cuando ellos le contaran esta historia.

Luego, Julito dijo que nadie les iba a creer porque era algo casi increíble. Entonces, todos, decidieron atrapar a Rayín para llevarlo al pueblo. Nunca pensaron en hacerle daño.

Cuando Rayín se zambulló, ellos se escondieron detrás de unos papos y llenaron una totuma grande con agua y la colocaron cerca.

Rayín salió del río, y brincando y cantando se acercó a la totuma para zambullirse y así lo hizo.

Los niños entonces, taparon la totuma con una hoja de tallo de plátano, de esas que usan las abuelas para envolver los deliciosos tamales. Rayín no pudo salir.

–Ya lo tenemos, dijeron los niños. Ahora llevémoslo al pueblo para enseñárselo a todos. Así iniciaron el regreso.

Rayón llegó al río cerca de las cuatro de la tarde, a la hora convenida; buscó y buscó a su hermanito por todas partes, más no lo encontró. Rayón se fue triste, muy triste. Papá Sol al verlo llegar sin Rayín, lo mando de vuelta a la tierra y le dijo que volviera con su hijo menor, de lo contrario se disgustaría mucho.

Al no volver Rayín, papá Sol cerró uno de sus dos grandes ojos y la mitad de la tierra y de todo lo existente se oscureció. La mitad del pueblo quedó en tinieblas y los niños no podían ver el camino de vuelta y pasados unos cuantos minutos papá Sol cerró su otro ojo y todo se oscureció.

Rayín les pidió a los niños que lo dejaran ir, ya que su papá era muy bueno con la tierra, pero que si se disgustaba no querría alumbrar más al planeta. Les explicó que todos sus hermanos rayos, visitaban la tierra todos los días para colaborar con su calor, dando vida a las plantas, animales y a los seres humanos. Sin su ayuda, las plantas no podrían vivir ni dar frutos, y, por lo tanto, no habría alimentos para comer. No caerían las lluvias, porque al no haber calor, el vapor no podría subir a los cielos para formar las nubes. Las vacaciones serían aburridas, porque papá Sol con su calor daba vida y color a todo lo creado por Dios. Además, no era correcto que por una travesura de ellos, la tierra en su totalidad perdiera todos los beneficios que le prodigada su papá Sol.

Los niños, luego de escucharlo, aceptaron las razones de Rayín y le pidieron perdón por haberlo hecho pasar un mal rato.

Y llegaron al acuerdo de que Rayín les iluminaría el camino hacia el pueblo y así, cuando estuvieran cerca, ellos lo liberarían, porque de lo contrario podrían perderse. Así, levantaron la hoja de tamal que cubría la totuma y Rayín pudo salir para alumbrarles el camino, tal cual lo habían acordado.

Entonces, la única luz que había en toda la tierra era la que provenía de Rayín en el pueblo de La Chorrera, ubicado en el centro del Istmo de Panamá, Puente del Mundo y Corazón del Universo.

Ya cerca del pueblo, los niños cumplieron su palabra y se despidieron de Rayín, no sin antes regalarle muchos mangos para que los compartiera con su familia. Rayín los recibió con gran alegría y les bendijo por su hospitalidad.

Entonces Rayín fue ascendiendo lentamente, en forma de espiral. Papá Sol, al verlo, fue abriendo sus dos grandes ojos y a medida que Rayín se acercaba, la tierra se iluminaba.

Al llegar Rayín a casa, papá Sol estaba feliz y sonreía a carcajadas de luz. Toda la familia de Rayín estaba alegre. Entonces toda la tierra se iluminó.

Los niños llegaron al pueblo y contaron todo lo que les había sucedido.

LOS INTRÉPIDOS NIETECITOS Y LOS AMIGUITOS DE LA CIUDAD

Por: **Eradio "Pica" De León Jaén**
Ilustración: **Edwin De León Jaén**

Una vez en la ciudad había tres aventureros niños que conocían toda la capital. Una tarde bonita le piden a su abuelita que les contara un cuento.

Ella les responde: ¿cuál quieren que les cuente?

Ana Lis le responde: ¡Los intrépidos nietecitos, abuelita!

La abuelita muy contenta les dice: como la tarde es hermosa, yo les daré un paseo por donde viven Tutu y Ñopo, que son los protagonistas del famoso cuento "Los intrépidos nietecitos".

Danielito saltó de alegría y preguntó: ¿dónde, dónde es abuelita?

Ella con entusiasmo contesta: En Chepo. Ana Lis replica: ¡abuelita, abuelita, en la casa de los títeres! ¡Dónde vive tu amiga Irene!

Si mami, en la casa de los títeres donde vive la señora Irene, le contesta la abuelita.

Omarsito sólo miraba y balbuceaba: gugu gugu aún era muy pequeño, no sabía hablar pero era muy inteligente ya que en forma de señas pedía lo que él quería.

Emprendieron el viaje para Chepo y en el camino Ana Lis, como era la más grande, tenía más interés en conocer el lugar para donde iba. ¿Abuelita, por qué se llama Chepo?

La abuelita responde: “Cuenta la historia que en ese lugar vivió un indígena alto, blanco y con una cabellera rojiza el cual se llamaba Chipu o Chepore”. Así pues la abuelita les enseñaba parte de la historia de ese lugar.

Llegó el momento de conocer a los intrépidos Tutu y Ñopo. Como estos niños tenían un buen carisma pronto entablaron una conversación acerca de sus aventuras y rápidamente la amistad creció como la espuma.

Salta la inquieta de Ana Lis y dice: ¿ustedes creen que nos pueden llevar a conocer sus amiguitos del cuento en el bosque?

Ñopo responde: Sí, ¿por qué no? Pero Tutu añade: Primero pidamos permiso a nuestros abuelitos.

Danielito responde: me parece bien.

La abuelita conociendo lo audaces que eran Tutu y Ñopo les concede el permiso.

Estando todo preparado, esa misma tarde emprenden el viaje, pero antes de entrar al bosque Tutu y Ñopo les advierten que por ninguna razón hay que hacerle daño ni al bosque ni a los animalitos que allí viven.

Para su sorpresa se encontraron a todos sus amigos del bosque en una fiesta, la brujita cumplía años y como ella ya no era malvada, el tigre, el lagarto y el conejito decidieron celebrar el cumpleaños de la bruja.

Todos contentos jugaban, saltaban y bailaban.

Regresaron muy contentos estos niños a la ciudad y le contaban a sus amiguitos en la escuela, lo que aprendieron en el bosque.

Que si estudiaban y se portaban bien algún día harían una excursión a ese lugar. Todos quedaron emocionados de las aventuras de los intrépidos nietecitos Tutu y Ñopo.

CANTARINA Y CRISTALINA

Por: **Estela Perigault de Malgrat** *(Autora e Ilustradora)*

Una mañana doña Esperanza estaba en sus oraciones agradeciéndole a Dios por todo los bueno de la vida, sentada en una cómoda silla, en el patio interior de su casa; ésta es alegre y acogedora, ya verán por qué.

Se preguntarán ¿a qué se debe que sea la vieja casa, acogedora y alegre? Se debe a una fuente de agua cristalina y cantarina que el hijo le regaló a doña Esperanza hace algunos años; se encuentra en el patio interior de la casa.

Este verano, tan caluroso y seco, los más bellos pajaritos se acercan a la fuente de agua a calmar la sed y a bañarse. Sus trinos y gorjeos demostrando bienestar, alegran toda la casa.

Ojalá pudieran verlos, son hermosísimos. Entre ellos están: los petirrojos de cuerpo negro, pecho y garganta de un rojo muy bonito, pico y patitas blancos; también están los azulejos, los colibríes, los canarios, los sinsontes, las palomitas titibúas, chocolates y gorditas. Los periquitos bulliciosos, pasan de largo, no se acercan, son muy traviesos; también están los carpinteritos, con llamativos penachos rojo.

Estaba la doña lo más distraída contemplando los pajaritos, cuando en eso aparece un enorme pájaro Talingo, de un color negro azulado brillante, de pico grande y curvo, ojos muy feos y negros.

Al acercarse el pajarraco a la fuente de agua, todos los hermosos pajaritos se alejaron volando, muy asustados. Ya sabían que el talingo se robaba los huevitos y pichoncitos que ellos dejaban en sus nidos, cuando salían a buscarles comida. El negro talingo, contento al sentirse solo en la fuente, revoloteaba bañándose y tomando agua.

Hacía tanto ruido, graznando, saltando bruscamente, que salpicó con mucha agua, las sandalias de la imagen de San Francisco de Asís, que estaba parada arriba de la fuente.

¡Ah! Pero ¡qué horror! quiero que me disculpen, por el olvido de algo tan importante, como mencionar desde un principio, al bueno de San Francisco.

San Francisco era un fraile muy bueno que amaba a todos los niños y niñas, pero especialmente a aquellos que estaban solos y con hambre; pero miren, que cosa más notable, también quería a los animalitos; a todos, los de la selva, los del monte, del mar, del aire y las mascotas de las casas. ¿Tienen ustedes algún perrito o gatita a quien querer, alimentar y cuidar?

Pues bien, a San Francisco todos lo conocen como la persona que el niño Dios le concedió el don de comunicarse con los animales y comprenderlos.

¿Pero qué sucedió con la fuente de agua cantarina y cristalina? El talingo que asustó a los alegres pajaritos, escuchó una dulce voz: Mi amigo talingo, mi amigo talingo escúchame por favor. Gracias por lavarme mis sandalias, que necesitaban limpiarse, porque estaban muy sucias, llenas de polvo. No sabes cómo te lo agradezco. ¡Qué el niño Dios te bendiga! Gracias, gracias, seguía diciendo San Francisco, soltando las dos palomitas blancas que tenía en la mano izquierda y en su hombro derecho; también un hermoso cervatillo

sonreía a su lado. El enorme talingo de color negro brillante, se asustó tanto, tanto, que de negro se puso pálido, de un gris casi blanco. El orgulloso pajarraco nunca había visto y escuchado a una estatua de piedra hablar y con una voz tan cariñosa y amable. Parece que el bueno de San Francisco lo quería y comprendía, a pesar de ser tan malo.

El asustado talingo perdió el habla, y de una vez salió volando, alejándose rápidamente de la fuente de agua. Perdiéndose entre las nubes, desapareció por mucho, mucho tiempo...

Los alegres pajaritos, dándole las gracias al Santo, regresaron a bañarse en la fuente de agua cristalina y cantarina.

En eso, las dos palomitas blancas regresaron a las manos de San Francisco, y volviendo la estatua a su posición original, se escuchó el canto de la fuente de agua más alegre y cristalina que nunca.

Doña Esperanza, quien fue testigo de semejante prodigio, agradeció a la Divina Providencia y a su hijo por haberle permitido tener en la fuente de agua cristalina y cantarina la hermosa imagen del patrón y protector del Reino Animal, incluyendo las mascotas, por supuesto.

LA GRAN AMISTAD DE GRACE Y ELMO

Por: **Estela Perigault de Malgrat** *(Autora e Ilustradora)*

Una gran soledad vivía esta niña, muy bonita y consentida, tan cuidada por sus padres que no la dejaban pasear, ni por el patio de su casa.

Ella sólo se asomaba a las ventanas, para ver pasar a las personas, desde lejos. Sus padres temían que le pasara algo malo, si la dejaban salir.

Un día la niña sintió unos pasos desconocidos, en al patio de la casa. Cuando se asomó a la ventana, se encontró con unos ojos muy bonitos, que a su vez la miraban.

Era un niño muy gracioso que se atrevió a saludarla y preguntarle su nombre.

¡Hola niña! le dijo, qué hermosa eres, qué ojos más verdes y brillantes tienes. ¿Cómo te llamas?

Perdona que no te responda, porque mis padres me han prohibido hablar con extraños y mucho menos decirles mí nombre, dijo la niña.

Y así pasaron varios días, mirándose desde lejos. Ella desde la ventana, y él desde el patio.

El niño fue a su casa, y después de varios días regresó al patio; pero qué preocupación al mirar hacia la ventana, ya no veía los hermosos ojos verdes y brillantes de la niña.

¿Y qué ocurrió? Pues la niña se había enfermado de soledad. Los doctores le recomendaron unas vitaminas y mucho reposo, además de compañía.

La niña dormía y soñaba, soñaba y dormía. También debía tomar mucha leche. En uno de esos prolongados descansos, la niña soñó que se veía en el patio sentada frente al niño, conversando muy contentos.

El niño hablaba de su kinder, de lo buena que era su maestra, y cómo le gustaba jugar a las canicas con sus amiguitos. También visitaba a sus abuelitos en El Valle de Antón, para tener más amiguitos y conocer otros pueblos.

La niña estaba contenta y triste al mismo tiempo, pues su vida era muy distinta a la del niño. Sus padres le tenían una maestra que le enseñaba muy bien en la casa, pero no tenía amiguitas.

El niño le contó que iba a estudiar música, ya que su abuelo, cuando era joven, tocaba el corno francés en la Banda Republicana.

Él pronto cumpliría seis años e ingresaría a primer grado en la escuela República de Chile; decía el profesor Vergara, que era la edad perfecta para comenzar los estudios de música, en el Plan Juvenil del Conservatorio Nacional.

Y así seguía la conversación del niño. En eso, sacó de su mochila una pelota de color rojo, muy bonita e invitó a la niña a jugar.

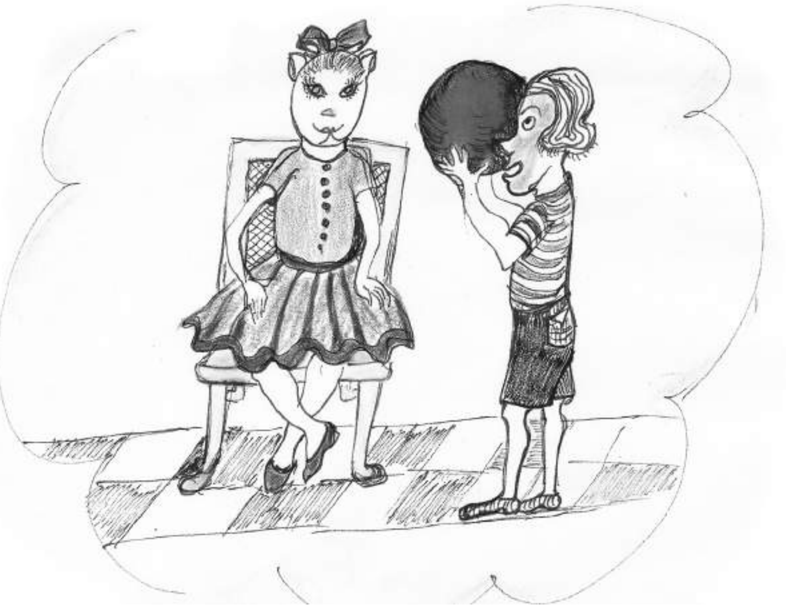
La niña se entusiasmó mucho, pues era la primera vez que jugaba con una pelota. En una de esas, la pelota saltó al patio de atrás golpeando a una pequeña ardilla. La niña se asustó por el golpe que aturdió a la ardillita y a su vez porque nunca había visto un animalito, con una gran cola parecida al plumero que usa Lola, en la limpieza de la casa.

La ardilla fue llevada al veterinario y gracias a Dios se salvó. Los niños estaban felices. Y así siguieron sus juegos...

…De lejos se oía una dulce voz: Niña, mi niñita despierta, despierta. Desde hace días estás durmiendo y no has tomado tu leche. Era la bondadosa madre de la niña, que muy preocupada la llamaba.

En eso, la niña todavía medio dormida entre las sábanas dejó oír un suave quejido, miau, miau.

De inmediato hubo un alboroto de fuertes ladridos en el patio de la casa, se oía la voz del amo decir: silencio Elmo, silencio, recuerda que tu amiguita, la gatita Grace, la de los ojos verdes, está dormida y puede despertarse...



Pues sí, tal fue el alboroto que formó Elmo, que obligó a su buen amo, bajo un permiso muy estricto, llevarlo a saludar a Grace, que aún estaba enfermita. Al saludarse ocurrió algo inesperado. ¡Hola Grace! ¿Cómo te sientes? Dijo Elmo emitiendo un ladrido tan suave y refinado que más bien era un delicado maullido.

Grace al verlo y escuchar su saludo tan alegre y amistoso, le dijo: ¡Hola Elmo, te extrañé muchísimo ¿qué te hiciste? Emitiendo un maullido tan fuerte que más bien parecía un ladrido, pero muy femenino.

Este suceso corrió como reguero de pólvora. Se publicó en todos los diarios, cómo una gatita refinada y un perrito educado, motivados por su gran amistad, aprendieron espontáneamente, cada uno el idioma del otro. Siendo el primer caso en la historia del mundo, la existencia de una gatita y un perrito bilingües. Grace y Elmo conservaron su hermosa amistad, llevando una vida muy creativa, divertida e interesante.

Con el tiempo Elmo perfeccionó su nuevo idioma gatuno y a su vez Grace, llegó a dominar el idioma perruno, sólo que en tono más suave.

Grace se enteró por Elmo de algunos héroes y heroínas de su cultura; ya sea en la vida real o en el cine. Como la perra “Lassie”, quién con mucho amor

y solidaridad rescató de serios peligros a diversas personas, demostrando gran inteligencia.

El caso espectacular de Laika, la primera perrita astronauta que viajó en la nave espacial rusa “Sputnik Nº 2”. El perro Gris que salvó de la muerte a Don Bosco en una emboscada que tramaron sus enemigos, y así fueron surgiendo “Bengi”, “Rin Tin Tin” y hasta Pluto de las cómicas.

Grace, por mucho que se esforzaba, sólo recordaba el cuento del “Gato con Botas” de Charles Perrault que le contó su maestra privada. Fuera de las cómicas “El Gato Félix”, “Gaturro” y el gato “Tom” en “Tom and Jerry”, no recordaba a nadie más.

Entonces, Grace dijo riéndose a carcajadas: cuando sea políglota, hablando no sólo idiomas gatunos y perrunos sino además el español, el inglés y tal vez el mandarín pues dicen que los chinos van a superar a los gringos, entonces seré la primera gata notable, ja, ja, ja, ja.

Te felicito Grace dijo Elmo, tienes un gran sentido del humor, a pesar del encierro a que te sometieron tus amos. Como Grace no podía contener la risa,

Elmo se contagió, formando entre los dos un dúo de risas sin precedente, ja, ja, jaaaaaa, jo,jo, jo, ji, ji, ji…

Después de tantas risotadas, Elmo en el idioma gatuno dijo: Grace alégrate, consulté por Internet, que en la cultura del antiguo Egipto, los gatos eran considerados una especie sagrada. ¿Qué te parece?

Ilustración: Grace y Elmo como son en la vida real

EL SUEÑO DE ALYSSA Y CHANTAL

Por: **Francisca de Sousa**

Abue, –llamaron– Chantall y Alyssa a su abuelito que dormitaba en una mecedora.

–¿Nos puedes contar una de esas lindas historias que tú sabes?

Las dos niñas eran muy dulces y cariñosas, pero había momentos en que era muy difícil satisfacer sus deseos porque eran muy inquietas e inteligentes y no se podían entretener mucho tiempo haciendo una sola cosa.

Sonriendo, el abuelo vio la oportunidad de poder enseñarles algo y –les dijo– voy a relatarles un bello cuento de dos niñas como ustedes tiernas y lindas, pero traviesas y muy tercas.

Era un lindo día de verano, el sol estaba contento y como reía a carcajadas, sus rayos titilaban continuamente, llegando a la tierra muy caliente y brillante.

Corriendo alborozadas en el patio de su casa, las niñas saltaban felices, gritando y cantando.

–No cojan mucho sol niñas –les advertían– sus madres, puede hacerles daño.

Las niñas tomaron una manguera de regar el césped y riendo felices, se mojaron mutuamente. Ya estaban exhaustas de correr, gritar y mojarse, pero no hacían caso a las llamadas que sus mamás les hacían.

–Recuerden que mañana es la fiesta de la escuela, si se enferman no podrán ir y seguro les va a doler mucho, van a repartir gorritos, pastillas y muchos juguetes.

–Un poco más mami –rogaban– las niñas. Sus madres tolerantes en exceso las dejaban jugar.

Su abuelita –les decía– a cada rato, –yo creo que ya es suficiente mojarse y tomar el sol, les va a dar insolación.

–Un poco más mamá –Les contestaba; Alexita y Dalila, las madres de las niñas, ellas están acostumbradas, no les pasará nada.

Las dos primitas seguían y no paraban. Hasta que Alexita al fin bajó y les cerró la manguera.

Las niñas tiritaban de frío y estaban muy quemadas del sol, entraron a su cuarto a secarse y vestirse.

–Chantall y Alyssa, vengan a merendar –llamó– Dalila.

Al no obtener respuesta fue al cuarto y cuál no sería su sorpresa al encontrarlas profundamente dormidas.

Alyssa, llamaba –Chantall, ¿viste el vestido color rosa que usaré en la fiesta?

Es muy bonito –contestó– Chantall, el mío es azul cielo, iremos a la fiesta muy bien trajeadas, con vestidos muy bellos y seremos las reinas de la fiesta.

De pronto, Alyssa sintió que no podía moverse y Chantall tampoco, trataban de ponerse en pie y les pesaban las piernas, se sentían muy calientes, querían gritar y no podían.

Mami! trataban de gritar –pero ellas sentían que no les oían.

–Chantall –gritaba– ¡Alyssa siento que me lleva el viento! –Yo también estoy volando! –gritaba– Chantall.

Sentían que el sol las calentaba más y el viento las llevaba muy alto. Llovía torrencialmente y nadie las oía gritar.

Oían la voz de Dalila que –les decía– Chantall y Alyssa entren ya, somos muy tolerantes con ustedes pero vamos a tener que serlo un poco menos y hacerles entender que el respeto tiene que ser compartido.

–Ustedes deben obedecer cuando se les diga que basta de juego y estaremos contentas y podremos darles permiso cada vez que quieran salir.

Las niñas flotaban y flotaban y no oían nada de lo que les decían, se dieron cuenta que llegó el día de la fiesta y que ellas no bajaban, estaban muy altas.

Veían sus preciosos vestidos colgados y no los podían alcanzar.

Mami, mami –Gritaban– todos los niños y niñas están llegando a la reunión y nosotras no bajamos.

–Se echaron a llorar cuando vieron a sus compañeritos y compañeritas, reír felices viendo los payasos y las bailarinas haciendo las delicias de la fiesta.

–Alyssa, Chantall, despierten; –llamaron sus madres.

–Sacudiéndolas un poco–.

–Se han quedado dormidas sin merendar.

–Mami, mami, –sollozaban– perdimos la fiesta y no pudimos estrenar nuestros lindos vestidos.

–Tenías razón, por abusar de lo tolerante que son con nosotras, por querernos tanto, enfermamos y no pudimos ir a la fiesta.

–La abuelita, Alexita y Dalila las miraban sorprendidas, no sabemos de que hablan –dijo– la abuela, la fiesta es mañana, creo que el sol las afectó mucho, vengan a merendar y sigan escuchando los cuentos de su abuelo.

Las niñas mirando al abuelo, éste sonreía socarronamente mientras –les decía– estaban soñando, se quedaron dormidas.

Pero Abue, –se admiraron –las niñas, ¡estábamos las dos soñando lo mismo!

¡Ya lo creo! –asintió– el abuelo, guiñando un ojo, esa era la idea.

Mami te prometemos que de aquí en adelante será diferente, si de verdad, hubiéramos perdido la fiesta estaríamos muy tristes, ustedes son las mejores mamás del mundo, no abusaremos más de lo tolerante que son con nosotras, somos felices de saber cuanto nos quieren –sollozó– Alyssa.

Su madre, su tía, su abuelo y su abuelita las abrazaron y las llenaron de muchos besos. Ellas estaban muy contentas de haber soñado lo mismo y haber entendido el mensaje del sueño. Iban a disfrutar de la fiesta, tanto como los otros niños y niñas que asistirían.

LA EVOLUCIÓN

Por: Gloria Melania Rodríguez M.

El verano ya se fue. Ahora viene un viento helado como salido de un mundo de hielo. Todo se va, todo camina, aunque a paso lento, pero camina. Ya se fueron los trompos, las estrellitas de yaks con sus bolas de colores, la cometa, la lata y la queda, los pantalones cortos; la rayuela también pasó. El cero escondido ya no se ve. Todo pasa y todo se va. Tal vez es algo normal. Las cosas pasan delante de todos. Tal vez si nos detuviéramos un momento a mirar.

Un día, Tranquilito, desde su casa, se dispuso a mirar. Le puso un alto a su ir y venir. Puso el oído atento; el oído y los ojos.

–¿A dónde van las cosas? -se preguntó- ¿A dónde se irán las palabras y los sueños?

Tranquilito estaba en la sala y acababa de terminar de leer un libro. Se paró frente al espejo y se dio cuenta que ya no era el mismo de ayer. A la vez, era tan parecido o igual que antes.

–¿Yo también me iré? –siguió preguntándose.

Notó que sus dientes tenían más filo que al principio. Su voz sonaba fuerte; antes, se oía como la cuerda prima de su guitarra; ya no. Ahora, cuidado, la luz intensa de sus ojos es capaz de marchitar los retoños de los árboles. Antes era capaz de mover las orejas como un burrito, sacar la lengua hasta que diera miedo, estirarse la boca hasta tocarse las orejas. Ahora ya no quiere hacer esas cosas. En su cuerpo nadie podría contar ya las costillas, como antes se podía. Ahora, a menudo siente unos deseos profundos, pero no sabe de qué.

Por eso, cuando no se queda leyendo, suele salir de casa y caminar mucho. Pasa por el parque y dobla la esquina del arbolito, llega a la casa cural y saluda al padre Bernardo, gira en la esquina donde el maestro Monchi y llegó a la bajada de El Salto. Allí se queda mirando el agua correr.

–¿Quién empuja el agua del río? –piensa.

Enseguida mira a los pájaros y a sus crías, a los árboles, y recuerda cuando podía conversar con ellos en el jardín de mamá Charo; y regresa aprisa a su casa.

Pasa la subida de El Salto, dobla la esquina del maestro Monchi, sigue por la casa cural, saluda otra vez al padre Bernardo y da la vuelta por la esquina del arbolito. Después del parque, llega a su casa. La mamá lo está esperando.

–Mamá, ¿quién empuja el agua del río? -le pregunta.

–¡Dios! -contesta la madre.

–¿Y quién se lleva las cosas? -volvió a preguntar.

–El tiempo –responde la señora.

–¿Y dónde puede uno hallar al tiempo? –insiste él.

–Pues ahí mismo, donde empujan el agua del río.

La enorme sonrisa en el rostro de Tranquilito anuncia la llegada de una nueva época, en que muchas cosas se habrán ido, pero otras comienzan a anunciar su llegada, como el viento helado que habla de un invierno que no demora.

LA CIGARRA CANTORA

Por: Gloria Melania Rodríguez M.

La cigarra cantora tenía la cintura tan fina como una guitarra, las alas tan largas como una flauta y la cabeza tan cuadrada como un cajón. Pero no tocaba ninguno de esos instrumentos: ella prefería aporrear un timbal de madera.

–Tarirarirarilalara, tirarariratantantán –y acompañaba el sonido de los timbales con una canción bonita y tierna que, quién sabe por qué, le traía el recuerdo del almíbar de las naranjas.

Todos los días ensayaba la canción para la Fiesta del Amor y, después, recogía flores silvestres para hacer un popurrí de olores con los que perfumaría la miel que días antes, casi en secreto, había recogido por el campo.

Llegó el día de la Fiesta del Amor, mejor dicho, la noche. Los insectos del jardín se congregaron en torno a un viejo tronco que servía de sostén para unas orquídeas que mamá Charo trajo desde El Valle. Los primeros en salir al escenario fueron los cocuyos:

–Tic, tac, tac, ¡tac-tac-tac! Tic, tac, tac…

Con sus cinturas, la pareja de cocuyos podía hacer música que recordaba los sones de la madera seca, mientras danzaban mirándose fijamente a los ojos, sobre una hoja seca que, a intervalos, se iluminaba con su luz tenue.

Después compitieron los grillos, violinistas consumados, que aparecieron sobre el tronco dando un portentoso salto desde lo alto de las empinadas orquídeas:

–Rik, rik, riiiiiik… rik, riiiiiiiik…

Y los otros insectos se tapaban los oídos, ante las notas agudas que alcanzaban los danzarines. Correspondió entonces el turno a dos mosquitos muy flacos, venidos desde el pote de begonias al que la abuela siempre olvidaba cambiar el agua; llegaron con sus trompetillas listas para la competencia.

–Fiiiiiiiiii, firiririri, fiiiii….

¡Qué diestros! Hasta que llamaron a la cigarra cantora, quien apareció en una esquina del escenario, muy segura y muy compuesta, vestida con un elegante frac que le daba un porte majestuoso entre los otros participantes. ¿Quién, en el bosque, no conocía el sonido de sus timbales? Tarde a tarde la venían escuchando prepararse para la Fiesta del Amor. En verdad, la competencia era tan reñida que pocas opciones de ganar tenía, con su monótono canto.

–Tarirarirarilalara, tirirariratantantán… -comenzó la cigarra el espectáculo, ante los primeros bostezos de la concurrencia, que no disimulaba su desinterés.

–Tarirarirarilalara, tirirariratantantán…

Pero, de pronto, ocurrió algo inesperado: la cigarra echó a un lado sus timbales y, con un giro gracioso de su cintura, se puso en medio de la pista, haciendo sonar sus patas sobre el madero que les servía de escenario:

–Tic, tac, tac, ¡tac-tac-tac! Tic, tac, tac… -sonaban las patas de la cigarra, a medida que bailaba. Los asueñados concurrentes abrieron los ojos asombrados.

–Rik, rik, riiiiiik… rik, riiiiiiiik… -hicieron las alas de la cigarra al rozar una con otra, mientras ella daba vueltas haciendo que se extendieran las puntas de su frac con inesperada elegancia.

Varios de los insectos ahora estaban de pie para admirar mejor el espectáculo. Pero ahí no terminó todo, la cigarra se llevó una de sus patas a la boca, colocó una fina hoja de hierba en su mandíbula y sopló con delicadeza, sin dejar por un momento de bailar:

–Fiiiiiiiiii, firiririri, fiiiii….

Aquello era la locura, los escarabajos daban vueltas en el aire, los grillos verdes levantaban ramitas como si fueran estandartes, las abejas pasaron volando tres veces sobre la concurrencia, en perfecta formación, los chinches hicieron una ola desde la mata de guandú en la que estaban parados y hasta las arrieras (que sólo prestaban servicios de seguridad en el espectáculo) agitaron hojas verdes y amarillas como muestra de agrado por el espectáculo. La cigarra agradecía a todos con quiebres de cintura.

Entonces, abriéndose paso entre los insectos, apareció Argos, el saltamontes que la hacía suspirar de amor. No parecía el bicho arrogante que se paseaba por el campo sin mirar a nadie, ahora se acercó a ella muy tímidamente y en un descuido le untó la cara con un poco de miel que traía bajo el sombrero.

La cigarra cantora se puso colorada, al ver cómo todos observaban atentos la ceremonia. Entonces cumplió con el ritual de los insectos, el que ningún humano ha visto jamás, porque no acostumbran fijarse en hechos tan sencillos: sacó su pócima de miel perfumada con el popurrí de flores silvestres recogido en el campo, y lo extendió al saltamontes, quien cerró los ojos para aspirar aquel aroma, mientras bebía con delicadeza un sorbo del almíbar. La cigarra hizo lo mismo por el otro lado, y en ese instante se desataron otra vez los gritos de júbilo de los asistentes, haciendo que el jardín cobrara vida a esas horas de la noche.

¡Qué chiquito es el corazón de los insectos! Pero cómo suena cuando lo toca el amor:

–Tarirariralalara, tariratantantán… Tic, tac, tac, ¡tac-tac-tac! Rik, rik, riiiiiik… Fiiiiiiiiii, firiririri, fiiiii….

UN AZULEJO EN PROBLEMAS

Por: Hena de Zachrisson

Aunque cuando esto me pasó estaba chiquitito, no puedo olvidarlo. Lo primero que recuerdo fue despertar en un lugar casi redondo donde no veía nada. Yo intentaba moverme hacia arriba o hacia abajo, y quedaba siempre en el mismo lugar. Deseaba tanto salir de este sitio encerrado que por fin cedió y... salí.

Vi luz, colores y a dos azulejos como yo, aunque más grandes, que me llenaban de caricias. Supe entonces qué eran mamá y papá azulejos. Mis ojitos volvieron a mirar hacia arriba y, hacia abajo. Esta vez había mucho que ver. Con los ojos pude viajar lejos, hasta la veranera en el balcón, pero con mi frágil cuerpecito apenas me podía mover. Me di cuenta que mis padres me habían colocado dentro de un lugar redondo lleno de ramitas y hojitas entretejidas; más adelante supe que este lugar se llama nido. Papá y mamá azulejo me acompañaban, pero a ratos movían sus alitas y salían volando del nido para regresar más tarde con lo que fueron mis primeras comidas –¡lombrices deliciosas!

Apenas mi frágil cuerpecito dejó de serlo, me llené de plumas, mamita y papito quisieron hacerme volar. Yo no quería, estaba muy asustado, temía caer. Como vacilaba tanto en lanzarme al espacio, papá me dio un empujón. Yo tambalee, traté de agitar mis alas pero apenas si pude hacer un intento de volar. Me fui cayendo hacia abajo, bajando y bajando hasta caer en la dura calle de cemento. ¡Qué susto! No supe que hacer. Me sentí ¡solo, indefenso, y lastimado!

En cuestión de minutos, vi por un lado acercarse lentamente lo que supe después que era el peor enemigo de los azulejos –¡un gato! Temblé sin poder moverme. Mamá y papá volaban cerca muy angustiados, sin poder hacer na-

da. Pero justo a tiempo, unas manos suaves me levantaron y una dulce voz le gritó "CHUU" al gato que se alejó velozmente. La dulce voz me acariciaba y me decía: –Tranquilo, tranquilo, que yo te protegeré. Me llevó cerca de su corazón y me acurruqué. ¡Estaba a salvo!

Mientras la dulce voz entraba conmigo al edificio, vi a mami y papi volar inquietos alrededor, tristes y desesperados. Querían acercarse más pero el cierre de la puerta les impidió el paso. La persona que me llevaba en sus manos me decía suavecito: –Tranquilo, pajarito, no te asustes. Voy a resolver tu problema. Sé que te sientes solo sin papi y mami pero esto lo vamos a remediar.

Me sentía seguro en sus manos pero me preocupaban mucho mami y papi. Ellos estaban preocupados por mi y yo no podía hacer nada para aquietarlos. Pero la dulce voz me había dicho que iba a remediar las cosas y yo supe en mi corazón que así sería.

La dulce voz me calmaba mientras subíamos unas escaleras hasta llegar al tercer piso; llegó a una puerta de madera, abrió y entró conmigo siempre en sus manos. Volví a ver el balcón y las veraneras.

–Eric, ven a ayudarme –dijo la dulce voz, y una voz fuerte preguntó:

¿Qué traes allí? Dulce voz contestó: –¡Un azulejo, un azulejo recién nacido! Creo que el pobrecito se cayó de su nido –dijo dulce voz. Dulce voz y el hombre joven se fueron al balcón conmigo. Miraron hacia fuera y dulce voz dijo:

–Mira, los padres azulejos están revoloteando cerca en aquel arbolito. Pero, mira, se han detenido en aquella rama. Nos están mirando y a su hijito también.

El hombre joven se quedó pensativo: –Voy a ponerlo en el nido donde siempre ampollan las palomitas tierreras. Aunque no es un nido de azulejos es el único lugar que tenemos para acercar al bebito a sus padres para que se vuelvan a reunir.

El hombre se encaramó en una silla, Dulce Voz me pasó a sus manos y él me colocó con mucho cuidado en el nido que estaba situado en el alero afuera de la casa donde había un techito de flexalum en la parte superior.

El nido era viejo, se le había dado mucho uso, no se parecía para nada al mío. Un par de tierreras comiendo alpiste me vieron y me explicaron que estaba en "el nido de ellas". Me contaron que cada vez que una tierrera iba

a encubar, utilizaba ese nido. El nido era muy solicitado, estaba casi siempre ocupado. Tuve suerte de que estuviera desocupado cuando lo necesité. –Y lo puedes usar el tiempo que lo necesites. Te lo prestamos. ¿Para qué estamos en el mundo si no es para ayudarnos los unos a los otros?

–Esa gente es buena, –me dijeron las tierreras, hablándome de Dulce Voz y Hombre Joven. Ellos quieren mucho a todos los pajaritos, a los feos y a los lindos. Creo que las tierreras somos las que tenemos más tiempo visitándoles. Ellos cuidan de nosotros, nos ponen alpiste, pan mojado y arroz. A los azulejos como tú les encantan las frutas y ellos les ponen en el alero trozos de papaya, melón, piña, mango y guineo. Nunca se olvidan de nosotros, a pesar de tener dos canarios. Son los que están en las jaulas. Son los predilectos. Comen alpiste y berro y cantan todos los días.

–Bueno, nos vamos, tenemos muchas diligencias que hacer. Las tierreras se fueron volando y volví a quedar solo. Me hacía mucha falta mi mami y mi papi. Dulce Voz casi no me hablaba. Me dijo que era para no ahuyentar a mis padres. ¡Qué falta me hacían! Nunca había estado tanto tiempo sin ellos. Miré hacia arriba, hacia abajo y al frente y por fin los vi volando muy cerca, buscándome desesperadamente. Quería decirles que estaba en el nido, que miraran debajo del techito de flexalum, pero ellos no me veían. Entonces me paré tambaleante al borde del nido, queriendo volar hacia ellos pero no me atreví. Dulce voz me aquietó diciendo suavemente:

–Tranquilo, bebito, tranquilo. No hagas una locura. Espera con paciencia, que tus padres ya te han visto. Deja que se acerquen.

Era verdad. Mami y papi me miraban mientras revoloteaban alrededor y se fueron acercando, hasta llegar al nido para unirse conmigo. ¡Qué feliz me sentí! En el balcón Dulce Voz y Hombre Joven no dejaban de observarnos en silencio, sentados en la hamaca no la movían porque no querían asustar a mis padres. Ninguno de nosotros se sintió amenazado. Sabíamos que eran nuestros amigos, que me habían salvado. ¡Qué rico haber nacido y saber tan pronto lo que es el amor y la solidaridad! Miren nomás los pocos días de vida que tengo y lo mucho que he aprendido de la generosidad de los seres del mundo.

Y les cuento que no tardé en volar. Esta vez papi no me presionó. Y yo me sentí seguro volando. Miramos al balcón donde sentados en la hamaca Dulce Voz y Hombre Joven no nos perdían de vista. Y en nuestra mirada de despedida les decíamos de corazón: –¡Adiós, queridos amigos! ¡Gracias por todo!

UN PERICO AVENTURERO

Por: Isabel María Roldán B.

La vida de este perico me parece muy interesante. A pesar de recorrer por el mundo, por ciudades y pueblos, de tener muchos amigos tanto en los bosques como en pueblos, escuchándoles sus historias, mi amigo Coquito, que así se llama el perico, se gana el premio mayor, contándome lo que le pasa por ser tan curioso.

Soy una de las brisas que viajan, incansables, en cualquier estación del año, invierno, otoño, verano y primavera, divirtiéndome, desde el norte hasta el sur.

Coquito es travieso, inquieto y sobre todo muy curioso, por eso se enreda y enreda la vida de la familia en donde vive. Hace un par de días pasé por su casa y me preguntó si yo sabía que era el *desfile*, yo no lo sabía y me pidió el favor de que lo averiguara y el muy fresco me dijo: ¡Te lo dejo de tarea!

Bueno, aún no he podido saber que es ese famoso desfile, y francamente, he fallado... Ya estoy llegando a su casa y de suerte que no tengo una cara definida porque... ¡se me hubiese caído de la pena!

–Hola amiga Brisa –me saluda muy alegre Coquito, al verme llegar. –Descansa un poco entre las ramas del árbol de mango que está en el jardín, porque tengo para contarte... ¡cualquier cantidad! me dice Coquito, saltando de contento. Y yo por supuesto que no iba a perder esa oportunidad, así que acepté, también soy curiosa pero sólo me gusta escuchar los chis... perdón, es decir los sucesos del día, en serio.

–Te cuento amiga Brisa –me dice Coquito, en voz bajita. En casa, al parecer, se están preparando para algo grande. Como te conté anteriormente, mi ama se llama Sarita pero los chicos le dicen mamá, pues yo la llamo *mamá Sarita* y el señor se llama Rafael, le digo *papá Rafa*, sin problemas, pero a los niños, sólo les digo... hola chicos y amén.

Hace días de días que todos andan en un corre corre, entran y salen, le gritan a la mamá que les falta el pañuelo, la corbata, que los zapatos nuevos están apretados y que no pueden faltar al desfile, en fin, vuelven loca a mamá Sarita. ¡Y a mi también!

–Te diré –continua Coquito, que me preocupa un bulto que trajo uno de los chicos, diciendo que ya tenían los instrumentos para el desfile. ¿Qué será instrumentos? Yo todavía ni sé que es ese desfile. Y ahora recuerdo, amiga Brisa, que le encargué que lo averiguara ¿qué me puede decir?

¡Frijoles! Se acordó el Coquito de lo que yo no quería, pero no me quedó más remedio que decirle que nada.

–Amiga, le cuento el susto de mi vida que pasé por culpa de mi curiosidad –dijo Coquito. Apenas quedó la casa sola, aproveché y volé directo adonde estaba la bolsa que había traído uno de los chicos. Busqué por donde se podía abrir pero nada y me pregunté ¿Para qué tengo el pico? Y comencé a picotear la bolsa hasta que pudo verse un algo que parecía como de madera,

así que volví a darle varios picotones más que casi se me rompe el pico, pero por gusto. Me dije, tengo que sacarlo, como que me llamo Coquito y fiel a la causa, puse *patas a la obra*.

Y comencé a romper la bolsa con todas mis fuerzas, a sacar tiras de ella, halándola con mis patas y así continué por buen rato hasta que de pronto, el bulto que estaba adentro salió y empezó a rodar hacia la orilla de la mesa y sin que lo pudiera evitar, cayó al piso produciendo un ruido tan fuerte, que me dio tremendo susto, mientras el bulto rodaba y rodaba por el suelo de la casa, golpeando lo que encontraba al paso, hasta que al fin se detuvo.

–Amiga Brisa, yo estaba aterrado –dijo Coquito con triste voz, lo que me asustaba era lo que diría o hiciera la familia al llegar. Pude ver el bulto todo estropeado, golpeado, picoteado pero no supe que cosa era terminó de contar.

Bueno, sin remedio Coquito dije y seguido le pregunto ¿qué pasó después? –Si te cuento no es lo mismo que verlo y oírlo –contesta y continúa, en cuanto llegaron la casa temblaba tanto de los gritos, llantos, lamentos, que escondí mi cabecita debajo de un ala, para aplacar el ruido de la hecatombe, lo que si te digo, es que lo que estaba en la bolsa, se llama tambor. ¿Qué para que sirve? Ni lo, ni lo.

Bien, me despedí de Coquito prometiéndole volver mañana. Ahora si estoy dispuesta a saber que es eso del *desfile*. Por ello voy en rápidas ráfagas rumbo a la ciudad. Tengo otros amigos que de seguro lo sabrán, amanecerá y veremos.

Han pasado varios días y tal como le prometí a Coquito , volví al siguiente día. Lo encontré contento y enseguida le dije que ya sabía que era ese famoso desfile... y más rápido que ligero, le dije que eso era un grupo de personas, niños de escuela sobre todo, que marchan por las calles, con banderas y con bandas de músicos, tocando tambores y cometas, que son los instrumentos de dicha banda, celebrando el día de la patria y de la bandera y que eran muy alegres y vistosos.

Coquito me dijo que él quería ir a verlo, pero no sabía como. Me contó además, que en su casa ya todo estaba en calma, y que nadie supo que le pasó al pobre tambor.

Piensan que fueron los ladrones. Sólo estaban a la espera del día del desfile, con ropa y zapatos nuevos, listos. A su mamá Sarita, aún le faltaba el peinado.

Y en esos momentos se me ocurre una idea para que Coquito fuera al desfile, sin que nadie se diera cuenta y sin pagar pasaje. Le expliqué que en las ciudades las señoras se hacían unos peinados que tenían la forma de un nido de ave, sobre sus cabezas, que era la moda. Le recomendé a que estuviese atento el día en que todos salían para el desfile. Y que en cuanto su mamá Sarita le pasara cerca, volara y se escondiera en ese nido. Así viajaría con ellos y podría ver el famoso desfile, desde arriba como en un balcón. Y Coquito dándome las gracias, dijo que así lo haría.

Bueno, ya todo pasó, fiestas, desfiles, todo. y estoy muy triste, porque he perdido a mi amigo Coquito. Pasados los días de las fiestas, regresé su casa y allí supe de él y de su viaje para ver el desfile. Como no lo encontraba, pregunté a cuantos pude. Y fue una linda mariposa quien me contó lo sucedido con Coquito.

Me dijo que se encontró con él, en un lago algo lejos de aquí. Estaba perdido y bien asustado. Al verlo, se le acercó para ayudarlo. Coquito le contó lo que le había pasado y que no sabía como volver a su casa.

Le contó que todo le fue bien, escondido entre el cabello de Sarita, soportando el calor del sol y la bulla de la gente esperando a que comenzara el desfile. Y que así estuvo por largo rato hasta que de pronto, todos empezaron a moverse, él se tambaleaba. Le dio miedo y cada vez se escuchaba un ruido espantoso, que jamás lo había escuchado. Y se acercaba más y más, mientras toda la gente gritaba... *el desfile*.

Trató de salir del “nido” y abrió sus alitas para refrescarse y fue cuando pudo ver a los chicos gritando al paso de los tambores y cometas, que hacían el espantoso ruido. Y Coquito no pudo soportar más, salió volando, sin mirar atrás, buscando un árbol en donde refugiarse. Voló y voló hasta llegar al lago. ¡Pobre perico! No pudo volver.

Eso fue todo. Me dicen que anda volando, en busca de casa y de alguien que lo quiera. Si acaso lo ven, ayúdenlo, que él sólo es... ¡un perico aventurero!

EL CUENTO PARA NIÑOS ENTREVISTA AL ESCRITOR JOEL FRANZ ROSELL

Por: Irene de Delgado

Varios hechos han contribuido a que en los últimos años se dé un resurgir del interés por la literatura para niños y jóvenes en nuestro país. Evidentemente, los autores de literatura para niños necesitábamos reflexionar sobre nuestro papel en el mundo de hoy. Este es un tema que requeriría de mucho debate y no es este el momento de hacerlo. Lo cierto es que últimamente han surgido nuevos concursos, publicaciones, seminarios y conferencias que traen nuestro tema a la palestra. La Feria del Libro que anualmente organiza la Cámara del Libro con la participación de muchas asociaciones e instituciones afines a la lectura es, no cabe duda, un estímulo importante para todos los escritores. Otro factor importante es la necesidad cada vez más urgente de recurrir al libro y a la lectura tradicional para reforzar el hábito, profundizar ideas y ofrecer a nuestros jóvenes lo mejor de la producción literaria en un estilo atractivo para ellos.

Este año 2012, la Feria del Libro tuvo como país invitado a Francia, ocasión propicia para que la Academia de Literatura Infantil y Juvenil propusiera la participación del destacado escritor cubano francés Joel Franz Rosell. Ya en el año 2010, habíamos recibido a Sylvia Puentes de Oyenard, también destacada escritora para niños del Uruguay. Así pues, la literatura infantil comenzó a tomar su lugar en este importante evento internacional.

Me atrevería a decir que más de la mitad de los asistentes a la Feria del Libro son niños y jóvenes. Estos visitan la Feria, la mayoría en horas de la mañana con sus profesores y maestros, mientras que otros lo hacen acompañados

de sus padres, quienes buscan la orientación de los escritores que desde los diversos stands recomiendan sus obras.

Este año, nuestro invitado especial JOEL FRANZ ROSELL dictó una charla a maestros, bibliotecarios y escritores para niños. Quienes asistimos a esta interesante charla lo hicimos con la curiosidad de conocer lo que anunciaba el título de la Conferencia: LA RECETA DEL CUENTO PERFECTO. Los detalles de la receta los publicará el escritor próximamente, pero, independientemente de sus interesantes analogías y sugerencias que servirán de guía a muchos, llegamos a la conclusión que la receta del buen escritor para niños es básicamente la del buen escritor en general y que un cuento perfecto es el resultado de mucha lectura, práctica y un bagaje cultural que permita al escritor trascender la superficie aparente de las cosas y llegar al fondo, mientras en el camino se revelan elementos enriquecedores y motivadores para la imaginación.

Joel Franz Rosell nació en Cuba y radica actualmente en París donde hace varios años ha venido publicando numerosas obras para niños y jóvenes, obras que han sido traducidas en varios idiomas. Es además, un teórico de la literatura infantil, periodista e ilustrador. En los géneros de cuento y novela y su obra ha sido galardonada internacionalmente en varias ocasiones.

Joel Franz Rosell se dedica tiempo completo a su labor de escritor, tallerista y conferencista, asistiendo a varias ferias internacionales durante el año. En Panamá, este año, sus editores trajeron una pequeña muestra de su abundante obra y los niños que asistieron al stand de Francia y de la Academia Panameña de LIteratura Infantil y Juvenil tuvieron la oportunidad de desarrollar su creatividad bajo la dirección de este maravilloso escritor.

Aprovechamos su breve estancia en nuestra capital para que nos cuente sobre su personal forma de llevar la escritura y la lectura a los más jóvenes.

P: Háblenos profesor de su “infalible receta del cuento infantil perfecto”

Bueno, ese es sólo el título paradójico y un poquito provocador que le puse a la conferencia que impartí en la Feria del Libro. En realidad, no hay fórmula ni receta alguna que permita sacarse de la manga… o de una olla, un cuento perfecto.
Ocurre que a mí me gusta usar el humor y la fantasía cuando hablo de literatura infantil y juvenil, porque el humor y la fantasía son

imprescindibles en los libros para chicos. Pero también se hacen libros con poesía, realismo, misterio, ciencia, historia… Lo que no puede faltar de ninguna manera en el oficio de escritor es talento, trabajo y mucha autocrítica.

P:Usted hizo varios talleres de escritura durante la feria.

Exacto, y en ellos participaron niños, adolescentes y adultos… algunos de estos escritores ya publicados. En esos talleres apliqué la metodología expuesta en mi conferencia inaugural. Para escribir un cuento o una novela se necesita dominar el tema, elaborar minuciosamente la trama, crear buenos personajes -que sean atractivos y creíbles- y meterlos en un problema bien trenzado que se desarrolla en escenarios descritos con tanta convicción como brevedad (las descripciones largas aburren). Todo eso se cuenta con palabras cuidadosamente escogidas; que tengan claridad, peso y belleza. Los talleres que hice en la feria sólo duraban una hora y al terminar ya disponíamos de un cuento bastante elaborado...

P: Entonces, ¿todo el mundo puede ser escritor?

No. Ser escritor está reservado a quien posee un talento natural y lo desarrolla trabajando duramente. En los talleres de la feria imaginamos y redactamos en forma colectiva y yo estaba ahí, con toda mi técnica y experiencia, para aguijonear la creatividad y orientarla en la buena dirección. Las mismas personas, solas, necesitarían mucho más tiempo y dedicación para obtener el mismo resultado. Esos talleres demuestran que todo el mundo puede escribir un cuento... pero otra cosa es un cuento publicable. No basta con inspiración y correcta orientación, también es imprescindible ser un buen lector. Para ser un auténtico escritor hay que haber vivido y leído mucho; sólo así se dominan los contenidos y las formas literarias sin las cuales las mejores intenciones y los temas más importantes carecen de la trascendencia y universalidad de la verdadera literatura.
Si alguien que ya tiene “el bichito” de la escritura pasa por un buen taller literario (no de una hora, sino de múltiples sesiones) mejorará incuestionablemente . Pero escritores siempre habrá pocos (un cero punto algo por ciento). Lo que necesitamos y podemos tener es una masa

de lectores. Todo el mundo puede y debe acceder a esa competencia placentera, barata y útil en todos los terrenos que es la lectura.

P: ¿Cómo ve usted la situación de la lectura en Panamá?

No puedo dictar un veredicto tras una estancia de apenas cinco días. Creo que se ha hecho mucho, pero queda todavía otro tanto por hacer. Panamá es un país joven, con una economía dinámica y una poderosa cultura popular. El desarrollo del país y la consolidación de su identidad necesitan del desarrollo de la lectura y, por consiguiente, de una literatura infantil y juvenil de alta calidad. En Panamá no hay ninguna editorial de literatura para chicos. Se hace imprescindible e impostergable ofrecer textos excelentes, con ilustraciones excelentes y excelentemente editados. El medio millón de niños y adolescentes que participaron en el concurso de cuentos del Ministerio de Educación debe ser premiado con libros de la mejor calidad… de autores panameños y del resto del mundo.

P: ¿Qué impresión le dejó la Feria Internacional del Libro?

Que se trabaja en la construcción de ese país de lectores que Panamá ha de ser. La Biblioteca Nacional, el Ministerio de Educación, la Cámara del Libro y la Academia Panameña de Literatura Infantil y Juvenil, entre otras instituciones, están desarrollando un trabajo admirable. Sería conveniente que se conozca y aproveche la experiencia de países que llevan más tiempo actuando en este campo. Francia, España, Brasil, Colombia... tienen estrategias, reflexiones y proyectos que pueden ser aplicables a la especificidad panameña con altos resultados. Aprender de los errores y descubrimientos ajenos permite avanzar más rápido y mejor.

P: ¿Una frase para terminar?

No hay buenos lectores sin buenos libros, pero no hay buenos escritores sin muchos y exigentes lectores. Panamá tiene talentos y una juventud formidable. Sólo hay que juntarlos.

LA PROCESIÓN

Por: **José Diones Araúz**

Relato

Los grises nubarrones de la tarde anunciaban un fuerte aguacero, el clima se hacía húmedo y casi helado, el cielo se tornaba negro, la noche estaba cayendo y el santo patrono de El Llano de Chepo salía de la iglesia en una especie de carruaje pequeño adornado de muchas flores multicolores: rosas, claveles, crisantemos y magnolias. Algunas lámparas redondas y pequeñas en forma arqueada iluminaban el fondo de la imagen, la pequeña estatuilla de San Cristóbal salía para su recorrido anual, algunos hombres le cargaban en hombros, era el lunes 30 de julio, era la noche de su festividad, terminaba la misa.

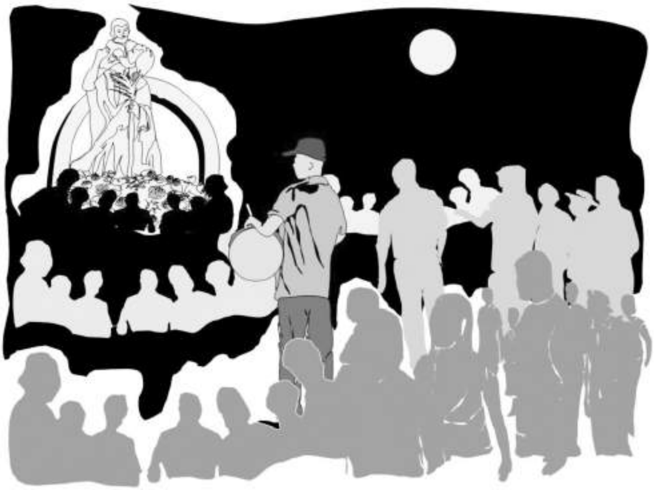
Mi suegra está muy enferma, ya no puede con su cuerpo, parece que se le va el espíritu, ya no puede depender de sí misma, mi esposa, su hija, le cuida afanosamente, se turnan en su atención sus hermanas y su hijo menor. La procesión se detiene un momento frente a nuestra casa; el señor “Pancho” que va adelante del resto de los creyentes, desde la calle reza unas plegarias por la salud de la señora Dolores. No escucho bien por la multitud que murmura, cientos de cuchicheos con vela en mano se pasean por mis oídos. Me conmueven los gestos del viejo bayanero, aunque no lo escucho bien.

Joshua, mi pequeño de 7 años, está inquieto, quiere participar de la marcha, le entusiasman los voladores; los fuegos artificiales iluminan la noche, dan brillo y ruido al desfile que pasa frente a nosotros. El niño está castigado, a veces se porta mal, los niños son inquietos por la chispa de la vida que recién disfrutan; al contrario, a mi anciana suegra, su chispa se le va, y ni una ni otra cosa, uno las puede controlar.

Algunos familiares de la señora Dolores le ofrecieron una manta -una especie de rezos especiales para recuperar su salud-, ellos pagaron, ofrecieron una dádiva para obtener el favor del iluminado. Talvez esto funcione para sus creyentes, sin embargo meditaba -nunca le he pedido nada a un santo- , si lo hago y se me concede, ¿creeré en él?, no estoy muy seguro, así que nada le pido para evitarme la contradicción; pensaba esto, mientras se paseaba la hermosa imagen del venerado frente a mis ojos.

En este pueblo hay dos cosas que unen a las personas, aún con las diferencias que se han marcado en dos años, después de las inundaciones del 2010; una de ellas, la veneración del santo y la otra, los entierros. El bendito ya está doblando la esquina, muchos conocidos que habitan en el albergue se unen a los del pueblo en la romería; parecen muy unidos, pero no es así. Son casi 300 devotos.

Adelante va el viejo Pinini que replica de manera acompasada un viejo tambor, boom…, boom…, boom, atrás unos cánticos religiosos le siguen al son de guitarra; ancianos, jóvenes y niños caminan más atrás. El ícono sagrado del poblado logra su propósito, por lo menos esta noche, todos caminan en paz… "Ruega por nosotros San Cristóbal protector"…"Ruega por nosotros…" y seguían hombres y mujeres, jóvenes y niños entonando las letras de las súplicas junto al respetado santo.



Mi hijo nuevamente me insiste, le miro con cariño y le hago caso; me paso a la muchedumbre junto a él, se toma de mi mano derecha y se sonríe, es un travieso. Mi esposa se queda en la casa cuidando a su madre, los voladores continúan deleitando a los caminantes, la luna llena nos vigila solitaria desde arriba.

Doblando por la cantina, la marcha cambia su rumbo; Pinini se enoja, dice que para allá no va, les dice algunos improperios a los dirigentes del comité de la fiesta religiosa, se lleva su tambor y se toma unos tragos de ron en la concurrida esquina. La marcha continúa hacia la loma, por allá en las cercanías de la finca "La Belleza".

Mientras esperábamos el regreso de la procesión, una devota comenzó a echarnos cuentos sobre el santo, nos revela su historia:

"San Cristóbal cuando vivía, era un hombre muy fuerte y alto, allá antes de la Edad Media, se decía que era hijo de un rey, que sólo servía a reyes y poderosos de la época, en los tiempos de Roma; luego se convirtió al cristianismo y empezó a vadear personas de un lado del río al otro. Un día se le apareció un niño y éste le pidió que lo cruzara; las aguas estaban turbulentas pero él accedió, sintió el enorme peso del chico y preguntándole, se dio cuenta que había cargado al propio Creador y Redentor del mundo.

Desde ese momento se llamó Cristóbal, que significa “el que carga a Cristo”. El niño luego le manifestó, que la vara que llevaba florecería, y así se convirtió en la palmera que vemos hoy día que el santo sujeta…”.

¡Ahí viene! me grita Joshua interrumpiendo a su vez la charla de la señora. Después de varios minutos continuamos con la marcha hacia la iglesia, de nuevo junto a Pinini, que aún continuaba renegando por el cambio de rumbo que se había dado. Sigue tocando el tambor, boom…, boom…, boom…

¡Viva San Cristóbal! alguien grita y otros responden ¡Vivaaa! , ya llegamos a la entrada de la iglesia, la venerada carga se baja, los hombres cogen un aire, toman un descanso ante la pesada carga. En el patio de al lado se encienden otros fuegos especiales, llamaradas que asemejan cascadas incandescentes, el humo rodea rápidamente el entorno del parque. Más voladores engalanan el cielo nocturno del pueblo, al santo lo viran para que entre de espaldas a la iglesia, lo retornan a su lugar, no sin antes bambolearlo de un lado al otro en forma rítmica. Lo terminan bajando frente al altar.

Se oye la guitarra, se cantan otras oraciones “Vednos aquí Patrono Santo pidiendo vuestra protección, nuestro clamor y nuestro llanto, atiende a nuestro corazón…”, por todos lados se siente la animosidad de la gente, fuera y dentro de la iglesia. Una mujer grita: ¡Viva San Cristóbal! y otros responden ¡Vivaaa…! Siguen los cantos, finaliza el paseo.

Interesado por el relato anterior de la doña, Joshua se acerca junto a otros niños y escucha:

“San Cristóbal después fue perseguido, encarcelado y lo maltrataron mucho hasta matarlo, sin embargo el fuego no quemaba su cuerpo. El mismo hombre que lo mandó a ejecutar, al ver todo esto se convirtió en cristiano. Y desde entonces, el santo se hizo patrón de los caminantes - el santo de los viajeros - y en estos tiempos, de los conductores…” .

Al otro lado de la calle, el toldo del viejo Custodio y demás socios está en pleno apogeo típico, la cantadera aún no culmina, me reencuentro con amigos y conocidos, el chiricano me convida algunas cervezas y desganado le acepto una. Joshua fue a comprar un chorizo, no había ninguna atracción para niños, sin embargo, él quiere jugar a la ruleta, le sigo la corriente y apuesta 25 centavos al número cuatro, pero juegan sólo unos. Él se desanima, pero le digo que así es la suerte, se sonríe, es un niño muy dulce; saludo y converso con otros amigos, algunos me invitan tragos pero les esquivo, es lunes.

Comienza el baile típico, algunas damas están muy elegantes, algunas niñas y niños del albergue que ya crecieron hacen sus primeras incursiones en estas festividades, mi hija Yahomi Seline también está curiosa, ella participó de la procesión con su tío Pedro y su esposa.

Por ahí observo algunos políticos del área, nunca vienen pero ahora sí están, se acerca la campaña política, se acercan las elecciones internas de sus partidos.

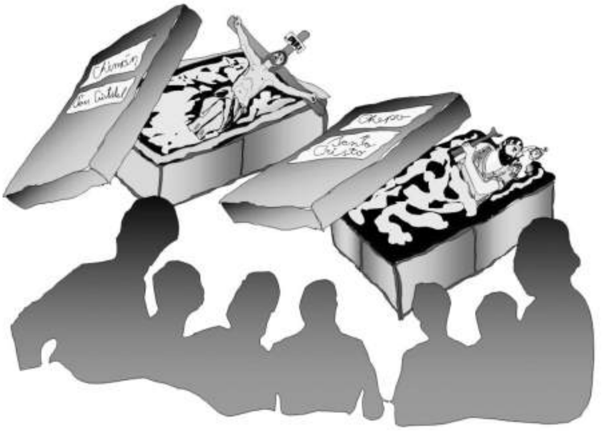
Ya cerca de las nueve de la noche, el frío se acentúa, pero no llueve. Me marcho con Joshua por las calles oscuras del pueblo, la neblina cubre nuestros pasos y poco a poco dejamos atrás el jolgorio. Las tonadas del acordeón se escuchan a lo lejos, terminó la procesión y se da paso a la fiesta de San Cristóbal de El Llano de Chepo. Algunos voladores se notan en la distancia coqueteando con la luna, se escuchan como un eco entre las montañas; no hay estrellas.

Joshua me pregunta:

– Papá y cómo llegó el santo al pueblo–

– Bueno hijo, recordándome apenas de aquella vieja historia, le dije:

– Hace como dos siglos atrás, un padre desde la ciudad de Panamá embarcó las estatuas de dos santos: el Santo Cristo para Chepo y San Cristóbal para



Chimán en un mismo barco. Cuando llegaron a sus respectivos destinos, cada pueblo abrió su caja sellada y se dieron cuenta que el santo estaba equivocado. Sin embargo, a pesar de esto, cada pueblo no aceptó devolverlo y lo conservaron porque los fieles de estos poblados consideraron milagroso este hecho; y así fue que se quedó San Cristóbal en Chepo".–

– Humm... pero el santo de aquí?–

– Ahora si me metió en problemas el chiquillo, pensé en ese momento–

– Bueno, este santo es el mismo, sólo que por pertenecer a este pueblo chiquito, le llaman "San Cristobalito", apunté finalmente para librarme de las curiosidades del niño–.

Joshua y yo cantamos algunas décimas antes de llegar a la casa, la que tenemos en el pueblo, un poblado que quedó inundado hace dos años. Dicen, que cuando abrieron la iglesia después de las inundaciones, el único que quedó parado en su sitio, era el santo, no sé si es cierto, pero lo que si sé, es que la fe que muchos le tienen, les permite olvidarse de sus rencillas y las penas de aquella tragedia.

El pueblo se une en esta procesión, celebra las fiestas patronales de San Cristóbal, en una llanura que se extiende a lo largo del río Bayano; al lado de las montañas de Cartí, en un pequeño poblado llamado "El Llano", que se niega a dejar de existir...

(1) http://www.portalplanetasedna.com.ar/san_cristobal.htm

Parroquia de San Cristóbal en Chepo

¡VIENE EL AGUA!

Por: **José Diones Araúz**

Joshua y Lapitu, luego de la merienda del recreo, se iban como siempre a la loma que quedaba cerca de la escuela; él a jugar con sus soldados y barcos de plástico, ella con sus muñecas y trastos de cocina y de belleza. A Lapitu, también le gustaba participar de las aventuras que cada día su amiguito Joshua, inventaba para darle vida a sus juguetes.

Desde aquella loma, se podían divisar a lo lejos las grandes montañas verdes cubiertas de los árboles del bosque y divididas por el gran río que pasaba junto al pueblo. Se observaban los extensos arrozales, el molino, las vacas, los cerdos, las gallinas con sus pollitos y los patitos que en hilera chapoteaban y se sumergían en el lago. También se veían los agricultores que aprovechaban la estación lluviosa para preparar la tierra y cultivarla: arroz, maíz, ñame, caña, sandías, melones, plátanos, bananos y muchos frutos que se producían en aquella hermosa población.

Para esos días, las lluvias aún caían con frecuencia y los dos niños pocas oportunidades tenían para hacer travesuras en la loma, las lluvias caían y caían y no paraba de llover. Joshua quería salir a jugar, pero pensó que se mojaría todo si salía con el chaparrón, se enlodaría todo si corría por el campo y sus padres se molestarían, porque luego, un resfriado ganaría.

Un día de clases del mes de diciembre, cerca de las doce del mediodía, el sol de repente se ocultó entre las nubes; enormes y grises se movían con rapidez hacia las montañas, hacia el lago. Una brisa fuerte y fría sopló en la escuela, las copas de los árboles se inclinaron con el viento amenazador. Los maestros suspendieron las clases, las gotas de agua caían poco a poco y luego con más fuerza, todos corrieron para sus casas, pero la niña y el niño se quedaron rezagados, cambiaron de rumbo y se fueron para la loma.

A Joshua no le importó jugar con el mal tiempo, el día se oscureció y Lapitu le siguió sus ocurrencias. Ella continuó al lado de su amigo, incluso con el aguacero cayendo, le agradaban las aventuras de Joshua.

Los dos con sus abrigos puestos, se entretenían con las corrientes de agua que se formaban a los lados de la loma. El niño tenía esparcidos todos sus juguetes, se imaginaba una gran batalla de barcos y de guerreros; la niña en tanto, era la princesa que estaba en manos de MAES, el maléfico hechicero, que causaba las oscuras tormentas y los fuertes oleajes; debía rescatarla a como diera lugar, defender su vida y luego devolverla a su palacio, al reino de sus padres... El guerrero Joshua en medio del fragor de la batalla, estaba listo para rescatar a la princesa... de pronto, la niña le interrumpe y le dice:

Yocho, viene el agua…

Joshua, en plena lucha y rodeado de cientos de barcos y de las tropas enemigas, distraído en el combate, no le hacía caso.

Yocho, allá viene el agua… le repitió Lapitu.

Joshua ya estaba ganando la batalla. Sus barcos y sus valientes guerreros se preparaban para pisar la costa y desembarcar en el castillo; allá en la torre, la princesa estaba apresada. Faltaba poco, sólo un poco más para rescatarla…

Entonces la princesa intervino, se asomó en la ventana y avistó una gran ola que había formado el temible hechicero para destruir a los guerreros y a su valiente héroe. Ella como pudo, engañó a los guardias, logró escaparse de la celda, bajó por las escaleras y logró encontrarse en la costa con su valeroso príncipe, agotado por la batalla.

Lapitu lo tomó del brazo, lo levantó del charco, le sacudió la camisa, le señaló en la distancia y le volvió a decir:

¡ALLÁ VIENE EL AGUA!

Joshua, comprendió de una vez, tomó a su guerrero y a la princesa y corrieron a toda prisa hacia el pueblo, gritando a todos:

¡VIENE EL AGUA!, ¡VIENE EL AGUA!

Y todos en el pueblo, salieron a tiempo. Todos se refugiaron encima de la gran loma, el agua rápidamente penetraba en el pueblo y lo inundaba todo. El agua del lago contenida arriba en la represa, se había salido y el río se desbordó. Todos salvaron sus vidas, gracias al aviso de los dos niños, Joshua y Lapitu.

Al inicio, sus padres estaban asustados y enojados, pero después, felices por la valentía de sus hijos. Hicieron una enorme fogata, construyeron una gran choza y dieron alimentos a todos.

Caía la tarde y una pequeña corriente de agua pasaba entre las rocas, Joshua sacó de sus bolsillos los dos muñequitos que aún les quedaban.

¿Yocho, qué haces? Le preguntó Lapitu al verlo agazapado entre las piedras, y el niño le contestó:

"Aún, no termino de salvarte…"

El pueblo de Joshua y Lapitu, tiempo después, se reconstruyó de nuevo.

EL VAQUERO DE LA ARMÓNICA OXIDADA

Por: **Laura B. Nieto Bruña**

Se llamaba Guillermo pero desde niño le decían Billy. Tenía las orejas largas, el pelaje blanco y los bigotes escasos y cortos. Era un conejo de tantos en su pueblo, ubicado en el oeste americano. Como todo vaquero que se precie de serlo, a Billy le gustaba vestir jeans azules, camisas a cuadros, sombrero de ala ancha y sus inseparables botas vaqueras.

Al joven Billy le gustaba tocar la armónica. La había heredado de su padre y éste, de su abuelo. Su música acompañaba a su familia por las noches, luego de la cena. Afuera del Rancho Sonora, aullaban los coyotes y los lobos, especialmente durante las noches de luna llena.

La familia de Billy vivió feliz, hasta que cierto día, en que fueron al pueblo a comprar provisiones, encontraron abierto un nuevo local. Arriba de la puerta estaba un letrero que anunciaba los servicios de unos prestamistas. Se trataba de un par de forasteros, un tal Bartolo y su hijo Jaime. Eran conejos elegantemente vestidos, pero orgullosos y de toscos modales. Al parecer, eran muy ricos, pero nadie sabía de qué país venían, de dónde provenía su dinero ni por qué se les habría ocurrido ir a vivir a Río Ancho.

Desde la aparición de aquellos personajes empezaron a suceder extraños acontecimientos entre los vecinos del pueblo de Río Ancho. El ganado desaparecía de las fincas en horas de la noche. Al inicio se culpó a los lobos y coyotes, pero las reses no volvían a ser vistas ni vivas ni muertas, así que la gente empezó a sospechar que se las robaban. Un par de semanas después, los finqueros se dieron cuenta que una plaga de insectos estaba dañando grandes extensiones de cultivos. Los agricultores tuvieron pérdidas

y acudieron a los prestamistas, quienes inmediatamente les prestaron, pero cobrando altísimos intereses y poniendo de garantía sus casas, ganado y fincas. Pronto, todo el pueblo estaba endeudado con ellos, incluso el padre de Billy.

La plaga, sin embargo, no afectó los pastizales, sino solamente los cereales, como el maíz. El ganado de la familia de Billy iba creciendo en número. La mejor vaca del hato tuvo un ternero de pelaje chocolate rojizo, al que Billy llamó Colorado. Conforme crecía, el ternero se encariñó con Billy y cuando lo escuchaba tocar la armónica, se le acercaba mugiendo y retozando alegremente.

Un día, el padre de Billy se fue a su finca como lo hacía todos los días, pero no regresó. Billy y su madre se preocuparon mucho. Salieron a buscarlo junto a algunos amigos y al día siguiente lo encontraron. Todo su ganado, incluso Colorado, que ya era un robusto novillo, había desaparecido, y a él le habían disparado. Hubo luto en el pueblo, pues el padre de Billy era un conejo muy querido y respetado por sus vecinos por su amor al trabajo, generosidad y honradez. La policía investigó, pero no dieron con los responsables de lo sucedido.

Los prestamistas aparecieron en el Rancho Sonora reclamando su dinero, puesto que la familia se había atrasado en sus pagos. La viuda les pidió una prórroga, pero ellos se negaron y para cobrar la deuda, les quitaron la propiedad con todo lo que poseían dentro. Así sucedió con otras fincas vecinas. Todos aquellos endeudados ahora temían quedarse sin techo ni trabajo.

Billy y su madre se fueron a vivir al pueblo en casa de una familia amiga. La pérdida de su esposo, de su casa y su finca, fue un duro golpe para la madre de Billy. Su salud se deterioró, enfermó gravemente y murió. Billy se sintió muy triste, pero gracias a los buenos consejos de todos aquellos que conocieron a sus padres, sacó ánimo de donde no tenía y fue a ganarse la vida realizando trabajos de campo, participando en rodeos y hasta de músico, tocando la vieja y oxidada armónica, que fue uno de los pocos objetos que pudieron sacar de la casa, antes de que los prestamistas los echaran. Billy extrañaba los días felices junto a sus padres en el Rancho Sonora. Recordaba también a su padre sonriente con una chaqueta de cuero bordada con sus iniciales en el bolsillo izquierdo. Su madre la había cosido especialmente para él y solía llevarla puesta cada vez que había fiesta en el pueblo, además, siempre usaba una brillante hebilla dorada grabada con la figura de un

toro, que había obtenido al ganar en un rodeo años atrás. Billy se preguntaba qué habría sido de la chaqueta y la hebilla de su padre, de seguro que los prestamistas las habrían vendido. Sintió lástima, ojalá las tuviera, serían un buen recuerdo de su padre, pero sería mejor que todo hubiese sido un mal sueño, que pudiera despertar y encontrarse de nuevo en el rancho junto a sus queridos padres.

En Río Ancho, cada vez crecía el descontento hacia los prestamistas, Bartolo y Jaime. Con el pasar del tiempo, ellos habían aumentado sus riquezas, al igual que su orgullo. La codicia los volvió muy abusivos. Los conejos se quejaban entre sí y no faltaba quién los culpara del asesinato y de los robos de ganado. Temían que les hicieran daño a ellos y a sus familias, pero nadie tenía pruebas, así que la policía seguía sin resolver el caso.

Cierto día, se realizó una feria en el pueblo. A Billy lo contrataron para tocar su armónica. Mientras caminaba en dirección a una tarima, Billy vio pasar a Bartolo luciendo la chaqueta de su padre y a Jaime la hebilla dorada que también fue de su padre, la que tenía grabada un toro bravo saltando. Esa fue la gota que colmó el vaso. Billy, al no tener familia, ni nada que perder, decidió enfrentarlos y se les acercó con el ceño fruncido.

–¡Así quería encontrarlos, par de sinvergüenzas!

–¿Qué tenemos aquí? Es el vaquerito de la armónica oxidada. ¿Acaso quieres ponerla como garantía de un préstamo?, preguntó Bartolo con ironía.

–¿Cuánto quieres que te demos por ella? ¿Cincuenta centavos?, preguntó Jaime y se echó a reír junto con su padre.

–Regrésenme el Rancho Sonora. Ustedes saben que lo que están haciendo es ilegal. Devuélvannos todo lo que nos quitaron. Lo pide la gente del pueblo. Ustedes son muy injustos. Hay otras maneras de cobrar las deudas.

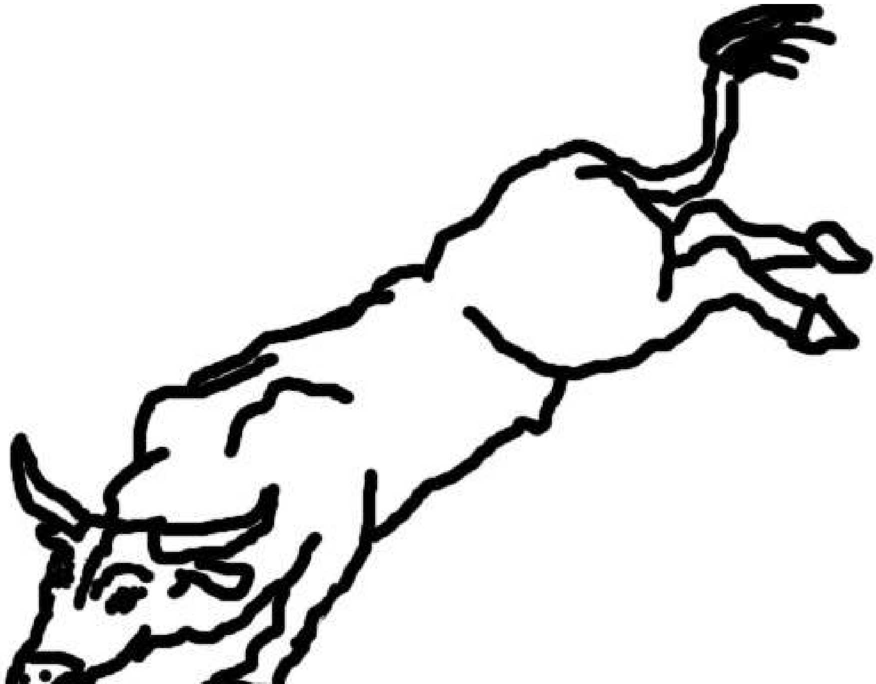
–Hay muchas formas de cobrar una deuda, ya lo creo –Bartolo rió–. ¿Qué tal si le damos una oportunidad al vaquerito de la armónica oxidada? ¿Qué opinas, Jaime? Se trata de un joven como de tu edad, así que decidirás tú por esta vez.

–¡Por supuesto! –Jaime miró a Billy con desprecio–. Les devolveremos lo que nos llevamos si tú domesticas al toro más salvaje de todo el oeste. Es

ése que está en aquel corral, resoplando furioso. ¿Aceptas nuestra generosa oferta o acaso eres un cobarde?

Billy ignoró la pregunta, les dio la espalda y fue a darle un vistazo al toro. Jaime y Bartolo se echaron a reír y se alejaron del lugar.

Un toro enorme, rojizo, de largos cuernos, mugió desde el encierro. Con las patas delanteras empezó a levantar el polvo, fijó la vista en aquél conejo vaquero que lo miraba desde el cercado y se lanzó a toda carrera hacia él. Billy dio un brinco hacia atrás, prudentemente. El toro golpeó la madera del corral, luego se movió hacia un lado y se fue caminando, al parecer más tranquilo. El color de este toro, hizo que Billy recordara a Colorado, el cual disfrutaba del sonido que producía la armónica. La sacó de un bolsillo para mirarla con nostalgia. En ese instante, recordó la tonada que más le gustaba a Colorado y distraídamente la tocó. Lo que ocurrió fue sorprendente. Se escuchó un bramido proveniente del corral. El toro se fue acercando lentamente y orientó sus orejas hacia la dirección donde provenía aquél sonido. Bramó varias veces, a la vez que olfateaba el aire, luego se quedó muy quieto cerca de donde se encontraba Billy tocando la armónica.



–¿Colorado, eres tú?

El toro rojizo dio un largo bramido y sacudió su cola. Viéndolo tan tranquilo, como si lo conociera, Billy se le acercó. Tocó otra vez la misma canción con la armónica y luego alargó una mano. El toro acercó su enorme nariz a la mano de Billy y bajó la cabeza. Desde ese momento, a Billy no le quedó la menor duda, ése era Colorado, ya adulto y con huellas de haber sido golpeado. Quizás de ahí venía su fama de salvaje. Billy se sintió feliz de haberlo encontrado.

En eso, escuchó por los altavoces, el anuncio de su presentación en tarima. Se marchó con su armónica, deseando volver cuanto antes. Así lo hizo y se dio cuenta que se habían llevado a Colorado al rodeo.

En el rodeo, se hallaba reunido el pueblo, estaban presentes todos los conejos de Río Ancho, sin distinción. También se encontraban allí Bartolo y su hijo Jaime, cómodamente sentados en puestos preferenciales para observar mejor el espectáculo. Billy entró al lugar donde se encontraba Tomás, un amigo suyo, quien estaba frente al micrófono. Mientras reproducía las grabaciones de los anuncios de los patrocinadores, Billy le contó a Tomás lo sucedido y le pidió ayuda.

–Nuestro amigo Billy, tan conocido por todos, hoy participará en un evento especial, va a domesticar al toro más salvaje de todo el oeste. ¿Qué tienes que agregar a esto, Billy?

–He aceptado la oferta de los prestamistas Bartolo y Jaime. Si yo cumplo con esto, a ustedes estimados vecinos de Río Ancho, se les devolverán las propiedades que han perdido y a mí me regresarán el Rancho Sonora.

–¡Así será!, gritaban Bartolo y Jaime a la multitud, pero casi no se les escuchaba por los abucheos.

Al final de todas las competencias de rodeo, soltaron a Colorado, quien empezó a comportarse como un toro bravo, nuevamente. Billy, detrás de las vallas, empezó a tocar su vieja armónica. El toro reaccionó a la música y se tranquilizó. El público estaba admirado, mientras que los prestamistas habían quedado boquiabiertos. Billy entonces pidió prestada una silla y unas riendas.

Se las alcanzaron y Billy se acercó pausadamente al toro. El animal se dejó que le colocara la montura y las riendas. Había un silencio total. La concurrencia no podía creer lo que veía. Billy volvió a tocar su armónica y se subió a la silla. Guardó la armónica y tomó las riendas. Colorado obedeció. Billy, cabalgando sobre el toro, se ubicó frente a los asientos de Bartolo y Jaime, en la primera fila.

–Cumplan con lo prometido, exigió Billy.

–No sabemos cómo has podido hacerlo, pero no pensamos cumplir nada, gritó Bartolo, visiblemente molesto.

–Si mi padre no les da nada, entonces yo tampoco, –indicó Jaime–. ¡Vámonos cuanto antes, papá!

–¿Ah, sí? De aquí no se va nadie. Esto no ha terminado, –dijo Tomás por el micrófono–. ¡A ellos!

Al escuchar esto, los conejos de Río Ancho los acorralaron. Bartolo y Jaime, desesperados, se pusieron a dar golpes a diestra y siniestra. En eso apareció la policía y se los llevaron por estar causando desorden. Pasarían el resto de su vida tras las rejas.

Los vecinos del pueblo perdieron el miedo, empezaron a hablar de todo lo que los prestamistas les hicieron. Ante tan graves acusaciones, salió a relucir la verdad. La plaga fue solamente un hecho fortuito, de lo cual se aprovecharon los prestamistas. Bartolo y Jaime habían contratado conejos provenientes de otros pueblos, quienes eran los que robaban el ganado y lo transportaban en camiones para luego vender las reses. Ellos mismos fueron los responsables de lo sucedido al padre de Billy. Cuando arreaban las reses de él para transportarlas en camiones, un animal se escapó, ése era Colorado, a quien no les fue posible atrapar, sino hasta cerca de la fecha del rodeo.

Fueron enjuiciados y resultaron culpables, así que Bartolo y Jaime pasaron desde entonces mucho tiempo tras las rejas. Río Ancho y sus fincas aledañas volvieron a ser consideradas lugares tranquilos. A Billy le devolvieron la chaqueta y la hebilla que perteneció a su padre, además del Rancho Sonora y pudo volver a empezar. Se sintió satisfecho recordando los consejos de sus padres, quienes le inculcaron que no hay que tomar lo ajeno y es mejor ser trabajador para convertirse en un ejemplo para la comunidad.

PEPE, EL LORO DE LA CAJETA

Por: Laura B. Nieto Bruña

Este era un loro de plumas verdes brillantes llamado Pepe. Llegó a casa de Zuleika siendo apenas un polluelo desplumado. En cuatro años, Pepe fue creciendo saludable con el cariño y cuidado de Zuleika y su familia. Ahora Pepe era un loro adulto de moña roja, de ojos vivaces e inquietos. Se dice que los loros son, después de los chimpancés, los animales más inteligentes del mundo. Entre los loros se destacan especialmente, el loro gris africano y el loro de moña amarilla, siendo éste último originario de Panamá, a pesar de esto, los loros de moña roja panameños no se quedan atrás. Pepe era muy inteligente, de eso se dio cuenta la familia que lo había adoptado como mascota.

El loro Pepe llevaba una vida tranquila, como toda mascota de ciudad. Vivía en el tercer piso de un edificio de apartamentos. Sin embargo, tenía un pequeño problema, detestaba los viajes largos. A Pepe no le quedaba más remedio que quedarse adentro de una caja de cartón, siempre que su dueña viajara para el interior. Ella no podía dejarlo solo en el apartamento en la capital, pues toda la familia viajaba también.

Con el pasar de los años, el animal había aprendido que cada vez que en la televisión se anunciaba un día puente, su dueña daba un grito de alegría, dejaba la mochila de la escuela en un rincón, salía apresuradamente hacia la tienda del chino más cercana y regresaba cargando una caja de cartón corrugado. Entonces, la familia empezaba a hacer maletas. Zuleika, mientras tanto, tomaba las tijeras de su mamá y hacía algunos agujeros alrededor de la caja.

–Pepe, esta va a ser tu casa por varias horas. Nos vamos de viaje otra vez. Sí, mañana, muy temprano, vamos para la Terminal de Albrook. Ojalá no haya

una fila tan larga como la de la vez pasada. Aquella ocasión llegamos a las ocho y no fue sino hasta la una cuando pudimos subir al bus. ¿Pepe, querido, qué dices?

Pepe se sacudió y erizó las plumas. Ronroneó como gato y después cacareó como gallina.

–De seguro que te gusta viajar –dijo Zuleika rascándole la cabeza cariñosamente–. ¿Verdad que te encanta ir de viaje?

Nada desagradaba más a Pepe. Su dueña tenía la poca delicadeza de darle una mala noticia y encima quería acariciarlo creyendo que estaba contento. Chilló estridentemente, la niña se asustó y tuvo que taparse los oídos.

–¡Estás muy malcriado, Pepe! ¡Te tienes que portar bien! Si no te portas bien, qué va a decir la gente mañana... Vaya, hasta me parezco a mamá cuando te tengo que regañar.

Zuleika tuvo que empezar a aplaudir para que el loro se callara y finalmente lo hizo. Pepe no entendía por qué ella quería que él pasara siete horas encerrado otra vez en una cajeta de cartón. Allí había poca ventilación, era incómodo. Zuleika no podía darle comida ni agua adentro, dada la fragilidad de aquél objeto. Tenía que soportar siete largas horas de espera, de ver desde un agujerito a la gente pasando a su alrededor, indígenas con sus vestidos

tradicionales, muchachos universitarios, ancianos con sus nietos, señoras con bebés en brazos, adolescentes escuchando música, niños en edad escolar jugando cerca de la fila adonde se encontraban sus padres y alguno que otro curioso preguntándole a Zuleika qué animal tenía tan guardadito en la caja. Luego sentiría el bamboleo de la caja sobre las piernas de su joven dueña, que no lo dejaría dormir por varias horas, hasta que se detuviera el bus. Habría un breve descanso, cuando Zuleika y su familia se bajaran en Santiago de Veraguas para comer en un restaurante. En el estacionamiento del restaurante, ella abriría la caja para sacarlo posado en su brazo y darle algo de comer y beber. Después, de nuevo cerraría la caja y otra vez, se desvelaría por el movimiento hasta que por fin llegaran a su destino.

–Tengo que hacer algo para cambiar esta situación, –pensó Pepe, decidido, encaramado en su percha–. ¡Soy un loro inteligente y no voy a aguantar otro viaje interminable de ésos!

De repente, escuchó un sonido particular. Una alegre bandada de nueve loros verdes pasó volando y se posó en una palma del parque cercano al edificio. Volaban libres y felices por todo el barrio. Pepe acostumbraba verlos con frecuencia, sin embargo siempre encontraba las ventanas cerradas. La bandada le gritaba en lenguaje de loros, que se escapara y los siguiera. Pepe los vio esta vez, desde la percha a través de la ventana que daba al balcón del apartamento. Zuleika seguía entretenida arreglando la cajeta. Miró nuevamente hacia la ventana. Estaba abierta y nadie más se había dado cuenta. Con razón había escuchado tan claramente el llamado de la bandada de sus congéneres. No lo pensó dos veces, tomó impulso, abrió sus alas y salió volando por la ventana.

Zuleika terminó con la caja y silbó, como solía hacer para llamar a Pepe. Al no recibir respuesta, se puso a buscarlo desesperadamente. La familia dejó de hacer maletas durante un rato. Francisco, el padre de Zuleika, señaló la ventana abierta. Entonces comprendieron que Pepe, su querido loro Pepe, había escapado. Zuleika se puso muy triste. Asomados en el balcón, escucharon el sonido de una bandada de loros revoloteando entre los árboles del parque para luego alejarse hasta perderse de vista.

–¿Será que se sentía solo? Tal vez se haya ido con ellos –comentó Zuleika–. ¡Pobre Pepe! Estar allá afuera puede ser muy peligroso y él todavía no lo sabe.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Marcela, la madre de Zuleika–. ¿Adónde habrán ido?

–Sé que todos queremos mucho a Pepe, pero tenemos que irnos –indicó Francisco–. No podemos empezar a buscarlo, de seguro se ha ido con los otros loros muy lejos de aquí. Además, la abuela nos espera y se pondría triste si le decimos que no podemos ir.

La familia partió para Chiriquí al día siguiente, muy temprano, tal como lo habían planeado. Zuleika estaba desconsolada, pensando en Pepe y mirando las mascotas de los demás niños que estaban esperando el bus junto a sus familias.

–¿Regresará Pepe algún día?, preguntó Zuleika con insistencia a sus parientes durante el fin de semana largo.

Nadie le daba esperanzas, sólo la abrazaban para consolarla y le decían que le podían conseguir otra mascota. Varios de ellos habían tenido loros o pericos en algún momento de sus vidas y sabían que todo pájaro que se escapa volando jamás regresa a casa de sus dueños.

Mientras tanto, Pepe estaba pasando el tiempo de la manera más divertida, hablando con los nueve loros de la bandada, quienes se convirtieron de inmediato en sus amigos y lo llevaron a conocer los diferentes parques de la ciudad.

–Oigan amigos, estoy muy contento, pero de tanto volar me ha dado hambre. ¿Dónde puedo encontrar semillas de girasol?

–¿Semillas de girasol? –dijo Tito, uno de los loros–. Los girasoles son muy escasos en Panamá Pepe, muy pocas personas los siembran en los jardines, pero te podemos enseñar dónde conseguir otras frutas y semillas que también son deliciosas.

La bandada le mostró a Pepe toda clase de árboles, de los cuales se podía comer. Los frutos preferidos de la bandada eran los guineos, papayas y guayabas. Comieron hasta saciarse y al caer la noche, se fueron a dormir entre las pencas más altas de una palmera.

Al día siguiente, los loros gritando y chirriando estridentemente, se fueron a buscar comida a otra área de la ciudad. Pepe se fue quedando atrás, pues

aún tenía las alas cansadas debido al esfuerzo del día anterior. En eso, escuchó un chillido terrible, proveniente del cielo, un ave grande cayó en picada justo por encima de él.

–¿Qué es eso?, preguntó asustado Pepe mientras lo esquivaba.

–¡Huyan, vuelen todos de regreso a la palmera!, gritó Tito.

–¡Apúrense, vuelen, vámonos!, vociferaron los demás loros.

Una vez estuvieron a salvo en la palmera, tuvieron tiempo para responder la pregunta que Pepe les hiciera.

–Ése es un gavilán, caza aves pequeñas pero también le gusta comer loros. Hay que tener cuidado para no ser su presa.

–¿Tito, por qué el gavilán tiene que perseguirlos para comérselos a ustedes? Existen muchos otros alimentos para escoger. Me parece mal que eso suceda. ¿Acaso nunca tuvo dueños que le dieran pan o amigos que le mostraran dónde conseguir los mejores frutos?

–Pepe, es que todos los animales que no hemos sido domesticados nos regimos por la ley del más fuerte. Ven con nosotros, te lo mostraré.

La bandada voló en dirección a un hospital público, cuyos alrededores estaban llenos de árboles que brindaban sombra a los familiares de los pacientes atendidos allí. Afuera del centro hospitalario, se veían varias fondas. Escondidos entre el follaje de uno de aquellos árboles, pudieron observar a una señora que salió de uno de aquellos pequeños restaurantes. Llevaba un plato con sobras de arroz y vegetales, cuyo contenido dejó caer al pie del árbol. Al instante, una bandada de talingos, grotescos pájaros de plumaje brillante de color negro azabache, descendió de los árboles y se lanzó sobre la comida. Casi al mismo tiempo, proveniente de los techos de las fondas y el hospital, llegó volando una bandada de palomas. Ambas clases de aves empezaron a pelearse a picotazos por el alimento, hasta que los más débiles talingos y palomas tuvieron que marcharse sin poder comer.

–Son nuestra competencia –mencionó Tito–. Como te dije, se trata de la ley del más fuerte. Vivimos y comemos en la calle, pero nosotros mantenemos nuestra distancia porque preferimos frutas y semillas, no desperdicios de comida cocinada.

Al día siguiente, los loros se fueron a visitar otro sector de la ciudad. Allí no había edificios altos, sino casas sencillas, de una sola planta. Una de las vecinas de esa comunidad tenía un patio amplio, que estaba cercado y tenía en uno de sus extremos un gallinero rústico hecho de madera. La señora tenía veinte gallinas y un solo gallo. El patio también tenía unos pocos árboles, donde fueron a posarse los loros. Pepe empezó a cacarear. El gallo ladeó la cabeza mirando fijamente hacia el árbol donde se encontraba Pepe.

–¡Oye tú allá arriba! ¿Eres loro o gallina? ¡Decídete! Si bajas voy a darte un picotazo por irrespetuoso y a ustedes también, por acompañarlo.

–¿Por qué hiciste eso? –preguntó Tito a Pepe, mientras sus compañeros chillaban en señal de desaprobación–. El gallo se ha enojado y ahora no nos va a dejar compartir el maíz, el sorgo y las cáscaras que le da su dueña.

–No fue mi intención ofenderlo, sólo quise saludarlo. Aprendí a cacarear en casa de la abuela de mi dueña, quien tiene gallinas. Echo mucho de menos a Zuleika, mi dueña. Extraño su voz cariñosa, su sonrisa y las golosinas que me regalaba.

–¿Qué son golosinas?

–Chocolates, malvas y maní turrón.

–¿A qué saben?

–Son más dulces que las frutas.

–¡Vaya, Pepe! Eres un loro con suerte. Si yo tuviera una dueña que me quisiera y me regalara tantas cosas buenas, me sentiría tan feliz que nunca me alejaría de su lado.

–Tienes razón, Tito. Ahora creo que debo regresar. ¿Me podrían acompañar hasta el lugar donde me reuní con ustedes?

–¡Por supuesto!

–Durante estos días, me he dado cuenta que soy especial para Zuleika. Ella no me trata como un simple loro, sino como un miembro más de su familia. Es una suerte tener su cariño.

La tarde siguiente, la bandada llegó a la palmera del parque cercano al edificio de apartamentos de donde se había escapado Pepe. Entonces, se despidió de sus amigos y se dirigió volando al edificio, sin embargo, se sintió algo confundido. Todos los balcones parecían iguales y él tampoco sabía en qué piso vivía la familia de Zuleika. Probó a posarse en el primer balcón que vio. A través de la puerta de vidrio entreabierta, observó lo que parecía ser una alfombra peluda de color gris.

–¿Será este el apartamento? –se preguntó Pepe, luego se le ocurrió empezar a gritar el nombre de su dueña, para ver si ella le respondía–. ¡Zuleika, Zuleika, Zuleika!

–¿Quién anda allí? –la voz surgió de la alfombra peluda, que era en realidad un enorme gato de Angora gris, de ojos amarillos–. ¡Miau, miau, miau! ¿Eres una persona? No te veo.

–¡Miau, miau, miau!, respondió Pepe imitando el maullido de aquel gato.

El gato gris salió al balcón y su vista se fijó en el animal verde que maullaba como gato, posado en la baranda del balcón. El felino estaba perplejo.

–¡No eres un gato! ¿Entonces, eres gente o eres un pájaro?, le preguntó relamiéndose los bigotes y después, bostezando, mostrándole sus blancos y afilados colmillos.

–Di tú primero qué clase de animal crees que soy, contestó Pepe temblando de miedo.

–Si eres un pájaro, te comeré.

–Creo que te equivocas, yo soy gente, respondió con temor.

–Pero pareces un pájaro.

Viendo la sagacidad de su interlocutor y el peligro que corría al verlo tan cerca, Pepe prefirió alejarse volando nuevamente. Al cabo de un rato, volvió a intentarlo y esta vez reconoció, en una de las puertas de vidrio de los balcones, una silueta que le era familiar. Por fin la había encontrado. Debido a todo lo que aprendió en los últimos días, Pepe sintió que ahora apreciaba más que nunca a su dueña.

Zuleika también había aprendido mucho durante estos días. Su abuela habló con ella y le dio algunos consejos por si volvía a tener un loro como Pepe.

–Los loros se aburren fácilmente y esto hace que intenten escaparse. Pepe estaba acostumbrado a andar libremente por el apartamento. No me parece bien que siempre lo hayas traído en una caja. Piensa en cómo se sentía en ese largo viaje. Sería mejor haberle comprado una jaula pequeña para cuando viajara.

–Abuela, creo que tienes razón. Nunca había pensado que él pudiera sentirse mal solamente por estar dentro de una cajeta. Si algún día tengo otro loro, lo traeré en una jaula, así podrá sentirse mejor y no aburrirse en el viaje.

Cuando volvió la familia al apartamento, abrieron la puerta que daba al balcón. Pepe llegó volando. Zuleika dio un grito de sorpresa.

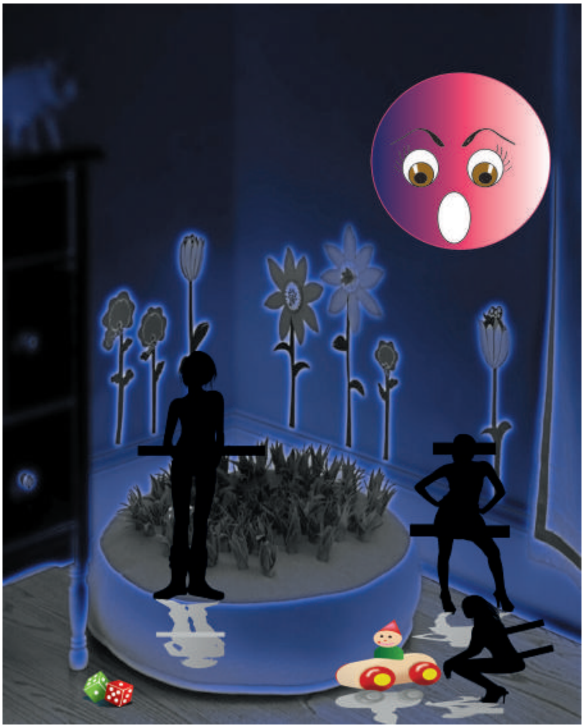
–¡Pepe ha vuelto, miren!

Pepe bajó de un salto al suelo del balcón y se puso a caminar hasta acercarse a los pies de Zuleika, quien le ofreció la mano. Él se subió y ella lo colocó en su percha. Todos se alegraron mucho. Zuleika acarició las plumas de Pepe y le prometió no volver a colocarlo en una cajeta.

INÉS LA BOLITA

Por: **Leda Abril Moreno**

Tarde por la noche, todos los juguetes del cajón se asombraron ante unos lamentos. Era la bolita Inés quien lloraba desconsoladamente. Por primera vez se miraba en el espejo, y no le gustó lo que vio. Nunca había salido del cesto desde el día en que la trajeron a la pieza de los niños. Esa noche saltó por primera vez y ¡PUM!..., se vio, redonda como era. Como la guardaban al lado de las mariquitas de papel, siempre pensó que era delgada. Lino, el rectángulo, se le acercó dulcemente, pues estaba enamorado de ella desde el primer momento en que la vio:



- A mí me gusta como eres, Inés. Me recuerdas la Luna, el Sol y una perla.-

Pero como Inés nunca había visto estas cosas, no podía entenderlo y continuó llorando. Entonces, sus primos los triángulos saltaron fuera del cajón.

Primero Tí la consoló: -Mira tú eres muy pequeña y no sabes nada. Nosotros hemos querido rodar toda la vida. Quisiéramos ser las ruedas de una carreta, e irnos bien lejos de aquí.-

-Pero un triángulo es un triángulo y una bola es redonda, le dijo Tá.

-Así que, no hay más que hacer.-continúo Té: -Ven a jugar con nosotros. Vamos a formar las pirámides del desierto. Ellas tienen la misma forma desde hace siglos y todos las admiran.-

-Lo mejor es aceptarse con la forma que uno tiene -concluyó Tó, mientras se colocaba al lado de sus hermanos para formar la pirámide. Sin embargo, Inés no se interesó, pues nunca había salido del cajón y no conocía el mundo que había afuera del dormitorio. Lino insistió. -Yo adoro las formas redondas, sin puntas, delicadas. Haría lo que fuera por ser como tú. Pero como Inés no le hacía caso, se agrandó hasta formar una ventana en la pared.

-¡Salta y mira!- La llamó Lino. A través de la ventana, se podía mirar un hermoso jardín bajo la luna. Pero Inés no quería que supieran que ella no sabía saltar, así que contestó -Déjame tranquila, que estoy bien. -Así que, Lino y los triángulos decidieron seguir jugando y formaron una casa, un rascacielos con una pirámide en la punta y un “sube-y-baja”. Inés se puso a practicar a saltar, pues estaba aburrida. De repente, se cayó sobre la punta de la pirámide y se puyó: -¡Socoorrroo, Lino!- gritó Inés al desinflarse, dando volteretas por el aire.-

Inmediatamente, Lino corrió a pegarse a Inés con todas sus fuerzas y la abrazó. Sólo así pudo detenerse la pérdida de aire que salía por el costado de Inés.

-Me siento mal, mira la forma que tengo ahora, estoy toda aguada. ¿Y qué haré contigo, además, cuando quiera estar sola?- se lamentó Inés. Lino no sabía que hacer, además que no quería admitir que él también estaba incómodo. Entonces, Tá sugirió: -Vamos a consultar al Dr. Lo. Él sabrá qué debemos hacer.-

El Dr. Lo era un gran libro en el fondo del cuarto que tenía todos los cuentos que podían existir, aún los olvidados y los que no habían nacido todavía. Es por ello que tenía el remedio a todas las enfermedades.

Se fueron todos a la esquina donde el Dr. Lo soñaba como de costumbre con sus cuentos. El Dr. Lo se despertó con un gran suspiro y dijo:

-Qué escándalo, Dios mío, Uds. no respetan el sueño de sus mayores-

-Tú siempre duermes Dr. Lo- contestaron los triángulos.

-Me aburro, ya que casi nadie me visita, ahora que hay una tele en el cuarto. Así que prefiero dormir. ¿Y díganme, que los trae por aquí, y quien es esa niña que yo no conozco?- El doctor Lo era sumamente curioso.

-Me llamo Inés y Me pinché con mis queridos primos y Lino, mi amigo se me ha pegado para tapar el hueco.-

-Mmmmm, Mmmmmmm, Mmmmm. -El Dr. Lo pensaba mientras se abrían y cerraban las páginas, mostrando cada vez una historia diferente.

-No sabía que hubiesen tantos cuentos- dijo Inés, mientras miraba con sus ojos asombrados, dibujos de cosas y lugares que no conocía.

-Tantos hay, como granos de arena en la playa. Tantos como quieran que existan. Me parece que tú eres de la misma familia de las cosas redondas- El doctor Lo abrió sus páginas mientras señalaba-. Mira. Tengo un cuento de un bus que iba de paseo al campo, al que se le puyó una llanta. Creo que la llanta se parece a ti.-

Inés se molestó y comenzó a llorar.

El doctor Lo intentó consolar a Inés y le aseguró: - Niña, ser redonda es igual que ser un triángulo, un punto, una línea o un cuadrado. No es mejor ni peor. Lo mejor es aceptarse con la forma que uno tiene.-

-Me siento muy mal. -dijo Inés.- Y se desmayó.

El Doctor Lo suspiró mientras decía: -Yo ya estoy muy viejo para curar, amigos. Poro el indio es el curandero de todos los juguetes del cuarto. La mayoría de los juguetes querían quedarse entre mis páginas una vez que entraban

por la enfermería que tengo en la página seis; y eso no era bueno, porque después los niños no tenían con quien jugar.-

-¿Y dónde encontramos a Poro?- preguntó Lino.

-No se preocupen, él los encontrará. Siente el olor de un juguete enfermo a diez mil metros,- contestó el doctor Lo. El Dr. Lo se durmió de repente, como era su costumbre. Sin más que hacer, decidieron regresar al cajón. A medio camino, se les apareció un hombrecillo con mil rayas pintadas en el cuerpo. ¡Era Poro el indio! No había tiempo para presentaciones, así que simplemente les dijo:- ¡Uuyyyy! ¡Hay que actuar rápido con esa bola enferma que los acompaña! No creo que sea tan difícil- Y sin darles tiempo a contestar, separó a Lino de Inés y cubrió la herida con su mano, mientras les pidió:

- Por favor, necesito ayuda del árbol de hule que está en el patio.-

Lino formó nuevamente una ventana y entonces pudo ver al viejo árbol, con sus hojas gruesas y caídas, que le daban la apariencia triste.

- Árbol de Hule, -suplicó Lino-, mi amada Inés se está muriendo porque tiene una herida. ¿Crees que podrías ayudarnos a curarla? -

El anciano árbol se inclinó a través de la ventana y vio a Poro que sostenía a Inés entre sus manos. No pudo contener su piedad al ver a la pobre Inés desmayada y comentó:

- Pobrecita... Lástima que no es una pelota de caucho verdadero como en el tiempo de antes, pero no se lo digan, para que no se sienta mal. Esto me hace recordar a mis hermanos silvestres. Ya casi no hay bosques de caucho, casi todos han sido cortados.- El árbol de hule suspiró triste y una gran lágrima le rodó por el tronco. Tá formó un cono y la recogió rápidamente. Entonces, Poro empezó a cantar una canción que despertó al Dr. Lo. Desde su esquina, el Dr. Lo abrió sus páginas en un cuento de donde salió bailando Charamusca, la hija rebelde del Fuego. Charamusca ayudó a los triángulos a darle forma a la gota de hule y a pegárselo a Inés como parche. Poro el indio pudo entonar su flauta de caña para llamar a su amigo, el Viento del Sur, quien llegó como una brisa tibia a través de la ventana que había hecho Lino.

-Por favor, queremos ayudar- dijeron los triángulos y se envolvieron para formar unos conos. Luego se alinearon para guiar al Viento, que sopló y sopló. Le metieron el aire por el ombliguero, hasta que Inés despertó.

-¡AUXILIO!- grito Inés-. !Siento que voy a reventar!

-Suficiente, -indicó Poro- ya está protestando.- Muchas gracias, hermano Viento y Charamusca.- Ocupados como siempre, Charamusca y el Viento se fueron de vuelta a las páginas del Dr. Lo, donde empezaron una nueva historia.

-Me siento avergonzada. Nada de esto hubiera pasado si al contemplarme en el espejo, no me hubiese enojado.- dijo Inés. -Hay muchos juguetes que estarían felices de ser como tú.- le recordó Poro.

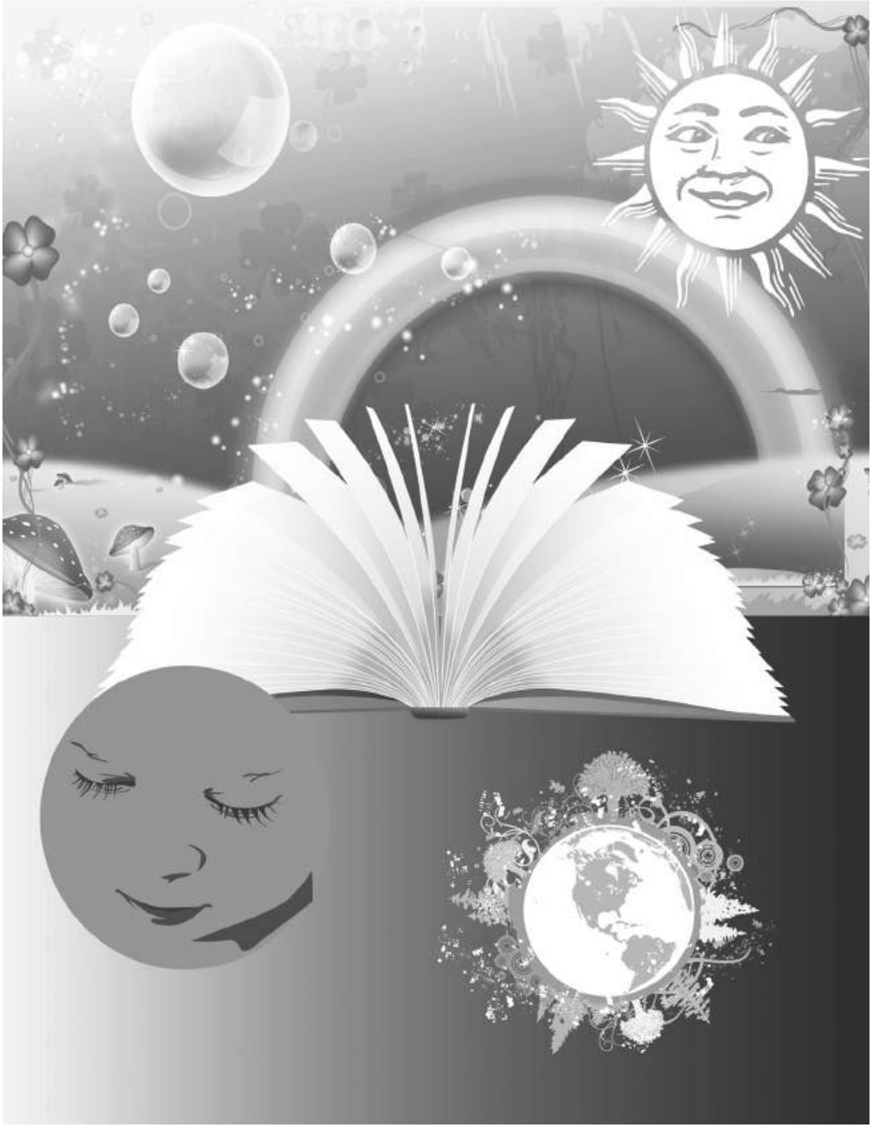
-Sí. Lo importante es estar feliz con la forma que una tiene. -Muchas gracias.- Inés había recobrado su alegría usual.

-Ya no me necesitas.-observó a secas Poro el indio. Y se marchó. No le gustaban los agradecimientos efusivos. Entonces Inés se fue dando volteretas junto con Lino, y los triángulos a darle las gracias al doctor Lo. El doctor Lo abrió sus páginas y le mostró a Inés todas las historias sobre cosas redondas que tenía: De la Luna Llena, de la tierra llamada Gaia, de las naranjas que querían quedarse siempre verdes, del Sol naciente y del Sol poniente, de las burbujas esféricas y de las pompas de jabón, de las perlas negras escondidas en las conchas traviesas, de la tierra de las brújulas despistadas, de una letra "O" malvada y comilona, de las ruedas perezosas, de los juegos de canicas en el lodo, de las pelotas boludas de colores, del Viejo Reloj que estaba aburrido, de la Gran Bola sin nombre ni color, y muchas otras más.

- Muchas gracias, porque ya entendí.- dijo Inés con un suspiro de alivio. -Me gusta mi forma redonda. Tengo muchos hermanos.-

Antes de dormirse, el doctor Lo dijo: -Me alegro. Ven a visitarme cuando quieras. Recuerda que lo importante es estar feliz con la forma que uno tiene.-

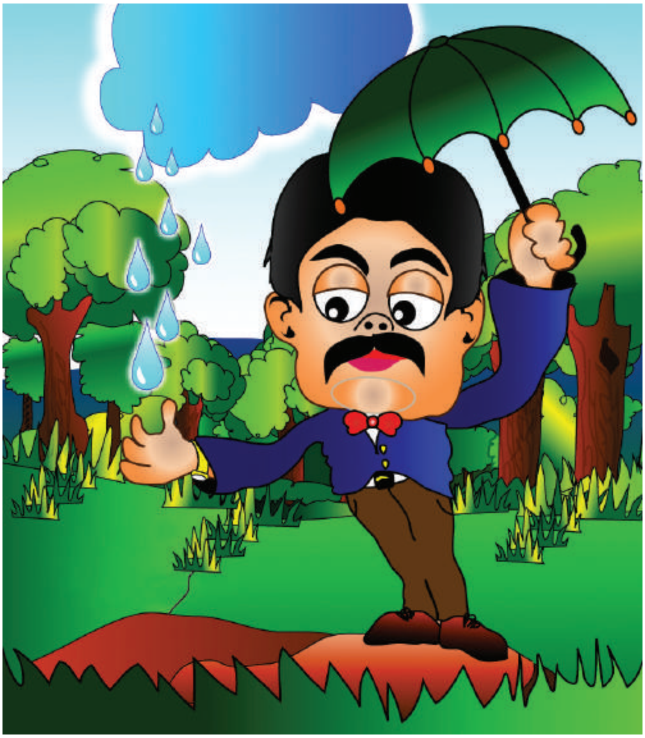
Inés repitió varias veces, como para no olvidar: *-Lo importante es estar feliz con la forma que tengo. Lo importante es estar feliz con la forma que tengo. Lo importante es estar feliz con la forma que tengo*. ¡Vaya, cómo me encanta ser una bola!- Todos aplaudieron con grandes carcajadas. Esta vez empezaron a jugar, formando diferentes cosas. ¡Estaban muy contentos!



¡Nunca se habían divertido tanto! A la mañana siguiente, mientras los juguetes dormían tiesos, como suelen hacerlo durante el día, los niños encontraron a Inés con un parche. Ninguno sospechó lo ocurrido, pero esa tarde, por primera vez en mucho tiempo, empezaron a ganar todos los partidos.

EL SEÑOR DEL PARAGUAS

Por: **Mirla Lina Díaz R.**



Hace mucho tiempo vivía un hombre muy rico, tan rico que no le faltaba nada. Era dueño de extensos bosques donde vivían muchos animales maravillosos y exóticos. En sus huertos crecían árboles frutales de toda clase; hortalizas que se perdían en la lejanía; en el corral, las gallinas, patos y pavos ponían huevos frescos y grandes; sus vacas tenían ubres repletas de excelente leche y las flores de su jardín eran tan hermosas y de tal variedad, que nunca se había visto nada igual.

Los riachuelos que bordean su finca siempre tenían agua cristalina en abundancia, donde nadaban peces de tantas formas y colores que parecían una enorme pecera.

Pero al señor no le gustaba la lluvia, porque lo obligaba a salir protegido de un enorme paraguas.

Un día el señor decidió que tenía que cortar todos los árboles del bosque para evitar que lloviera tanto. Así lo hizo, mando a cortar los árboles para vender la madera y a los otros, los quemó.

Con esta acción desaparecieron los bosques, los animales y también las lluvias; el señor estaba feliz, ya no tendría que usar el enorme e incómodo paraguas.

Solo que esa felicidad le duró muy poco, las quebradas y riachuelos se secaron, las cosechas se perdieron por falta de lluvia, la tierra quemada se dañó

y no crecieron nuevas plantas. Sus animales domésticos se enflaquecieron y enfermaron, porque no tenían comida ni agua, el pasto desapareció y las vacas no dieron más leche. El maravilloso jardín se secó por falta de agua.

Así las cosas, el señor rico se convirtió rápidamente en un hombre arruinado y dueño de un extenso territorio devastado.

El sol se apoderó de todo el territorio y terminó por secar lo poco que quedaba con vida, el terreno era un enorme desierto. Tan fuerte era el calor del sol, que el señor tuvo que utilizar el paraguas para salir a otros sitios lejanos a buscar el agua.

Tarde comprendió que él mismo había ocasionado su ruina y su desgracia. Añoraba la bienhechora lluvia que daba vida a bosques, animales, riachuelos y personas.

Desde entonces, se ve por los caminos de los pueblos a un señor con un paraguas grande que, bajo la lluvia o el sol, conversa con todos los campesinos y niños tratando de convencerlos para que preserven los bosques y no talen ni quemen los árboles, porque si no acaban con las lluvias y con la vida existente.

HORTENSIA, UNA HORMIGA AVENTURERA

Por: **Mitzy Sandoval**

Había una vez, una hormiga que vivía con sus hermanas en una acogedora casita de tierra. A pesar de que vivía en esa casita tan acogedora, ella siempre estaba descontenta. Sus hermanas mayores no le permitían salir sola de su hogar.

–Esperemos que crezcas un poco más, Hortensia– le decían. Sucedió que un día, en que todas sus hermanas habían salido a trabajar en el campo, Hortensia no pudo resistir la tentación de verse fuera de su hogar, y se marchó. Ella quería conocer, aunque fuese una parte de ese mundo que le rodeaba, y que imaginaba lleno de sorpresas agradables.

Por supuesto que la mañana también la invita a salir, pues corría una brisa deliciosa. Ella caminaba sobre las hojas secas de los árboles sintiendo cosquilleos en sus patitas, haciéndola sentir alegre; y se sorprende al ver la vegetación enorme que la rodea, percatándose, a juicio de ella, el ser pequeñito que era, pues sus ojos tan chiquitos, era imposible que pudieran abarcarlo todo.

A la hormiga le gustaron los colores de la naturaleza, como el verde de la hierba, el lila de las violetas, y los rojos de los capullos en flor, y sobre todo, le llamaba la atención la luz que se reflejaba en cada una de las gotas del rocío, que aún colgaban en la punta de las hojas o pétalos bañados por el tenue sol del amanecer.

–¡Oh!, el mundo es en verdad maravilloso,– decía Hortensia, suspirando feliz.

Y la brisa deliciosa siguió corriendo, y hubo un momento en que la deliciosa brisa se convirtió en ráfaga…, y ¡Zuumm!, levantó la hojarasca y con ella elevó a la hormiga que, patidifusa, voló y voló, hasta caer en un bosquecillo, entre espesura de áloes, lo que hizo que se deslizara sobre una de éstas pencas, como si fuera un tobogán.

Y la hormiga, más que despistada, se sacude…, da un traspiés, y…, –¡eepaa, si no me agarro, me lleva el viento!– dijo, sin darse cuenta que el viento ya se la había llevado.

–Pe-pe-ro, ¿qué es esto?, ¿dónde estoy? Aquí no estaba yo hace un rato… –decía, y daba vueltas como loca.

–¡Ay! ¿Y mi casa? ¿Dónde está mi casa?– A la pequeña Hortensia se le atropellaban las preguntas, tratando de recordar algún sitio por donde ella hubiese caminado; pero no, no conocía nada.

Y anduvo desesperada, busca que te busca, tratando de encontrar el camino de regreso a su casa. Ahora, Hortensia lamenta haber salido de su hogar, sin permiso de sus hermanas. Sin embargo, ella tiene que ser valiente y no desanimarse, debía seguir buscando.

Y andando que te anda, dando vueltas y revueltas, algunas veces se encontraba con gente del bosque que no la ayudaban para nada, como aquel viejo abejorro que le dio un tropezón y ni siquiera se disculpó, o como el grillo verde con su violín destemplado que le decía:

–¿Qué si sé algo de tu casa?... bueno…, ¿a ver?,… me parece que sí,… ¿o tal vez no?, lo más seguro es que quieras bailar conmigo…, ven, baila conmigo hormiguita, mi música es mágica.– El grillo la agarra, y la zarandea, la hormiga se defiende y le muerde una pata…, y corriendo, se le escapa.

Entonces el grillo, cojeando furioso, se va con su música a otra parte, diciendo cosas feas en contra de nuestra amiguita.

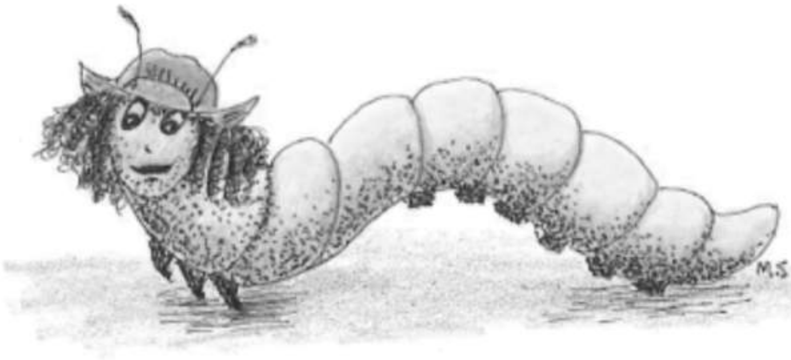
Ahora, la pequeña Hortensia se siente más sola; no tiene amigos que puedan ayudarla. Sin embargo, no se atemoriza y sigue en su búsqueda. Se trepa en un árbol con el fin de poder mirar mejor desde arriba. De pronto, se detiene, percibe una presencia extraña. Ahora sí es verdad que la hormiguita está temerosa. Y no es para menos. Cerca, muy cerca, en una rama, agazapado y mirando en redondo, está el terrible Camaleón acechando.

Hortensia recuerda lo que dijeron sus hermanas acerca de ese individuo, –es un comeinsectos– dice llena de miedo, y con mucho sigilo, la hormiga se esconde entre los pliegues de una hoja. Es lo único que puede hacer en ese

momento. El Camaleón mueve su cuerpo de reptil y se acerca lentamente… se detiene… rotan sus ojos abultados como faros, escudriñándolo todo, busca insectos para tragarlos. De repente, ¡zas!, cruza rápidamente la rama por encima de la de Hortensia, y va directo, desenrollando su lengua hacia una mosca frutera que se le escapa en el instante en que iba a tragársela. El come insecto se torna rojo por el enojo, y enroscando su cola como un caracol, se devuelve, y camina por donde vino.

Hortensia, que ha estado temblando de miedo en todo este tiempo, da un respiro, sintiéndose libre de aquella amenaza y acaba por bajarse del árbol. Y no más pone las patitas en el suelo, cuando escucha un ruidito en la hojarasca, rip-trás, rip –trás, de repente, a Hortensia le pareció ver un cordón de brillante amarillo que se estiraba y encogía como acordeón.

Hortensia se le acerca y la oye lamentarse: –¡Ay, qué pena!, pero, ¡qué pena!, ¡Ayayay, qué pena! ¡Ahora, no sé qué puedo hacer! ¡Ayayay, qué pena!



–¿Quién eres y por qué te lamentas tanto?– le pregunta la hormiga curiosa.

–¿Eeeh?, ¡Cómo!, ¿no sabes quién soy? Se ve que no eres de por aquí, pequeña. Soy una oruga y estoy muy cansada, y además, con bastante apetito. He perdido dos patas centrales y no puedo subir al árbol de almendro, ¡ayayay, qué pena! –seguía lamentándose la señora oruga.

Hortensia conmovida, le ofrece su ayuda a cambio de que ella, a su vez, le indique dónde puede encontrar su casita perdida. La oruga acepta… ¡Oh, sí, claro que acepta!, y se prepara. Hortensia, por su parte, igualmente se prepara: retrocede,… toma impulso,… corre,… y ¡zúmm!..., le da tal empujón que la gorda oruga sale disparada, pero sólo alcanza a llegar a la pata del

almendro. No es mucho, pero algo es algo. Y la oruga, ya que está enganchada en el árbol, puede ir escalando poco a poco hasta alcanzar las hojas que son grandes y jugosas. Ella le agradece a la hormiga que hizo lo que pudo, y contenta, empieza a comerse las hojas con gran deleite. Y sin dejar de masticar, la oruga le dice a Hortensia:

–Si quieres encontrar tu casa, sube a la montaña cerquita de aquí, que allá en la cima, la verás, seguramente. Sin embargo, debes tener mucho cuidado con el Ruiseñor, es un pájaro bichero que anida por esos lugares.

Hortensia, advertida, se aleja del almendro y se encamina rápidamente hacia la montaña, la cual le resulta muy alta, pero aún así, con mucho valor, empieza a escalarla. De pronto…¿qué oigo?, dice, quedándose paralizada de espanto. –Es el canto del Ruiseñor…, y lo tengo aquí cerquita…, piensa la hormiga, y se esconde detrás de una hoja.

El tal Ruiseñor bajó de una mata de níspero y dando pequeños saltos cantaba esta tonada:

> "Soy caballero cantor,
> porque el sol alumbra el día,
> veo gusanos, saltamontes,
> y cualquier hormiga es mía,
> trago todo lo que puedo
> y lo engullo con gallardía".

–¡Ay!, sólo esto me faltaba– pensaba la hormiga, que seguía petrificada por el miedo. Y el pájaro, picoteando cerca de ella, seguía cantando muy ufano:

> "Mi canto es dulce y ligero
> soy rey en el jardín,
> me respetan, soy bichero,
> soy feliz, curuís, curuís".

Al parecer, el Ruiseñor no percibe la presencia de Hortensia quien, desde donde se encontraba, observa un hoyo en la tierra a unos pasos del pájaro.

–¿Qué hacer?, si corro, me verá, y si me quedo, lo más seguro es que me encontrará. La hormiga no sabe qué hacer, el pánico la domina, decide arriesgarse, y corre hacia el hoyo en el momento en que el Ruiseñor, cantando,

eleva el pico distrayendo la mirada. Aunque el pájaro siempre la ve, y trata de picarla, Hortensia se le escabulle por entre las hojas secas, y… ¡Zás!, entra en el hoyo. El Ruiseñor no le dio importancia y siguió cantando otra tonada.

A su paso por la hendidura subterránea, Hortensia encontró un laberinto difícil para ella. Y tuvo suerte al toparse con un nido de arrieras quienes, gentilmente, le ayudaron a encontrar la salida.

Así, Hortensia pudo continuar su camino hacia la cima de la montaña.

Por fin, después de tanto caminar, y escalar la empinada cuesta, llega a la cima y, –¡Qué veo!,– exclama la hormiga entusiasmada. –¡Qué bonito, cuántas casas se ven desde aquí!.– Y empieza a mirar y mirar todas las casas que sus pequeños ojos alcanzan.

–¡Pero, si mi casa está cerquita! Sólo tengo que bajar la montaña por el otro lado.– Y así era; su casita de tierra, tan añorada, estaba muy cerca de ella. Y ahora, si bajo la montaña, entonces, no sabré donde está mi casa.

La hormiga pensaba, que si una ráfaga de viento la elevó, otra, la bajaría de aquella cima. Entonces, trepándose en la hoja seca de un ciprés enano, y aprovechando una ventolera que por allí pasaba…, ¡Zás!, se desliza cuesta abajo. Y planeando por el aire, cruza la hormiga el bosquecillo, y hasta su casa llegó en la hoja seca del ciprés enano.

Hortensia exclamaba llena de entusiasmo:

–¡Al fin, al fin estoy en mi casa, en mi hogar!– Y dentro de aquella casita de tierra, Hortensia se metió, contenta de haber llegado sana y salva, aunque asustada todavía, por la aventura que le tocó vivir. Nunca sintió tanta alegría de estar en su cálida y acogedora casita, como en esta ocasión.

Afortunadamente, sus hermanas mayores no habían regresado de su trabajo en el campo, lo cual le dio tiempo a Hortensia para pensar…, y pensando, la hormiga se quedó profundamente dormida.

Después de todo, me atrevería a afirmar, que Hortensia se prometió así misma, no volver a salir sola de su hogar nunca más, sin antes haber crecido lo suficiente para saberse cuidar.

Y ya que Hortensia su casa encontró, este cuento, de puro gusto, se acabó.

LOS CUENTOS DE TÍO JULIO
DEL LIBRO ANÉCDOTAS INTERIORANAS

Por: **Omar E. de Icaza**

El señor Julio regresaba del trabajo un poco agotado, pues a sus 60 años poner bloques y batir mezclas demandaba más esfuerzo que en la juventud; no obstante, sin seguro ni jubilación era una forma digna de ganarse la vida, por lo menos hasta que su corazón se lo permitiese. Al llegar a casa como a las seis de la tarde, se encontraba con su señora Yiya, quien le tenía la cena lista. Luego de la comida se acostaba en la hamaca y encendía su tabaco, para él era imposible recordar cuántos se había fumado desde los 17 años, y aunque una tos necia y la pérdida de peso de los últimos meses eran los heraldos de la tribulación por venir, Julio no los atendía porque la adicción era más fuerte que su voluntad.

Ya llegando la noche, apareció su hijastro Yiyo con tres amiguitos: Gaspar, Miguelín y Omar; Julio los mira con cariño, él no había tenido hijos y la presencia de los niños le daba esa sensación de paz, relajación y autoridad que sólo la paternidad ofrece. Sabía a lo que venían, lo veía en sus ojitos ansiosos y traviesos, acudían como cada viernes en la noche a escuchar las anécdotas salidas de su mente ingeniosa y creativa. Sentados en los taburetes del portal de la casa, los chiquillos de entre seis y ocho años esperaron que el señor se terminara su primer tabaco y sin preámbulo alguno, esa noche les contó:

Cuando tenía dieciocho años, todos los días iba a la finca de mi tío Filomeno González que quedaba como a cinco kilómetros del centro de La Chorrera, cerca del Chorro, me ponía mis cutarras y arrancaba por los potreros que en ese entonces estaban llenos de animalitos diferentes a los de ahora. En ese entonces, las vacas tenían dos colas, una era para espantar a las moscas y con la otra, el dueño palanqueaba para sacarle la leche por las ubres; tenían

tres cachos en vez de dos, siendo el del medio de metal el cual utilizaban para afilar el machete. ¡Sí, sí!, pues les digo, niños, en ese entonces las vacas eran más consideradas, no como las de ahora. También los campos de nuestro pueblo estaban llenos de venaos de más de cien años; tan viejos que en sus cuernos crecían casas de comejenes, cactus y orquídeas. Había armadillos con corazas tan duras que los gringos los persiguieron durante la segunda guerra para hacer granadas de mano y por culpa de ellos casi se extinguen, y... ¡qué decir de la abundancia de quiquirimiáus!, cruce de gallina fina con gato negro; pero estos sólo se podían ver durante la Semana Santa.

En fin pelaítos, les sigo contando que un día iba yo de cacería con mi biombo como a las 5:30 de la tarde, por las márgenes del río Caimito, cuando de repente al mirar al fondo del Chorro veo algo que brilla intensamente. No podía distinguir su forma, pero me dije “Joo esta vaina hay que investigarla.” Sin pensarlo dos veces, me tiré desde la columbita de la caída de agua y comencé a bucear y bucear; en el camino me encontraba con la fauna propia de ese entonces: camarones en palito que ya venían listos pa’ el ceviche; bagres voladores que saltaban a la superficie, desplegaban sus aletas y planeaban buscando periquitos mechiamarillos que eran su plato favorito; y por supuesto, las más abundante de todas, las sardinitas huele- huele que eran fáciles de pescar, ya que al tirarles una lata, todas corrían alborozadas a meterse en ella, luego nada más tenías que ponerles una tapa, meterlas en la chácara y estaban listas para la cena en casa. Estas últimas al verme venir se dispersaron en el lecho enturbiándolo todo y haciéndome perder de vista mi objetivo. Como no podía distinguir nada decidí prender mis fósforos resistentes al agua marca “talingo blanco” hechos en Suecia con pólvora ne-

gra y grasa de la ceja izquierda de ballena viuda. Con ellos logré alumbrarme en el fondo. Luego de un instante caminando bajo el agua, encontré entre la arena lo que buscaba… ¡era una cuchilla de oro! feliz de mi hallazgo, para descansar un poco, relajarme y celebrar mi buena suerte, decidí encender uno de los tabacos cubanos, que me había regalado mi amigo el Comandante en Jefe. Una vez terminé, comencé a salir con la cuchillita entre los labios; sin embargo una sorpresa siniestra se escondía en la penumbra. Mientras subía, sentí en una pierna un latigazo y al mirar para abajo, descubrí con horror que me perseguía un lagarto "lengua de tráiler," espantoso animal de diez metros con una enorme lengua de cinco metros cubierta de espinas y ruedas de caucho con las cuales te puya y atropella hasta hacerte pedacitos. Viéndolo venir hacia mí, aceleré lo más que pude, sin embargo, al llegar a la superficie me encontré muy lejos de la orilla; nervioso porque el animal estaba a punto de atraparme, caminé sobre el agua dirigiéndome hacia la caída del chorro la cual comencé a subir nadando con mucha fuerza. Cuando iba a medio camino miré para abajo y vi que todavía el animal me perseguía subiendo también él el chorro a nado. ¡Terror! estaba a punto de atraparme, pero no, yo soy Julio Castillo y a mí no me agarran tan fácil, rápidamente me saqué de los labios la cuchillita de oro y corté el agua debajo de mí, lo que provocó que el lagarto se fuera abajo y se contramatara con las piedras de la orilla. Luego del susto y ya fuera de peligro, llego al margen del río, me pongo la cuchillita en el bolsillo del pantalón, agarro el lagarto, me lo subo al hombro y me lo llevo a casa.

Las espinas las aproveché para hacer arpones, el caucho se lo regalé a mi tío Filomeno para que se lo pusiera a las ruedas de la carreta y con el cuero hice 33 correas, 2 sillas de montar, 6 pares de botas, y un sombrero que le vendí al general Torrijos y era el que éste usaba todos los días, pa' arriba y pa' bajo. Ese día no tuve necesidad de cazar; con la cuchillita y el lagarto estuve resuelto.

Silencio total, niños embelesados, absortos, se acabó el cuento, le dan al tío las gracias, un abrazo y se despiden de él.

Esa noche Omar, durmiendo junto con su abuelita, se reía y reía para adentro deseando que pasara rápido la escuela, que pasara rápido la semana para volver a la casa de Yiyo, sentarse en el taburete y escuchar otra vez los **cuentos de tío Julio**.

SEGUNDA PARTE

Viernes en la tarde, Julio decidió tomarse este día libre después de muchos años de trabajo duro, ya que desde hace 3 meses se cansaba mucho con poco esfuerzo; los fines de semana hacía unos arreglos a la casa, limpiaba el patio y sembraba una que otra planta medicinal que luego vendía a los vecinos que acudían a él aquejados de muchos males. Así pues ofrecía bolitas de caraña hedionda envueltas en hojas de maíz y anudadas con hilo pabilo para los dolores de cabeza, pulpa de calabazo como purgante e infusiones de hojas de chumico para la diabetes; había pacientes difíciles recordaba, como cuando un amigo militar lo visitó buscando cura para un acné que le estaba comenzando y él le recomendó que se pusiera parches de hojas del árbol "Indio en cuero", el militar lo miró con desdén y aunque lo escuchó prefirió mejor no usar el remedio porque no le gustaba el nombre de ese palo y en fin, pensó él, eso nunca se le regaría en la cara. También había pacientes que no sabían qué tenían y sencillamente les dolía todo el cuerpo, no obstante, Julio no se amilanaba ante casos dificultosos y a estos les recetaba su panacea: "Ungüento de no sé qué vaina que, decía él, que con tan solo aplicarlo en una ocasión en el área afectada te garantizaba quitarte los males que tenías y los que en el futuro te fueran a dar".

A pesar de curar a los demás, Julio prefería preservar su prestigio en el barrio ignorando sus dolencias y de esta manera permitía crecer a los demonios que se multiplicaban en sus pulmones debido a su hábito de fumar. Llegan los 4 niños; es hora de contar:

Por allá por los años 80, yo trabajaba pa los gringos en la zona del Canal, mi trabajo consistía en hacer inventarios, limpiar los depósitos y acomodar cajetas de repuestos de autos militares en Corozal, me pagaban bien, mucho mejor que a los especialistas en cardiología del Seguro Social. Con el dinero pude comprarme, entre otras cosas, una carabina M2 que un gringo que trabajaba conmigo se había traído de Vietnam, de donde fue dado de baja por haber recibido un disparo en la nalga y ya no poder combatir. Con mi carabina, los domingos, iba de cacería con mi perro Leoncico, de gran pedigrí ya que era descendiente de uno de los perros que había acompañado a Vasco Núñez de Balboa cuando atravesó el istmo, junto a mi amigo cazábamos para consumir y no por deporte venaos, iguanas y zainos en las frondosas selvas de Ollas Arriba. En una ocasión salí apresurado de mi casa, tomé el fusil, perro y la cajita de metal en donde venían las balas, que guardaba debajo de la

cama; la chiva nos dejaba y no había tiempo para más. A llegar el transporte, luego de dos horas de viaje, a nuestro destino nos bajamos todos acordando con el chofer que nos recogiera en 4 horas, tiempo suficiente para terminar de cazar.

Nos adentramos en la selva el can y yo, siempre precavidos de no ser acosados o sorprendidos por los tigrillos, macho de monte, pumas u otros animales salvajes de los cuales seríamos fácil presa, lentamente caminábamos, paso a paso mirando alrededor, hacia el suelo cuidándonos de las culebras, hacia arriba vigilando que no nos cayeran encima los monos perezosos; varios amigos míos habían perdido sus orejas que le eran arrancadas por estos animales en la espesura de la jungla. También había que tener cuidado con la vegetación sobre todo de los frutos de la pica-pica que si hacen contacto con la boca te la hinchan tanto como la de un hipopótamo. Ese día, al principio no tuvimos suerte, los animales se escondían ante nuestra presencia, sin embargo como al mediodía, vimos en la cúspide de un cerro a dos enormes venaos cabezones que sobresalían sobre la vegetación, de tres metros de largo, fatuos, agresivos, con enormes astas en forma de paila, dientes de un metro sobresalían de su boca y patas con garras de granito rompían las piedras por donde caminaban. Ellos también se percataron de nuestra presencia, me miraron con rencor como si me reconocieran y bajaron a toda marcha desde la cima prestos a atropellarme y morderme, mientras lo hacían mugían estremeciendo los arbustos de la selva, provocando que los pájaros salieran en desbandada desde sus nidos y causando la caída de las pipas desde las palmas. Mientras, Leoncico se escondía entre mis piernas, con la cola reco-

gida y temblando de terror ante lo que se nos venía encima, yo no me asusté, con calma apunté mi carabina y al halar el gatillo… click- clik- click ¡no tenía munición!, apurado saqué la cajita de mi chácara y cuál fue mi sorpresa que al abrirla ¡estaba vacía!; Un sudor frío bañaba mi rostro, los monstruos estaban tan cerca de mí que ya sentía el tufo a pacha de seco que expelían por sus fosas nasales, de repente se detienen, giran el cuello y…!. Dios mío, hablan¡ lo hacen con voz chillona, rasposa y ovejera y me dicen al unísono: Juuulio Castiiiiillo, ¿no sabes quiénes somos? hace tiempo que te esperábamos, te robaste la cuchillita de oro que nuestro jefe nos había dado a cuidar y por tu culpa murió su mascota preferida, tú eres responsable de su furia, que nos convirtió de bellas brujas a esta vaina que ves delante de ti, pero hoy Julio Castillo vas a pagar, ahora te toca a ti, hoy conocerás a nuestro líder. Está de más decir que me temblaba todo el cuerpo, ni que decir de Leoncico que había cavado un hoyo y se escondía tres metros bajo tierra, pero tenía una última carta, saqué la cuchillita de oro del bolsillo de mi pantalón, recorté la bala dibujada en la tapa de la caja, hice un bolillo, la coloqué en la recámara del fusil, apunté a un palito de yuca que estaba delante de mi frente a los venaos y dispare… BAM, el proyectil salió disparado, pegó contra el palito de yuca se partió en dos y le pegó a los monstruos ¡en el medio de los dos ojos!, al caer los bichos estremecieron la tierra tanto que arrancaron de raíz los palos de mango que se encontraban alrededor.

Luego de desenterrar a Leoncico, agarré los dos venaos y me los llevé a la orilla de la calle donde ya nos esperaba la chiva, los colocamos en la capota y marchamos rumbo a La Chorrera. Le vendí la carne de venao al chino Sing-Sing que tenía un mercadito en la Central, y el cuero lo usé para hacer varios tambores que le regalé a Ñato Califa; Ah por cierto instalé las astas en el techo de mi hogar, las conecté al cable de mi televisión y así puedo ver los canales del extranjero por satélite.

Como de costumbre, luego de escuchar el cuento, los niños abrazan a quien de cariño llamaban tío, éste les acaricia el cabello, les devuelve el abrazo y les pide que vuelvan la próxima semana a acompañarlo.

Esa noche, Miguelín de 7 años, mientras cena el guacho de sardina que le había preparado su mamá Carmelin le pregunta ¿mami quieres que te diga un cuento del tío Julio? La madre lo mira a los ojos, le acaricia el rostro, se pone la palma de la mano sobre la barbilla y responde: si mi amor, estoy aquí para atenderte, cuidarte y escucharte, hasta el último día de mi vida.

BABILONIA

Por: **Patricia Veazey de Alvarado**

Carlos y José son amigos del alma. Hacen todo juntos. Viven en el mismo edificio, asisten a la misma escuela y están en el mismo salón. Juegan juntos en el parque y les gusta la misma música y hasta los mismísimos programas en la tele. No importa lo que hagan con tal que lo hagan juntos. Son amigos, pero hoy resultó diferente.

Todo comenzó con una canica. La canica de Carlos sacó la canica de José fuera del círculo.

–¡Trampa! –gritó José.

–¡Mentira! –replicó Carlos.

–¡Hiciste trampa! –protestó José de nuevo.

Carlos se puso bravo y José se puso más bravo. Los muchachos disputaron a gritos cuando de repente algo raro ocurrió. Cada vez que José decía algo, sus labios se movían, pero salían sonidos extraños.

–¿Qué? –preguntó Carlos–. ¡Habla claro!

–Arga barga, jarga, marga rarga –gritó José.

–¡No tiene ningún sentido! –gritó Carlos.

–José respondió –Woca poca moca boca!

–Carlos sacudió el puño. De repente, le sucedió también. Cada vez que dijo algo, se movían sus labios y salían sonidos extraños.

–¡Oqui poqui woqui moqui! –le gritó a José.

–¡Paqui waqui laqui saqui! –le contestó José.

–¡Luga muga wuga tuga! –gritó Carlos.

No podían entender entre sí, pero eso no les impidió. Los dos chicos continuaron gritándose. Pasó la gente y continuaron la disputa a gritos.

Se formó una muchedumbre. Fue la cosa más asombrosa. Carlos gritaba y José chillaba. Algunas personas pensaban que eran extranjeros; otros que era un concurso, pero nadie sabía qué estaba pasando, especialmente los muchachos.

Al final del día, la muchedumbre se había crecido tanto que un policía tuvo que dirigir el tráfico. Había carros doble-estacionados más allá del parque y vendían salchichas y sodas a la multitud. La voz de José era débil y casi no oía la de Carlos. Pero eso no importaba, seguían disputando.

–Iqui piqui ouiqui miqui –decía Carlos.

–¡Miqui ouiqui tiqui piqui! –decía José.

Era muy extraño.

Al fin, alguien preguntó –¿De qué se trata todo esto?

–No sé, pero creo que están discutiendo –le contestó una señora.

–¿Por qué no se ponen de acuerdo? –preguntó otra señora.

–No estoy seguro –contestó otro señor–, a lo mejor se enloquecieron.

–Loco smoco –dijo el policía–, han causado un tranque. ¡Deben ponerse de acuerdo!

A la puesta del sol, Carlos y José apenas susurraban. La muchedumbre se dispersó. El policía se fue a casa. Todo el mundo estaba cansado –especialmente Carlos y José.

Se quedaron uno frente al otro.

–Tengo hambre –susurró Carlos en voz ronca.

–Yo también –dijo José en voz baja y áspera–. Sé cómo hacer emparedados de queso, pero no tengo pan.

–¡Genial! –murmuró Carlos–. Llevaré el pan.

Los muchachos se fueron del parque con una canica menos, pero con una amistad para siempre. Nadie sabe exactamente lo que pasó aquel día, y aunque Carlos y José no están de acuerdo en todo, fue la última vez que discutieron.

EL TESORO DEL PIRATA

Por: **Tilsia Perigault y Sibila Ortiz Perigault**
Ilustración: **Estela Perigault de Malgrat**

Carlitos era amigo de Roy y Roy era amigo de Carlitos. Los dos tenían ocho años, estaban en la misma escuela y en el mismo salón. Además vivían cerca uno del otro en Río Abajo. Por eso se pasaban los sábados y domingos y también los viernes por la tarde en grandes aventuras.

Un día Roy, quien era el más arriesgado, subió a un árbol de mango hasta las ramas más altas para coger las frutas más maduras pero tuvo miedo de bajar. No quería que Carlitos lo viera llorar, pero luego de esperar mucho rato, con los bolsillos repletos de mangos y otro montón en el suelo, Carlitos se dio cuenta que algo raro pasaba con su amigo.

–Hey Roy, apúrate -gritó

–¿Espérate no? replicó Roy. Pero su voz temblaba.

–¿No puedes bajar?

–No, gimió Roy, soltando unas lágrimas, porque después de todo sólo tenía ocho años. Miraba hacia abajo y le parecía que todo se había achicado. Sentía mareos y temía que el viento se lo llevara.

Carlitos tuvo que correr a pedir ayuda.

–Misses Morris -gritó- Roy no se puede bajar del árbol de mango.

El verdadero nombre de Roy era Reginald Alexander Morris y su mamá Genevieve Morris, hablaba bastante bien el español, pero no así su esposo, quien había nacido en Jamaica.

¡My God! Gimió Misses Genevieve- ojalá no caiga mi chiquillo.

Por suerte Mister Morris estaba en el patio. Era carpintero y tenía una escalera. Con ella corrieron los tres hasta el árbol de mango.

Roy estaba más tranquilo, pero cuando vio a su mamá se echó a llorar.

Todo salió bien y fue puesto a salvo por su padre. La mamá lo besó y le secó las lágrimas con el delantal, pero ya Roy no tenía ganas de jugar ni de comer mangos.

En otra ocasión se fabricaron espadas de madera para imitar a unos guerreros antiguos de un programa de televisión y terminaron peleando de verdad porque Carlitos dijo que Roy le pegaba muy duro.

Pero lo que voy a contarles fue la aventura más grande que tuvieron los dos niños. Resulta que en la escuela necesitaban un campo de juegos. La directora había hablado con los alumnos el lunes, después del saludo a la Bandera, explicando que se necesitaba por lo menos mil balboas y que tardarían mucho en reunir esa suma de dinero.

Esa mañana, el maestro de segundo grado regañó a Roy por levantarse de su puesto y cuchichear con Carlitos.

–A la salida quiero hablar contigo- le estaba diciendo. –Tengo algo importante que decirte.

Los ojitos le brillaban pensando en la aventura que correrían él y Carlitos y si éste se atrevería a seguirlo en la búsqueda del tesoro del pirata en la calle del hombre sin cabeza.

La gente decía que en un solar abandonado, donde había una casucha solitaria se aparecía un jinete sin cabeza. Los niños tenían miedo de pasar por ahí pues al final de esa calle no vivía nadie, no existían casas y sólo había maleza.

Era viernes y Roy explicó su plan mientras volvían a casa. A Carlitos no le hacía gracia el asunto, pero de verdad se decía que el jinete sin cabeza cuidada el tesoro del pirata: un baúl lleno de oro y joyas. Serían ricos y podrían comprar una refresquería para ellos dos solos y podrían comer cualquier

cosa sin pagar. También podrían comprarse un cine y darle dinero a sus padres y hasta darle los mil balboas a la directora para el campo de juegos de la escuela.

Todo el mundo estaría feliz.

Roy insistía: –Vamos por la mañana temprano, con bastante luz y podemos llevar las espadas de madera. Con eso le podemos dar miedo el jinete sin cabeza, además si no tiene cabeza ¿cómo podrá vernos?–

–bueno, bueno– aceptó Carlitos –Yo no soy un cobarde, apruebo el plan.

Llegó el sábado y Misses Morris estaba sorprendida de lo temprano que pedía Roy su desayuno y lo agitado que se veía.

Los días que no iba a la escuela él acostumbraba dormir mucho.

Caminaron muy valentones hasta el final de la calle misteriosa. Allí se arrimaron el uno al otro. No se soltaron las manos. En la otra tenían las espadas. Sus pasos eran cautelosos y de pronto, tropezaron con algo.

Los dos amigos huyeron asustados, cada uno por su lado, pero Carlitos se atrevió a mirar para atrás. Entonces se detuvo. Habían tropezado con un baúl de extraño tamaño que estaba entre la maleza.

¿Sería el tesoro del pirata? ¿Sería parte de las riquezas de la antigua ciudad de Panamá saqueada por los piratas?

–Hey Roy, espérate - gritó.

Se acercaron con cuidado y examinaron el baúl. No era viejo ni oxidado por los años como se supone deberían de ser los cofres antiguos de los piratas.

–Ábrelo–.

–Ábrelo tú–.

–Mejor lo abrimos juntos–.

–Esta bien, pero en mi casa. Ayúdame a levantarlo.

Entre ambos cargaron el baúl. No pesaba mucho y pronto estaban en el patio de la vivienda de Carlitos. Allí se sentían tranquilos, pero el baúl era un mis-

terio que los llenaba de emoción. Intentaron abrirlo y no fue fácil. Si llamaban a una persona mayor seguramente se reiría de ellos.

Carlitos trajo un destornillador y otras herramientas y batallaron casi todo el resto de la mañana. Al fin la cerradura se abrió y levantaron emocionados la tapa.

El asombro les hizo abrir la boca. No había ni oro ni joyas. Eran billetes nuevos de veinte, cincuenta y cien balboas.

Los niños nunca habían visto billetes de esas cantidades, pero no se atrevieron a tocarlos. Ellos buscaban un tesoro pirata pero esto era otra cosa. Tenían que avisar a la policía.

Con ayuda de sus padres así lo hicieron y la policía especializada llegó a buscar la caja.

Los dos amiguitos se olvidaron del tesoro del pirata y del jinete sin cabeza. Esas tonterías que inventaba la gente no eran nada comparadas con la verdadera aventura que acababan de tener ayudando a la policía a rescatar un dinero robado.

Sus nombres y fotografías aparecieron en los periódicos. Misses Morris y la señora Elena, mamá de Carlitos, recortaron la página para guardarla de recuerdo. En la escuela los aplaudieron y felicitaron. Cuando llegaron unos señores del banco robado a buscar a los niños, la directora reunió a todos los alumnos en el patio.

Nuestros amiguitos recibieron una recompensa y la directora un cheque para el campo de juegos de la escuela.

La mamá de Roy los llevó a casa y les sirvió saril con hielo, cocada con jenjibre y unos caramelos blancos de menta que siempre hacía para las fiestas de Navidad y cumpleaños.

Bueno aquí terminó la historia y nuestros amiguitos se convirtieron en los héroes de la escuela y el barrio. Hasta el maestro se hacía el desentendido cuando los veía cuchichear.

LA HISTORIA DE UNA MUÑECA DE TRAPO

Por: **Tilsia Perigault y Sibila Ortiz Perigault**
Ilustración: **Estela Perigault de Malgrat**

Érase una vez una graciosa muñeca de trapo vestida con un trajecito blanco de bolas rojas. Tenía trenzas de lana amarilla y ojos azules abiertos y redondos, de largas pestañas; lo mejor de todo era su sonrisa dulce y pícara, a la vez, con los labios cerrados y estirados como una línea curva y roja.

Estaba sentada al pie del árbol de Navidad esperando ansiosamente el amanecer para conocer la niña que iba a ser su dueña. Se sentía muy feliz mirando las lucecitas de colores, los adornos brillantes del arbolito y las estrellas del cielo de papel del nacimiento.

De lejos venía una música muy alegre con campanitas y panderetas y la brisa cálida de diciembre movía las cortinas de la sala en su nuevo hogar. ¿Cómo se llamaría la niña de la casa? ¿Sería cuidadosa con sus juguetes? Había oído contar de niños que dejan sus juguetes tirados por el suelo y hasta de algunos niños crueles que los golpean contra el piso, o los destroza por puro gusto. La muñequita de trapo quiso cerrar los ojos asustada, pero sus ojos no se podían cerrar. Prefirió pensar en cosas más alegres. Por ejemplo, el nombre que le pondrían.

Así, pensando y pensando pasó la noche de Navidad y de pronto, se asomó el sol por entre las cortinas. Los pajaritos empezaron a cantar buscando alimento. La muñequita suspiró de impaciencia.

Al fin escuchó voces de niños que corrían y reían. Apareció una niña de seis años y su hermano menor. La niña era muy linda, de ojos y cabellos negros,

parecida a su hermano. Daba gusto verlo palmotear de felicidad al descubrir los juguetes.

La muñequita esperó que la tomara en sus brazos, pero la pequeñuela abría los paquetes, sin hacerle caso. Quitó la tapa a una caja grande azul, con una brillante cinta rosada y sacó de ella a una bellísima muñeca, lujosamente ataviada, con zapatos negros, sombrero y guantes. Podía cerrar los ojos y mover la cabeza mientras caminaba y cantaba.

La niña lanzó una exclamación de júbilo y abrazó amorosamente a la elegante muñeca, que traía una etiqueta indicando su distinguido nombre.

La muñequita de trapo se entristeció mucho al verse tan olvidada y pensó que seguramente un tiempo después, la niña a quien llamaban Marilú, le tomaría afecto y jugaría con ella.

Pero la pequeña Marilú se ocupó muy pocas veces de la muñequita de trapo. Únicamente se acordaba de ella cuando celebraba una fiesta de muñecos. Entonces la sentaba junto con el osito, el perro, la Barbie y otros muñecos, en los muebles de juguete.

Las fiestas eran siempre en honor de Sheryl, la muñeca elegante que usaba sombrero y guantes, que podía caminar y cantar con una voz de cristal.

Pasaron muchos meses y la muñequita de nuestra historia no lucía tan linda, pues Marilú era descuidada y dejaba sus juguetes por el suelo. El trajecito de bolas rojas se veía bastante arrugado y sucio y en las mejillas rosadas de la muñequita había manchas de polvo. En un brazo la costura se había descosido un poco y sus ojos redondos se veían tristes. Nunca había dormido en una camita de juguetes y mucho menos en la propia cama de Marilú, como Sheryl lo hacía frecuentemente.

Un día la Barbie contó que Sheryl ya no podía caminar y que a veces perdía la voz.

Marilú se impacientaba y la golpeaba en la espalda gritándole:

_¡Canta, canta muñeca tonta!

_¡Pobre Sheryl! Con lo presumida que se sentía por su voz, comentó el osito.

La Navidad estaba cerca otra vez y la muñequita de trapo recordó las ilusiones que se había hecho el año anterior, de que Marilú la mirara un poco.

La madre de la niña entró cierto día al cuarto de sus hijos y ordenó recoger los libros y juguetes rotos.

–Afean mucho la habitación y quiero que todo esté muy bien arreglado para la próxima Navidad- explicó.

La muñequita de trapo fue depositada en una bolsa de plástico con libros rotos, rompecabezas incompletos, un carrito oxidado con la cuerda dañada. Se sentía muy mal olor en el basurero y el vestido se le había manchado con desperdicios de comida.

Al oscurecer, unas ratas subieron al basurero. Hubiera querido cerrar los ojos, pero eso es imposible para un muñeca de trapo. Entonces miró las estrellas. Habían muchas y brillaban lanzando destellos. Por suerte tenía medio cuerpo afuera.

Una de las ratas le mordió las piernas, pero desistió al darse cuenta que no era más que trapo y algodón.

Fue una noche de terrible soledad y tristeza.

En la mañana pasó por ahí Irene, una niña que vivía en el vecindario, y al ver a la muñequita de trapo, con sus enormes ojos redondos de largas pestañas metida en el basurero exclamó:

–¡Caramba, pero si es tan bonita!

Sin pensarlo dos veces la sacó del basurero y la llevó a su casa. Allí le frotó la cara y el cuerpo con un poco de agua jabonosa, luego la acostó en una camita de juguete para que se secara un poco al sol.

También le dio unas puntadas en las partes descocidas y le arregló las trenzas.

–Eres muy linda y te llamaré Trencitas, dijo Irene.

La muñequita de trapo se sentía tan feliz que temía que todo lo que estaba ocurriendo fuera imaginación o un sueño y que pronto despertaría en el basurero.

Eso no fue todo, mientras Trencitas se estaba secando, la niña pidió un retazo de tela a su madre, quien era modista y, con su ayuda, le cosió un lindo vestido nuevo, con florecitas azules. Finalmente la vistió y le puso cintas en las trenzas.

–Ahora estás muy elegante y podemos ir al parque con mis otras muñecas -le dijo su nueva mamá-.

–Trencitas se sentía dichosa en el coche, con las otras muñecas, paseando por el parque lleno de niños en compañía de Irene.

De pronto vio acercarse a Marilú, su antigua dueña y tembló pensando que pudiera reconocerla y reclamarla.

–Hola Irene -dijo Marilú: ¡Qué lindas son tus muñecas! ¿Cómo se llama la de los moños?

Marilú miró con curiosidad.

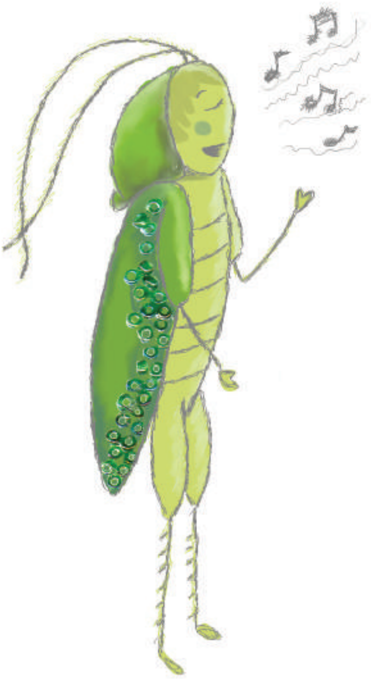
–Se parece a una que yo tuve, pero no es igual. La mía tenía otro vestido y no era tan bonita como ésta.

En el parque muchos niños admiraron el vestido nuevo de Trencitas y sus cintas. Pero lo que más admiraron fue su sonrisa dulce y pícara de muñequita feliz.

RICKY EL GRILLO SORDO

Por: **Telsy Sánchez y Génesis Espinosa S.**
Ilustración: **Génesis Espinosa Sánchez**

Ricky era el grillo más apuesto y alegre del bosque. Vivía en la ramita más alta de un enorme árbol. Una mañana Ricky decidió que quería ser artista y muy temprano desde lo alto de su casa empezó a cantar.



-Yo soy el bueno y amable Ricky, me gusta cantar, me gusta saltar, no hay nadie como Ricky.

Los animales del lugar, molestos sin entender nada de lo que el grillito cantaba, sólo alcanzaban a escuchar un “cra cre cri cro cru” muy desafinado.

El conejo que se encontraba en ese momento debajo del árbol gritó desesperado:

-¡Silencio allá arriba!

-No puedo buscar zanahorias con semejante escándalo, por favor canta en otro lado.

Como el grillito era medio sordo, interpretó dichas palabras de este modo:

-No puedo ignorar semejante talento, por favor canta donde Waldo.

-¡Con mucho gusto! -respondió Ricky sonriendo.

Se bajó de la rama rumbo al arroyo donde vio salir de entre las piedrecillas a un cangrejo.

-¡Ah! ¡Tú debes ser Waldo! -indicó el grillo y enseguida empezó a cantar.

-Yo soy el bueno y amable Ricky, me gusta cantar, me gusta saltar, no hay nadie como Ricky.

Al instante el cangrejo se tapo los oídos con las tenazas y protestó:

-¡Qué horror grillo loco, por favor, canta en otro lado!

Pero el grillo que era tan sordo, esto fue lo que entendió:

-¡Qué honor grillo buen mozo, por favor, canta donde Aldo!

-¡A la orden! -respondió Ricky.

-Y luego se desplazó hacia el río donde vio a una nutria refrescándose.

-¡Aldo te encontré! -Ahora te voy a cantar.

-Yo soy el bueno y amable Ricky, me gusta cantar, me gusta saltar, no hay nadie como Ricky.

-¡Malísima interpretación, por favor canta algo mejor y déjame seguir nadando! -replicó la nutria enojada.

-¡Qué vaya a cantar donde Nando! Murmuró Ricky.

-¡Qué nombres tan raros tienen todos!

-Pero con gusto iré.

Más adelante encontró una enorme tortuga caminando pacientemente.

-Y sin decirle nada, empezó a cantar:

-Yo soy el bueno y amable Ricky, me gusta cantar, me gusta saltar, no hay nadie como Ricky.

La tortuga que estaba aún más sorda que nuestro amigo se le acercó diciendo:

-¿Qué vienes a cenar a mi casa esta noche? Muy bien, allí te espero.

-¿Qué hay un concurso de canto esta noche? -escuchó Ricky.

-Gracias por la invitación, me vestiré con mis mejores galas.

-¡A ganar se ha dicho!

Y así, regresó a su casa a prepararse.

Los animales del bosque habían planeado una fiesta aquella noche junto al pantano, pero no invitaron a Ricky debido a su desafinada voz.

Al llegar la hora, todos estaban reunidos disfrutando del festín; reían, bailaban y se divertían, cuando de pronto llegaron tres intimidantes cocodrilos con cara de pocos amigos.

Reptilio, el malvado líder, se les acercó y estas fueron sus palabras:

-¡Ustedes no son de aquí, este es mi territorio, por eso me los comeré a todos!.

-Sus acompañantes rieron a carcajadas atemorizando a los animalitos.

Ricky estaba observando todo desde su ramita, sin embargo, pensó que los tres cocodrilos eran los jueces del concurso, por ello, apresurado tomó su taza de té y bajó lo más rápido que pudo.

- ¡Ya estoy aquí para cantar! dijo el grillo.

Ricky vestía una capita de hojas verdes y llevaba un bastón con un micrófono incorporado.

Reptilio, con tono amenazante, preguntó ¿Y tú quien eres?

-¡Umm! -No importa, también serás mi cena esta noche.

El amable grillo le respondió -No se preocupe señor juez, estoy por comenzar el acto-.

Ricky puso su humeante té en el suelo para que no se derramara y empezó a saltar y a cantar alrededor de la taza:

-Yo soy el bueno y amable Ricky, me gusta cantar, me gusta saltar, no hay nadie como Ricky.

Pero los cocodrilos sólo escuchaban un distorsionado “Cra cra cre cre cri cri cro cro! cra cra cre cre cri cri cro cro” una y otra vez.

-¿Qué está haciendo? ¿Qué está diciendo? -preguntó Reptilio.

El astuto conejo quien presenciaba todo, se le ocurrió una brillante idea para espantar a los enemigos, entonces guiñó el ojo a sus compañeros y lanzó esta frase:

-Miren ¡Es el poderoso Chamán del bosque que ha venido a rescatarnos!

-¡Oh sí, sus poderes son inmensos! -dijo el cangrejo siguiéndole la corriente.

¡Si, si, si! Cuentan que una vez hizo desaparecer a mil cocodrilos juntos -agregó la nutria.

Entonces, Reptilio lanzó una fuerte carcajada e interrumpió la conversación.

-¡Ja,Ja, yo soy mucho más alto y fuerte que ese diminuto insecto!

Ricky pensó que el jurado quería que cantara más alto, así que elevó el tono de voz como en las funciones de ópera y empezó a saltar como loco alrededor de los villanos.

Cuidado jefe, ha desatado su ira -dijo uno de los cocodrilos.

¡Está preparando la poción para desaparecernos! ¡Miren como hecha humo! -continuó.

Ricky agarró su taza de té pero cuando vio a sus queridos vecinos en el público se acercó a saludarlos: ¡WALDO! ¡ALDO! ¡NANDO!

Los tres reptiles gritaron aterrados ¡Son las palabras mágicas!

Una piedrita hizo tropezar al grillo mientras saltaba, y la taza de té salió disparada en dirección a los brabucones.

¡CORRANNNNNNN! ¡QUÉ LES CAE! -gritó uno de los cocodrilos.

Y aquel trío se perdió en las profundidades de la laguna para nunca más volver.

Ricky creyó que había conmovido a los jueces y ganado el concurso, también agradeció a los animalitos el apoyo.

Todos estaban tan felices por lo que había ocurrido que levantaron al grillito diciendo: ¡hurra por Ricky! ¡hurra por Ricky! ¡hip, hip, hurra!

Desde entonces, Ricky canta su melodía diariamente para el deleite de los que lo rodean.

¡A pesar de tus limitaciones puedes ser un héroe!

EL PAJARITO PEREZOSO

Por: Yaritzel R. Jurado C.

Había una vez un pajarito muy perezoso, que no le gustaba trabajar. Un día se acercaba el invierno y todos los demás pajaritos recogían comida para hacer un vuelo para otra pradera y refugiarse, pero el pajarito perezoso sólo se quedaba dormido.

Al día siguiente, sus amigos lo visitaron y le decían que se levantara porque mañana se iban a otra pradera, pero el pajarito se negaba, que no quería levantarse.

Cuando amanecía, todos sus amigos estaban listos para irse, pero mientras el pajarito perezoso se quedaba dormido sus amigos se fueron y el pajarito se quedó dormido.

Cuando despertó no había nadie y el pajarito iba a todos los árboles viendo para ver si había algunos de sus amigos, pero no encontró nada.

El pajarito lloró y lloró porque no tenía ninguno de sus amigos, empezó a recoger lo que encontraba por ahí para poder sobrevivir el invierno y se puso a hacer un lugar para dormir más refugiado.

Pasó todo el invierno y el pajarito esperó que llegaran todos sus amigos.

Cuando llegaron todos, el pajarito feliz dijo que ya no iba ser tan perezoso y que iba a trabajar en cualquier labor que se le asigne.

Sus amigos estaban felices porque el pajarito perezoso aprendió la lección.

REQUISITOS ESTABLECIDOS PARA TODOS LOS TRABAJOS A PUBLICARSE EN LA REVISTA CULTURAL LOTERIA

1. Los trabajos presentados deben ser escritos en hojas 8 ½x11 a doble espacio. (Letra Times New Roman Tamaño de letra 12) y las páginas deben ser enumeradas.
2. Sólo se aceptarán trabajos que no hayan sido publicados con anterioridad en alguna revista, periódico o medio de difusión. El colaborador, procederá a llenar el formulario correspondiente, en el departamento cultural de la Lotería Nacional de Beneficencia y firmar el registro de Control de Trabajos Literarios y dar fe de que su trabajo es inédito, aunque mantiene el derecho de autor que la Ley le otorga.
3. Los artículos deben tener una extensión mínima de 10 páginas y máximo de 20, acompañados de la bibliografía consultada, fotografías o dibujos alusivos al tema, un curriculum no mayor de 10 líneas y fotocopia de cédula. El trabajo debe entregarse impreso y grabado en disco compacto (CD).
4. La Lotería Nacional de Beneficencia seleccionará los trabajos publicados con el propósito de incluirlos en el Concurso Anual Literario de la Revista Cultural Lotería, que correspondan a los cinco campos de conocimiento y los trabajos que resulten ganadores se les premiarán con mil Balboas (1,000.00) cada uno.
5. Se reconocerán un emolumento de doscientos Balboas (B/.200.00) a los autores de los artículos que se publiquen en la Revista Cultural Lotería.
6. El Consejo Editorial recibirá como colaboración trabajos en los siguientes campos:
   - **a. CIENCIAS SOCIALES**: Comprende: Antropología, Arqueología, Ciencias Políticas, Demografía, Folklore, Artesanías, Geografía, Historia, Filosofía, Lingüística, Educación, Psicología Social y Sociología.
   - **b. MEDICINA CIENCIAS NATURALES, EXACTAS Y TECNOLOGÍA** Comprende: Biología, Química, Farmacología, Medicina, Ciencias Naturales, Tecnología Científica, Tecnología, Robótica y otros afines.
   - **c. COMUNICACIÓN SOCIAL:** Comprende Periodismo, Publicidad, Relaciones Públicas y Radio Difusión.
   - **d. ECONOMIA Y FINANZAS:** Comprende: Banca, Seguros, Bolsa de Valores y todo lo relacionado con estas disciplinas.
   - **e. LETRAS:** Corresponde a los géneros literarios: Cuento breve, Poesía, Ensayo, Critica Literaria, Crónica y Entrevistas.

Los artículos de los colaboradores pueden ser remitidos a las diferentes Direcciones Provinciales por los Enlaces Culturales. Cada artículo deberá ser registrado en el formulario de Registro y Control de Trabajos Literarios.

Los artículos de colaboradores, en el exterior, deben ser enviados al Departamento Cultural, Revista Cultural Lotería, Apartado Postal 086-07-376 Panamá, República de Panamá, o mediante la dirección de correo electrónico: **revista.loteria@lnb.gob.pa**

Con relación a las colaboraciones de cuentos infantiles, se aceptarán trabajos con una extensión de mínimo de 3 y un máximo de 5 páginas, incluyendo las ilustraciones que el autor entregue. Las colaboraciones se recibirán en el Departamento Cultural ubicado en el piso 17 Edificio Sede o entregados en las diferentes Direcciones provinciales, cuyos Enlaces Culturales nos la remitirán.

Todos los trabajos que entreguen los colaboradores con el propósito de ser publicados en la Revista Cultural Lotería, serán registrados por nuestros funcionarios en el formulario de Registro y Control de Trabajos Literarios.

7. El Consejo Editorial se reserva el derecho a publicar los trabajos que luego de la evaluación cumplan los requisitos de calidad literaria.

Resolución de Junta Directiva Nº 2012-08-04-a del 16 de agosto de 2012.

LOTERÍA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LNB
PANAMÁ
1919
¡Ayudamos a los más necesitados!